

A painting of a forest path. Two hikers are walking away from the viewer on a dirt path that winds through a dense forest. The trees are tall and thin, with a thick canopy of green leaves. The lighting is soft, suggesting a misty or overcast day. The overall mood is serene and adventurous.

En la espesura del bosque

Rosa Villada

En la espesura del bosque

Rosa Villada

A la Luz que somos.

A José Antonio y a mis hijos

Sergio, Ana y Violeta.

A Jorel y Maia, mis nietos.

Ellos alumbran mi camino.

—¿Podrías decirme qué camino debo tomar para salir de aquí?

—preguntó Alicia.

—Eso depende del lugar adonde quieras ir

—dijo el gato.

—No me importa mucho el lugar... con tal de que llegue a alguna parte —añadió Alicia.

—Oh, siempre llegarás a alguna parte si caminas lo suficiente —aseguró el gato.

Alicia en el país de las maravillas

Lewis Carroll

«Somos de la misma materia que los sueños, y nuestra pequeña vida se encierra en un sueño»

La Tempestad

William Shakespeare

«Si lo ves, las cosas son como son; si no lo ves, las cosas son como son»

Proverbio Zen

Capítulo I

Las campanas tocaban a muerto. Las mismas campanas que habían sido testigos mudos, durante la noche, del suicidio del padre Fermín. El cuerpo del sacerdote salía por la puerta de la iglesia de San Miguel, metido en un ataúd de color caoba, con un gran crucifijo en la tapa. Afuera, caía agua nieve. Hacía frío, y unos pocos feligreses se acurrucaban en sus prendas de abrigo bajo sus paraguas. Algunos lloraban, y se preguntaban entre ellos qué podía ser lo que había llevado al padre Fermín a quitarse la vida.

Era el domingo 2 de febrero de 2020, día de la Candelaria. Según la tradición popular, si en esa fecha hacía mal tiempo, al invierno le quedaba poco para irse. Si, por el contrario, amanecía un día soleado, aún tenían que llegar días de intenso frío. Según ese criterio, pronto el sol inundaría el bosque de Irati y daría nueva vida a los valles de Aezkoa y Salazar.

Muchos vecinos de la zona se enteraron del suceso cuando acudían aquella mañana de domingo a escuchar misa en la parroquia de San Miguel. Algunos comentaban que el padre Fermín había oficiado el día anterior, sábado y, según decían, lo había hecho con normalidad. Nadie había detectado nada, en su semblante o en su actitud, que hiciera presagiar la inminente tragedia. Incluso había dado su sermón habitual en la misa, relativo al evangelio que correspondía a ese día, en el que Marcos relata cómo Jesús calma la tempestad que amenazaba con hacer naufragar la barca en la que el Maestro iba con sus discípulos. Y cómo el de Nazaret les había increpado: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?»

Los murmullos de la gente, que se agolpaba cada vez más numerosa, se escuchaban a las puertas de la parroquia. Aunque el silencio se impuso en el momento en que el féretro, con el cuerpo del padre Fermín del Pozo da Fonte, era portado a hombros por media docena de hombres que se habían ofrecido voluntarios. Intentaron llevarlo primero entre cuatro, pero no pudieron con él.

Como si el secreto de su suicidio, que se llevaba a la tumba, hiciera más pesada la carga de aquel cuerpo.

El padre Fermín había nacido en Santiago de Compostela, aunque llevaba diez años encargándose de la parroquia de San Miguel, a la que acudían vecinos de varios valles del Irati. Acababa de cumplir 50 años un par de meses atrás. Nunca se le vio vestido de cura, salvo cuando oficiaba la misa. Era un hombre guapo, de porte atlético, ojos azules, pelo castaño y abundante, con algunas canas, y dotado de una gran locuacidad. La gente se quedaba con la boca abierta cuando le escuchaba. Algunas jovencitas, y otras no tanto, estaban entusiasmadas con el cura. Se podría decir que, desde que llegó a Navarra, se había incrementado el número de feligreses en su parroquia. Sobre todo del género femenino.

Según parecía, el suicidio se había producido de madrugada. El padre Fermín estaba solo en la parroquia, como era habitual. Tenía un pequeño cuarto junto a la sacristía, lleno de libros, un ordenador y un hervidor de agua, con el que solía prepararse infusiones. Un pequeño baño con una ducha diminuta, completaba lo que él llamaba su «madriguera». Allí dormía en una cama de un cuerpo que, a todas luces, debía quedarle pequeña para albergar su metro noventa de estatura.

Nadie en la localidad vio nada ni oyó nada fuera de lo normal. Aquel era un pueblo pequeño con poco movimiento. Solo por la carretera que lo cruzaba se escuchaban, los fines de semana, coches que circulaban a más velocidad de la permitida y que, normalmente, iban llenos de jóvenes que se desplazaban entre las localidades vecinas, o que incluso se dirigían a Pamplona buscando diversión.

Fue una mujer mayor, Inocencia, la que descubrió el cuerpo del padre Fermín con una soga atada al cuello, colgando en el campanario. La mujer, que vivía cerca de la parroquia, fue la primera esa mañana en acudir a la misa de doce. A ella le gustaba acercarse un buen rato antes de la hora, para rezar en la iglesia en soledad. Lo que ella hablase con el creador, solo era asunto de Dios y de ella. Una cosa era asistir a la eucaristía, y otra muy distinta ponerse a rezar delante de sus vecinos. Le daba pudor, y por eso

prefería ir a la iglesia cuando no hubiera nadie. Le sorprendió que las puertas estuvieran cerradas, pues el padre Fermín solía abrirlas los domingos, un par de horas antes de la celebración.

Llamó con los puños varias veces, y esperó. Nadie le respondió. Pensó que quizás el padre Fermín tenía que haber acudido a alguna aldea de la zona para dar el sacramento de la extremaunción. Aun así le resultó extraño porque, cuando lo hacía, solía colgar un letrero en la puerta de la iglesia. Después de esperar un rato, decidió, un poco contrariada, volver a su casa y regresar más tarde.

En la calle hacía frío y ella no quería coger una gripe como la que había padecido el año anterior, que la había dejado tres meses hecha polvo. Cuando se iba a marchar, algo la hizo detenerse. De forma instintiva cruzó la carretera y se situó en la acera frente a la parroquia. Miró hacia arriba, y entonces lo vio. Al principio no supo muy bien qué era ese bulto colgado que se mecía suavemente. Tardó unos instantes en darse cuenta de lo que era. Quiso gritar, pero no pudo. La voz quedó atascada en su garganta. Empezó a mover sus brazos, haciendo señas hacia la carretera para que alguien la viera. Pero nadie pasaba en esos momentos. Transcurrieron unos minutos hasta que un coche rojo pasó por allí. Inocencia se lanzó hacia la carretera y se puso delante. Casi la atropellan. Cuando el vehículo frenó bruscamente, de él salió un hombre que empezó a chillar a la anciana. En ese momento, ella pudo gritar con todas sus fuerzas, mientras señalaba el campanario con los brazos, haciendo grandes aspavientos.

Fue este hombre el que utilizó su teléfono móvil para llamar a la Policía Foral; también llegó una ambulancia del servicio de emergencias. La Policía acordonó la zona y puso un control para los coches que pasaban esa mañana de domingo por la carretera. Inocencia tuvo que ser atendida por un ataque de ansiedad. Le pusieron una manta por encima, de esas que parecen plateadas, y le dieron un calmante. Enseguida se corrió la voz y empezaron a llegar feligreses que conocían al padre Fermín y otros curiosos que querían saber qué había pasado.

Después de que el forense certificase la muerte por asfixia y rotura de cuello, llegó una jueza para proceder al levantamiento del

cadáver. No hubo intención de hacer la autopsia, porque la causa de la muerte era evidente. La Policía dijo, tras investigar someramente, que estaba claro que había sido un suicidio. Como lo confirmaba la nota manuscrita que el padre Fermín había dejado en su cuarto, en la que figuraban dos solas palabras: «Pido perdón».

Durante las horas siguientes, la funeraria llevó un ataúd y metió en él el cuerpo sin vida del padre Fermín. Cuando el féretro salió de la iglesia de san Miguel, fue introducido en el coche fúnebre. Nadie ofició ninguna misa por el muerto. Por dos razones. La primera, porque no había en la zona ningún cura que pudiera hacerlo. Solo uno, que era precisamente el que estaba metido en la caja. Y la segunda porque la gente no sabía si se podía rezar en la iglesia por alguien que se había suicidado.

Durante el tiempo que permaneció dentro de la iglesia el cuerpo del padre Fermín, la Policía se puso en contacto con su familia. Sus padres vivían todavía. Fue su madre, Carmiña, la que recibió la amarga noticia. Se quedó petrificada, incapaz de pronunciar ninguna palabra. En silencio, con la mirada perdida, incapaz de llorar, y con mano temblorosa, pasó el teléfono a su hermano, Ramón da Fonte. Fue éste, obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de Compostela, el que ordenó que, en cuanto fuera posible, el coche fúnebre trasladara a su sobrino a la capital gallega. Al atardecer partió el cura dentro de su caja de madera, en lo que sería su último viaje de regreso a casa.

Capítulo II

«Un selfi en la cámara de gas de Auschwitz». Ángela se quedó mirando fijamente la pantalla de su ordenador, en el que leyó esta noticia. «No me lo puedo creer —pensó—, ¿Qué le pasa a la gente?» Todo había cambiado mucho en los últimos años. Cuando veía en las noticias que algún turista se había matado por hacerse un selfi, se quedaba siempre asombrada, como si algo así no pudiera ser real. De hecho, el mundo, en general, le parecía una ficción. Una especie de película con malos actores y un pésimo guión. Parecía que la gente se había vuelto loca, viajando en masa, comprando compulsivamente, con la cabeza siempre en un lugar distinto de donde se encontraban sus pies.

Suspiró profundamente y reconoció que no se había levantado ese día con buen pie. También reconoció que era ella la que se encontraba mal en su interior. «Si yo estoy mal, todo está mal; —se dijo para sus adentros—, pero no se puede estar bien por decreto ley». Esa mañana, cuando se dirigía a trabajar al periódico, se preguntó si había hecho bien en retomar la profesión que había ejercido durante toda su vida, a excepción de los últimos ocho años. ¡Cómo habían cambiado el periodismo y los medios de comunicación! Ni los reconocía, ni se reconocía a ella misma en el que había sido su periódico, *Galicia al día*, ahora reconvertido en una empresa multimedia, con televisión incluida.

El trayecto desde su casa, en la calle Hórreo, hasta la plaza de Galicia, donde se ubicaba la empresa multimedia en la que trabajaba, se le había hecho especialmente largo y pesado. Le estaba costando mucho ir a trabajar, se sentía en la redacción como un bicho raro, como un archivador viejo y arrinconado, que contenía la memoria de épocas más gloriosas, más emocionantes, más vivas. Ahora todo parecía anodino y casoso. ¿Dónde había quedado la objetividad, la veracidad, en qué momento se había perdido la capacidad crítica de los periodistas? Ahora todo era Internet y

ruedas de prensa, en las que muchas veces no se admitían preguntas, para no molestar al político de turno. O notas informativas de los gabinetes de comunicación. Ahora, la información libre había sido enterrada por una amalgama de intereses, más o menos oscuros, en los que primaban, sobre todo, el mantenimiento en el poder que cada uno ostentaba, al precio que fuera. Y el periodismo se había hecho cómplice de esa forma de concebir la información, como instrumento de los poderosos. Todo tenía que ser políticamente correcto para no molestar a los de arriba, ni a los numerosos colectivos subvencionados por el poder. Recordaba un chiste de El Roto, que decía: «Últimas noticias, últimas noticias: se acabó el periodismo».

Y allí estaba ella, otra vez ejerciendo esa profesión que tanto había amado, que ahora le resultaba tan extraña. Esa mañana, con más intensidad que nunca, se preguntó qué hacía allí. Sobre todo sabiendo que no la querían, que había vuelto por la ejecución de una sentencia, que obligaba a la empresa a readmitirla, después de varios años pleiteando. Ni siquiera le habían ofrecido la oportunidad de indemnizarla. Era mucho dinero. Habían optado por la readmisión en su puesto de trabajo. Hubiera podido decir que no, pero cómo hacerlo después de lo que le había costado conseguir la victoria; aunque estaba empezando a pensar que esa victoria, largamente anhelada, se parecía mucho a una derrota.

Ángela Cuevas, periodista, de 64 años, había luchado por conseguir reincorporarse a *Galicia al día*, desde que la habían despedido, años atrás, cuando se encontraba de baja médica a causa de su segundo cáncer. Cuando estaba recuperándose de la operación para extirparle los tumores que le habían detectado en el pecho izquierdo y del posterior tratamiento, el cáncer volvió a aparecer, esta vez en el pecho derecho. En esos momentos, Ángela estaba a punto de reincorporarse a su trabajo. Pero no pudo hacerlo y tuvo que volver a empezar con el proceso de sanación del segundo cáncer. Fue entonces cuando la empresa decidió despedirla, alegando que no se había incorporado a trabajar, cuando debió hacerlo. Sin duda pensaron que ella no iba a meterse

en juicios. ¡Bastante tenía con la enfermedad! Y, además, le faltaba muy poco para jubilarse. Seguro que podían llegar a un acuerdo.

No contaron con que Ángela era peleona. Siempre lo había sido y así lo había demostrado en el ejercicio de su profesión. No la amilanaban ni los problemas, ni las amenazas, ni las maniobras, más o menos veladas, de los políticos. Pues a eso era a lo que se dedicaba, a la información política. ¡Y mira que intentaron acabar con ella! pero no lo consiguieron. Lo consiguió el cáncer. La enfermedad consiguió retirarla. Por eso cuando la superó, continuó luchando, contra ese otro tumor maligno que había sido su despido, aprovechando su enfermedad y su debilidad física. Por eso había vuelto al periódico en el que había trabajado más de 30 años, antes de que le diagnosticasen el primer cáncer. Sin embargo, ahora que había conseguido la readmisión, estaba a punto de rendirse y de tirar la toalla. Ese ya no era su periódico. Esa ya no era su amada profesión. «Y tampoco yo soy la misma» —se dijo.

Sumida en sus pensamientos, ante la pantalla del ordenador, que se había quedado fija en la noticia del selfi en la cámara de gas de Auschwitz, tardó un rato en darse cuenta de que vibraba su teléfono móvil, que estaba en silencio sobre su mesa. En la pantalla apareció un nombre: Artai, su exmarido. Ángela hizo un gesto de fastidio, antes de decidirse a coger la llamada. «¿Que tripa se le habrá roto?», pensó.

—Hola, Artai. ¡Cuánto tiempo sin tener noticias tuyas!

—¿Cómo estás, Anduriña? —preguntó él con voz melosa.

A punto estuvo Ángela de que se le saltasen las lágrimas, al oír la palabra «Anduriña». Así es como Artai solía llamarla cuando estaban juntos, aludiendo a una canción que Juan y Junior hicieron popular en los 60. A ella le gustaba mucho y se identificaba con la protagonista, a pesar de que nunca se había escapado de su hogar. De hecho, había sido él quien se había ido.

Intentando recomponer la voz, para que no se le notase la emoción, carraspeó levemente y respondió:

—Estoy bien. ¿Por dónde paras ahora? —preguntó, intentando pasar la pelota a su tejado, para no tener que hablar de ella misma.

—Estoy en China, cubriendo la epidemia del coronavirus. ¡No sabes la que hay aquí montada!

—Lo imagino. ¿Y cómo es que te han mandado a ti para allá? — se interesó Ángela.

—Ya ves, me ha tocado... aunque no me viene mal, la verdad. Así descanso un poco de guerras.

—Pero no me has llamado para contarme que estás en China, ¿verdad?

—No, no, claro —se apresuró a responder él—. Te he llamado para darte la enhorabuena porque me he enterado de que han tenido que readmitirte en el periódico.

—¡Vaya, las malas noticias vuelan! —respondió Ángela un poco contrariada.

—¡Malas noticias! ¿Qué dices? Es una excelente noticia. ¡Has ganado, Anduriña, les has ganado!

—¿Y por qué no me siento vencedora? —preguntó Ángela, tratando de contener el llanto.

—Venga, venga, se ve que hoy no tienes un buen día... oye, tengo que colgar. Te llamo cuando vaya a Galicia, y tomamos una cerveza.

—Claro —dijo ella—. ¡Ten mucho cuidado de no contagiarte!

Estaba segura de que Artai no había llegado a escuchar sus últimas palabras. Sus conversaciones telefónicas, cuando aún estaban juntos, también eran breves. Él siempre tenía que colgar de forma precipitada. Recordó la cantidad de veces en las que ella esperaba su llamada, ansiosa, y luego se quedaba frustrada después de sus conversaciones tan breves. En esos momentos, Ángela revivió la misma ansiedad que tantas veces había tenido años atrás. «Es curioso, hace ya mucho tiempo, y sin embargo sigo con la misma sensación de faltarme el aire cada vez que hablo con él» —reflexionó.

Ángela colgó su móvil y trató de prestar atención de nuevo a las noticias que le llegaban a través de su ordenador. Pero no era fácil concentrarse. La llamada de su exmarido la había alterado aún más de lo que ya estaba esa mañana. Su mente divagaba: «No le he preguntado cómo están sus hijos... bueno, da igual, seguro que los

ve poco» —se dijo—. Ver a Artai y mantener una relación con él, es casi misión imposible. Lo era antes, y no creo que haya cambiado mucho. Menos mal que tuvimos el buen juicio de separarnos, para compensar el mal juicio de casarnos».

Ángela había conocido a Artai en la universidad de Santiago de Compostela, cuando ambos estudiaban periodismo. Al terminar la carrera, los dos consiguieron un puesto en el periódico *Galicia al día*. Eran jóvenes y rebeldes, estaban dispuestos a comerse el mundo. Como pasaban más tiempo en el periódico que fuera de él, decidieron casarse. Lo que ambos calificarían después como un grave error.

El país estaba entonces en plena ebullición, Franco había muerto y la llamada transición política acababa de empezar. Parecía que cualquier cosa era posible. Los medios de comunicación se desperezaban del sueño de una dictadura y estaban aprendiendo a gestionar una recién estrenada libertad. Muchos no tenían idea de cómo hacerlo. A Artai, Santiago de Compostela, y su periódico *Galicia al día*, se le quedaban muy pequeños. Él aspiraba a mucho más. Era un buen periodista, muy riguroso y trabajador, con un don de gentes extraordinario, bien parecido, se metía a todo el mundo en el bolsillo. Por todo ello, decidió probar suerte en Madrid, en un nuevo periódico nacional, *El País*, que acababa de nacer en mayo del 76. No tuvo ningún problema en que lo contrataran, necesitaban gente como él. Dejó Santiago de Compostela y a su Anduriña para casarse con quien de verdad estaba enamorado: el periodismo.

Después de un tiempo de idas y venidas, de viajes cortos y conversaciones telefónicas breves, ambos decidieron dejarlo. Esa época coincidió con el momento en que Artai fue enviado por su periódico como corresponsal de guerra, que era su auténtica vocación. Lo que le hizo desplazarse a varios sitios en conflictos de todo el mundo. Años después se casó con una restauradora del Museo del Prado, cuya familia tenía mucho dinero, y tuvieron dos hijos. También terminó separándose de ella, casado como estaba con su profesión.

Con Ángela mantenía contactos esporádicos, pero nunca se olvidaba de su cumpleaños ni de felicitarla por Navidad. Hubo un

acercamiento mayor, durante los años en que ella padeció el cáncer. No se podía decir que fueran amigos, porque no lo eran, pero sí que aún los unía el cariño que un día los llevó a casarse. Aunque lo que más les unió en aquella época fue su amor por el periodismo y todo lo que compartieron al vivir unos tiempos apasionantes, en los que la vida en el país y en su profesión estaba reinventándose. «Aquéllos tiempos tan interesantes nada tienen que ver con estos recios y difíciles que nos ha tocado vivir ahora» —reflexionó Ángela.

Sumida estaba en sus pensamientos cuando llegó Lúa.

—Ya está aquí la alegría de la casa —dijo acercándose por detrás a Ángela, y soplándole suavemente en la oreja, mientras le tiraba suavemente de la trenza del pelo que llevaba a la espalda.

—¡No hagas eso —rezongó Ángela—, sabes que no lo soporto!

—Claro, por eso lo hago —dijo Lúa alegremente—; es para sacarte de tus sombríos pensamientos.

—¿Cómo sabes que eran sombríos? —preguntó Ángela.

—Hija, no hay más que verte la cara. ¿Qué haces? —preguntó mirando la pantalla del ordenador.

—¡Pues lo mismo que todos los días, desde que me reincorporé hace un mes! —respondió Ángela de mal humor—. Nada, no hago nada. Solo pierdo el tiempo delante de esta pantalla.

Lúa la miró con empatía, y le hizo un gesto cariñoso, golpeándola suavemente en el hombro, antes de sentarse en la mesa de al lado frente a su propio ordenador.

—Bueno, no te preocupes. ¿Tú sabes lo que darían casi todos los que trabajan aquí por sentarse ante su ordenador, y no hacer nada?

—¡Ya, pero no es mi caso! Una amiga de la infancia siempre decía que «Dios le da pan a quien no tiene dientes».

Ambas se rieron y Ángela, de mejor humor, preguntó a Lúa.

—¿Tú crees que van a tenerme así, sin hacer nada, hasta que me jubile?

—¡No quiero desanimarte, pero son muy capaces!

—¡Pues vaya panorama! —se lamentó Ángela.

—¿Por qué te preocupas tanto? Tú mírame a mí. Solo soy una becaria a la que explotan miserablemente, que procura escaquearse todo lo que puede. ¡Cuanto menos trabaje mejor!

—¡Pero esa actitud no puede dejarte satisfecha! ¿Y tu vocación?
—preguntó Ángela por decir algo.

Lúa se rio con una sonora carcajada, que hizo que los compañeros de alrededor levantaran la cabeza de sus pantallas y sus móviles.

—¿Vocación, qué vocación ni qué ocho cuartos? Qué ingenua eres Ángela, tan mayor y tan ingenua... por eso te adoro tanto.

Ángela se quedó un poco desconcertada. En realidad no conocía bien a Lúa. Solo la trataba desde hacía un mes, el mismo tiempo que llevaba desde su reingreso en el periódico. Le sorprendió que una chica tan joven se riera de ella por ingenua.

—Así que no tienes vocación —dijo extrañada—; entonces ¿qué haces aquí, trabajando en un periódico?

Esta vez a Lúa le dio un ataque de risa. Tanto que se atragantó, tosió y se puso colorada. Ángela le ofreció su botella de agua para que bebiera. Después de echar un trago y de secarse las lágrimas provocadas por el ataque de risa, le respondió, intentando aparentar seriedad:

—Lo que hago aquí es lo mismo que todos los demás. Ganarme un sueldo para poder vivir. ¡Aquí nadie tiene vocación, te lo aseguro! Eso se quedó por el camino. Aquellos periodistas de raza, que vivían por y para la profesión, que se daban de bofetadas por conseguir una exclusiva, ya no existen. No queda nadie... Bueno, tú —añadió en un tono cariñoso.

Ángela pensó que Lúa tenía razón. ¿Por qué se extrañaba tanto de sus palabras, si ella misma estaba constatando que eso era así?

—Venga, no te pongas pocha —le dijo Lúa—, solo tienes que pasar el trámite y no amargarte la vida hasta que consigas la jubilación.

Ángela asintió con la cabeza.

—¡Y además, hoy cumpla 31 años! Tenemos que celebrarlo. Cuando finalice la jornada de no trabajo, te vas a venir conmigo. Te voy a llevar a un sitio que no te imaginas. Lo acaban de abrir unos amigos míos... ¡vas a flipar en colores!

—No creo que pueda —intentó poner una excusa Ángela.

—¡Cómo que no, ya lo creo que puedes! Tú sigue haciendo lo tuyo, o sea nada, y cuando yo termine de hacer lo menos posible de lo que me han mandado, nos vamos tú y yo al café de mis amigos.

—Bueno, si es un café... ¿Cómo se llama?

—Ya lo verás cuando lleguemos —dijo Lúa en un tono enigmático.

El teléfono fijo que había sobre la mesa de Ángela sonó con un pitido agudo, al mismo tiempo que parpadeaba una luz roja. Era un teléfono para comunicarse interiormente, dentro de la empresa. Era la primera vez que sonaba desde que ella se había reincorporado al periódico. Titubeó unos instantes y lo descolgó.

Una voz varonil le habló durante unos momentos. Ángela asintió con la cabeza, mientras miraba a Lúa con cara asombro. Cuando colgó, se dirigió a su compañera para decirle:

—Era Roi, el director, dice que mañana a primera hora me pase por su despacho, que quiere encargarme un reportaje.

Capítulo III

Ramón da Fonte se santiguó después de rezar, antes de levantarse con dificultad del reclinatorio que tenía para poder orar en la intimidad, en la habitación que ocupaba en la casa de su hermana. El coche fúnebre con el cuerpo de su sobrino llegaría al amanecer a Santiago de Compostela. Su única hermana, Carmiña, había tenido un ataque de ansiedad cuando le comunicaron por teléfono el fallecimiento de su único hijo, el día anterior. Estaba tan alterada, que él no se había atrevido a decirle que la muerte de Fermín era, en realidad, un suicidio. Afortunadamente, su hermana, impactada por la noticia, le había pasado el teléfono antes de que le dieran toda la información sobre la muerte de su hijo. Cuando después, aún aturdida, había preguntado, con la voz trémula y la mirada perdida, de qué había muerto Fermín, Ramón se limitó a responderle: «ha sido la voluntad de Dios».

En esos momentos, y después de haber pasado buena parte de la noche orando, el obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de Compostela se preguntaba si debía decirle a su hermana la verdad, o contarle alguna mentira piadosa. Claro que tendría que mover algunos hilos para mantener el suicidio en secreto y que no trascendiera. Afortunadamente, el suceso había ocurrido en la otra punta del país y, al menos de momento, se podían mantener ocultas las circunstancias de la muerte de su sobrino. Por otra parte, la Policía le había asegurado que no pensaban realizar ninguna investigación, más allá de aplicar los protocolos habituales para esclarecer los hechos, dado que, sin ninguna duda, se trataba de un suicidio, en el que no había participado ninguna otra persona. También los convenció para que no realizasen ninguna autopsia. Cosa que fue fácil después de que Ramón se pusiera en contacto con su amigo, el arzobispo de Pamplona, que hizo las gestiones pertinentes con la Policía y el juez. Además, Fermín había dejado

una escueta nota, de su puño y letra, en la que figuraban solo dos palabras: «Pido perdón».

¿Perdón por qué? ¿Se refería a algún suceso concreto, o simplemente pedía perdón a Dios porque iba a quitarse la vida? ¿En qué estaría pensando su sobrino, cómo había podido pasar algo así? Ramón se enjugó las lágrimas, con una mano, mientras que con la otra se agarraba al crucifijo que colgaba de su pecho. ¿Cómo lo has permitido, Dios mío? ¿Qué le voy a decir ahora a mi hermana? En esos momentos, esa era su principal preocupación, pero no la única. Su hermana ya tenía bastante desde que a Roque, su marido, le había dado un ictus un año atrás y tuvo que recluirlo en una residencia hospitalaria para que lo atendieran. Fue entonces cuando él decidió trasladarse a su casa, para que no estuviera sola. Decidió que, aunque no le dijera a Carmiña que su hijo se había suicidado, consideraba que era su obligación moral descubrir por qué lo había hecho. En cierto modo se sentía culpable de lo que había pasado, por no haber estado pendiente de la salvación del alma de Fermín.

Recordó la última vez que este los había visitado en Santiago de Compostela. Fue después de las Navidades, apenas un mes antes de suicidarse. No se quedó muchos días, solo tres o cuatro. Alegó que tenía trabajo en la parroquia, y que no podía quedarse más tiempo. Ramón hizo un rápido recorrido mental por esos días, y llegó a la conclusión de que no había nada anormal en su sobrino. Era el Fermín de siempre. Alegre, seguro de sí mismo, y cariñoso con su madre. Tal vez lo encontró algo más nervioso de lo normal. Sí, ahora lo recordaba, lo notó alterado. Tanto es así que le preguntó si le pasaba algo o tenía algún problema. «No tío, ningún problema» —le respondió con su habitual sonrisa.

Ramón da Fonte había dispuesto todo para que los restos mortales de su sobrino fueran acogidos en la Catedral de Santiago, y se celebrase allí la misa corpore insepulto, que había previsto para el día siguiente, 5 de febrero, a las 3 de la tarde. Hasta ese momento, el cadáver de Fermín llegaría a una funeraria, donde lo podían adecentar y vestir adecuadamente. El cuerpo se trasladaría después al Tanatorio Apóstol Santiago.

Tras la misa, sería enterrado en el panteón familiar del cementerio municipal de Boisaca. Por supuesto, el ataúd estaría cerrado para los que quisieran ir a velar el cadáver en el tanatorio. Pero claro, su hermana querría ver el cuerpo de su hijo, y él no podía evitar que lo hiciera. «Por lo que no tendré más remedio que decirle la verdad. Carmiña no es tonta y, prefiero decírselo yo a que pudiera enterarse por otro lado. Ella no me perdonaría nunca que la engañase. Será nuestro secreto —decidió—, si es que se puede mantener un secreto en estos tiempos».

Con la decisión tomada, se quedó más tranquilo y se arrodilló de nuevo ante el reclinatorio para rezar y pedir ayuda a Dios, ante el trago tan difícil que suponía decirle a su hermana que su hijo se había suicidado. Después de orar, se cambió de camisa y de chaqueta, se ajustó el alzacuellos, delante del espejo, y ante él se presentó una imagen de tristeza, que no se correspondía con su habitual semblante. A sus 77 años recién cumplidos, Ramón da Fonte se conservaba en buena forma. Medía un metro ochenta y hacía deporte habitualmente. Quizás le sobrasen algunos kilos, pues le gustaba la buena comida y el buen vino, pero aun así se conservaba muy bien y parecía bastante más joven. Aunque esa mañana, cuando se miró al espejo, pensó que se había echado de golpe diez años encima. Suspiró profundamente y se dirigió, con decisión, al dormitorio de su hermana, quien había permanecido toda la noche acompañada por una enfermera contratada.

Llamó con suavidad a la puerta y, sin esperar contestación, la abrió y pasó al dormitorio. La enfermera se sobresaltó, pues dormitaba en el sillón que había junto a la cama, y se puso de pie de un salto. Ramón se acercó al lecho y comprobó que Carmiña dormía. Le dijo a la enfermera que le avisase cuando estuviera despierta. Pero cuando iba a salir de la habitación, su hermana lo llamó con una voz que parecía salir de ultratumba. Ramón regresó a su lado y pidió a la enfermera que los dejase solos. Se sentó en la misma cama, y cogió la mano de Carmiña, que apretó suavemente.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó en un tono de voz bajo.

—¿Cómo voy a encontrarme? —respondió esta con lágrimas en los ojos—. Cuando Roque tuvo el ictus, creí que no me podía pasar

nada peor, pero ya veo que me equivocaba. Esto es lo peor que le puede pasar a una madre. No hay consuelo alguno.

—Piensa en la Virgen María, pídele ayuda —le dijo Ramón—, no olvides que también ella perdió a su hijo. Ella te consolará.

—No hay consuelo, Ramón, no hay consuelo posible —respondió Carmiña, intentando elevar el tono de voz a pesar de que esta se había quedado atascada en su garganta.

—Carmiña, mírame —le ordenó su hermano con tono firme—. Tienes que mantener la fe. Ahora más que nunca, necesito que mantengas la fe que ha guiado toda tu vida.

El contundente tono empleado por Ramón alertó a Carmiña.

—¿Qué pasa? —preguntó angustiada—. ¿Hay algo que no me hayas dicho?

Ramón suspiró profundamente y observó a su hermana en silencio. Él no tenía hijos, ¿quién era para poner en duda el sufrimiento de aquella mujer desvalida? Seguro que Carmiña llevaba razón y el dolor era insoportable para ella. Por unos momentos dudó si debía decirle la verdad, porque esta le acarrearía un sufrimiento aún mayor. Pero su hermana, que se había incorporado de la cama, insistió mirándole a los ojos.

—Escúchame Ramón, te lo suplico, si hay algo que me has ocultado, por favor dímelo. Este dolor es muy intenso y no me gustaría que se viera envuelto en una mentira por tu parte. ¡No te lo perdonaría! Tú siempre me has enseñado que hay que tomar las cosas como vienen, con resignación cristiana, no me hagas que desconfíe de ti. ¡No lo soportaría! En estos momentos eres mi único soporte —concluyó con voz entrecortada.

Ramón la cogió de ambas manos con un gesto cariñoso. Apenas le salía un hilillo de voz cuando le dijo:

—Fermín se ha suicidado.

Capítulo IV

Ángela se despertó ese día con resaca. Tenía la boca pastosa y un fuerte dolor de cabeza. Un poco aturdida, miró el móvil que tenía en la mesilla de noche. «¡Mierda!»! —dijo en voz alta, mientras se levantaba de un salto—. Se dirigió rápidamente al baño, se quitó el camisón y se metió bajo la ducha. Le sentó bien el agua caliente cayendo sobre su cuerpo. Se preguntó cómo se había quedado dormida, justo el único día que el director del periódico le había pedido que se entrevistase con él, a «primera hora de la mañana». Se secó el pelo con una toalla y se hizo rápidamente la trenza que siempre llevaba. Su pelo era gris canoso desde hacía muchos años, pero nunca se lo había teñido. Ahora se había puesto de moda llevarlo blanco, pero seguía siendo un tinte más, nada natural. Muchas habían pasado del rubio teñido al blanco, de un día para otro.

Después de vestirse con rapidez, vaqueros, un jersey de color gris y botas, se puso su anorak azul claro, y recorrió la calle Hórreo como si la persiguieran. A toda velocidad llegó a la Plaza de Galicia donde se encontraban las instalaciones de la empresa periodística para la que trabajaba. «Menos mal que vivo cerca», pensó. Mientras subía en el ascensor a la planta de arriba, donde estaba el despacho de la dirección, miró el reloj de su móvil y se dio cuenta de que llegar a las once y cuarto, no era precisamente a «primera hora de la mañana». La secretaria de Roi le dijo que este la estaba esperando, pero no podía recibirla en ese momento. Que se sentase en la sala contigua y ella la avisaría cuando pudiera entrar al despacho del jefe.

Ángela se sentó en el sofá de cuero negro de la salita y, al instante, empezó a oír el hilo musical más apropiado para la consulta de un dentista que para una empresa de comunicación. En

la mesita del centro había varios ejemplares de su periódico: *Galicia al día*. No mostró ningún interés por ojearlos. Prefirió recordar la única vez que había hablado con Roi. Había sido un mes atrás, cuando ella se había reincorporado a la empresa, después de la sentencia judicial que les obligaba a readmitirla. Aquella fue una conversación breve, si es que podía llamarse así. El director, con una sonrisa que a Ángela le resultó falsa y forzada, le dio la bienvenida por «volver a casa» y le dijo que estaban encantados de tenerla de nuevo en el periódico. Cosa que, a todas luces, no era verdad. También le informó de que la iban a poner en la sección digital, revisando noticias nacionales que pudieran ser susceptibles de ser retomadas por el periódico para hacer reportajes sobre ellas. «Ya sabes, dándoles la vuelta y ofreciendo una perspectiva local», añadió a modo de explicación. Ángela sabía perfectamente lo que le estaba planteando. Aun así le preguntó:

—¿Me encargaré yo de hacer los reportajes?

—No, no, los harán en la sección de Reportajes. Tenemos un equipo muy bueno —afirmó manteniendo su falsa sonrisa—. Tú solo plantearás temas, y ellos decidirán si los hacen o no.

—Pero, durante más de 30 años, he hecho todo tipo de cosas para el periódico, sobre todo relacionadas con la información política. He hecho entrevistas, reportajes, crónicas... también artículos de opinión. Estoy capacitada y tengo experiencia de sobra para hacer algo más útil que sentarme delante de un ordenador a revisar noticias —protestó, al borde de las lágrimas.

—Claro, claro —se apresuró a decir Roi—, sabemos que eres una buena periodista, sin duda, pero es que ahora no tenemos ninguna vacante en ninguna otra sección. Los equipos están completos.

Ángela iba a protestar de nuevo, pero Roi dio por finalizada la conversación.

—Y ahora, si me disculpas... mi secretaria te acompañará a tu nuevo puesto de trabajo.

Recordando ese momento, se le hizo un nudo en la garganta. Aun así, mantuvo la esperanza de que, después de un mes sin hacer nada útil, Roi hubiera recapacitado y fuera a encargarle algún

reportaje que despertase su interés y la devolviera al ejercicio del periodismo de verdad. «¡A ver si no, para qué me hace que venga a verle!» —intentó animarse.

Hacía ya un buen rato que estaba esperando, por lo que empezó a impacientarse. Salió al pasillo y se asomó a la antesala del despacho de Roi, donde estaba su secretaria. Esta hablaba por el móvil y, cuando la vio, dejó de hablar y le dijo: «No te preocupes, yo te llamo cuando puedas entrar». Ángela hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y volvió a la salita de espera donde la habían confinado. Se dejó caer en el sofá, y cerró los ojos. El dolor de cabeza no se le iba. «La culpa fue de Lúa», se dijo para sus adentros; aunque rápidamente rectificó y pensó: «Bueno, la culpa fue mía por dejarme llevar. ¡Por Dios, si solo me tomé dos cervezas...! ¿O fueron tres? ¿Cómo se llamaba ese sitio?»

El sitio que regentaban los amigos de Lúa se llamaba Café Morte. Según le dijeron, llevaba muy poco tiempo abierto, pero se había puesto de moda y estaba a tope cuando fueron la noche anterior para celebrar el cumpleaños de su compañera; la única con la que tenía relación, de toda la redacción, y que no la miraba por encima del hombro ni como una pieza de museo. El café en cuestión estaba decorado con muchas plantas, era un sitio muy agradable, con una música zen, lo suficientemente bajita como para permitir que la gente pudiera hablar sin tener que gritar. Pero lo que más llamaba la atención es que en el centro del establecimiento había un gran ataúd, de color blanco, con su tapa y todo, donde los clientes podían meterse y encerrarse en la oscuridad, para comprobar cómo se sentían y qué experimentaban en esa supuesta muerte.

Lúa le explicó que, si alguien aguantaba más de diez minutos dentro del ataúd, el café le hacía un descuento del 10% en sus consumiciones. Ángela se quedó perpleja y muy impactada al comprobar que había cola de clientes para meterse en la caja. Eso sí, no había muchos que aguantasen los diez minutos, en cuanto llevaban dos o tres, empezaban a dar golpes en la tapa del ataúd para que les dejasen salir. Su compañera la animó a que lo probara, pero ella se negó en redondo.

—¿Por qué, eres supersticiosa? —le preguntó Lúa.

—No, no lo soy, pero cuando tuve el cáncer llegué a ver la muerte demasiado cerca como para no jugar con esas cosas —respondió ella.

—Perdona —le suplicó Lúa, mientras agitaba su larga melena morena—, no quisiera haberte molestado.

—Claro que no, mujer, no me has molestado —se apresuró a responderle Ángela—. Es solo que para mí la muerte es una posibilidad muy presente y muy real... Y por eso le tengo mucho respeto.

Ambas se rieron y chocaron las cervezas que habían pedido, brindando por el 31 cumpleaños de Lúa. Ángela le preguntó con curiosidad:

—¿Tú te has metido dentro del ataúd?

—¡Claro, varias veces! —respondió Lúa.

—¿Y has aguantado los diez minutos?

—No, aún no, pero seguro que lo consigo. Una vez estuve a punto, aguanté ocho minutos. Yo creí que lo había logrado, me puse nerviosa y empecé a aporrear la tapa del ataúd para que me sacasen. Pero tardaron un poco, apenas quince o veinte segundos. A mí se me hicieron eternos y cuando salí estaba histérica. Me puse a llorar, temblando, y no podía parar.

—¡Pues vaya diversión! —exclamó Ángela.

—Te aseguro que, encerrada en la oscuridad, ahí dentro, el tiempo no transcurre con la misma velocidad que aquí fuera. Y no solo eso... se experimenta muchas cosas interesantes. ¡Deberías probar!

—Vale, vale, pero otro día.

Lo único que recordaba Ángela en esos momentos, de cómo terminó la fiesta, es que después de tres cervezas, ¿o fueron cuatro? estaba dispuesta a meterse en el ataúd, y hasta a quedarse a dormir toda la noche ahí dentro. Lúa y sus amigos se lo impidieron y le dijeron que aquello no era para echarse a dormir la mona. Cuando salieron del Café Morte, su compañera la metió en un taxi, que la dejó en el portal de su casa. «¡Qué vergüenza!», pensó, mientras volvía a impacientarse al comprobar que la secretaria de Roi seguía sin llamarla. «¡Son las doce —comprobó en su teléfono

móvil—, ya llevo casi una hora esperando!». Cuando se disponía a salir otra vez al pasillo, llegó la secretaria del director y le hizo un gesto para que la siguiese. Con gran alarde de taconeo, ésta la acompañó hasta la puerta del despacho de Roi. Llamó suavemente con los nudillos, y se escuchó la voz del director, diciendo «¡pasa!». La secretaria se despidió de ella, con una amplia sonrisa.

Roi no se movió de su mesa de despacho para recibirla. Sin mirarla, le dijo que se sentase, mientras él continuaba absorto en la pantalla de su ordenador. Cuando finalmente levantó la mirada y la vio, le sonrió.

—Muy bien, Ángela, muy bien —dijo mientras se atusaba su pelo engominado.

Ella pensó: «muy bien, ¿qué?» Aunque lo que salió por su boca fue:

—Pues tú dirás. Me pediste ayer que viniera a verte.

—Claro, claro, Ángela, no se me ha olvidado —rió él con una carcajada de falsete—. Estamos muy contentos contigo...

Ángela le interrumpió, puso su mejor cara de extrañeza y se apresuró a decir:

—Pues no me lo explico, porque desde que llegué hace un mes no he hecho otra cosa que mirar una pantalla de ordenador. No sé cómo podéis estar contentos. Yo no lo estoy —sentenció.

Roi se removió en su sillón anatómico e intentó mantener la compostura. No estaba acostumbrado a que ningún subordinado le replicara. Mantuvo la calma y respondió con otra de sus falsas sonrisas:

—¡Cómo eres, Ángela! Ya me habían dicho que tenías mucho carácter —se le escapó—, pero no seas modesta. El trabajo que desarrollas es muy importante para esta empresa. Lo haces con un criterio muy profesional.

Ángela tuvo la certeza de que Roi era gilipollas y que, como todos los que lo son, se había creído que la gilipollas era ella. Decidió que cualquier persona inteligente que se aprecie a sí misma, no debe perder el tiempo en discutir con un gilipollas. Así que optó por el silencio, esperando que el director le dijera para qué la había hecho venir.

Roi carraspeó un par de veces antes de decir:

—Verás, quiero encargarte un reportaje. Es un trabajo especial, no lo puede hacer cualquiera, por eso he pensado en ti.

Ángela continuó callada, pensando «este tío es más imbécil de lo que parece».

—Como me preguntaste si podías hacer reportajes, cuando te incorporaste al periódico, he pensado que eres la persona adecuada.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, sin dejar a su director tiempo para hacer más preámbulos.

—Verás —dijo Roi, carraspeando de nuevo—, mañana se celebra en la Catedral una misa corpore insepulto de un sacerdote que murió el pasado domingo en Navarra...

—¿Quieres que haga un reportaje de una misa de difuntos? —preguntó Ángela con los ojos muy abiertos.

—No, no es eso —respondió Roi mientras se atusaba los cabellos de las sienes con ambas manos—. Bueno sí —añadió.

—¿En qué quedamos es una misa de difuntos sí o no? —preguntó ella cada vez más perpleja.

—Bueno, Ángela, déjame que te lo explique —le suplicó Roi, visiblemente molesto—. Es una misa de difuntos, pero no es una misa cualquiera.

Esta vez ella optó por el silencio, hasta que el director concluyera su explicación. Al ver que no le replicaba, Roi siguió diciendo:

—El fallecido es el padre Fermín del Pozo, sobrino del obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de Compostela, Ramón da Fonte. Esta familia es muy conocida e influyente en la ciudad —añadió a modo de explicación.

Ángela continuaba en silencio, con cara de asombro, sin saber realmente qué decir.

—La misa se celebrará mañana a las tres de la tarde en la Catedral, como te he dicho, y después el cuerpo será enterrado en el panteón de la familia, ubicado en el cementerio municipal de Boisaca.

—Pero no sé muy bien qué quieres que haga yo —preguntó Ángela.

Roi la interrumpió alzando la mano, y le respondió:

—Quiero que cubras la misa, que sin duda será solemne y acudirá mucha gente. Y luego el acto en el cementerio.

—¿Acto? —preguntó ella encogiéndose de hombros—. Querrás decir entierro.

—Sí, sí, claro, entierro —se impacientó Roi—. No es solo una misa y un entierro, es un acto social de primera magnitud, que eclipsará cualquier otra información que lleve el periódico. Lo que la gente querrá leer será lo que tú escribas.

—A ver —dijo Ángela, intentando aclarar sus propias ideas—, lo que me estás pidiendo no es ningún reportaje, es una especie de crónica social de ambiente sobre este ¿evento? —concluyó ella, tratando de aguantarse la risa.

—¡Eso es, eso es exactamente lo que quiero! —brincó Roi en su asiento anatómico—. Ya sabía yo que tú eras la persona adecuada. No me he equivocado —concluyó con una amplia sonrisa.

Ángela se quedó callada unos instantes, sopesando lo que iba a decir. Finalmente dijo lo que pensaba sinceramente:

—No puedo hacerlo, Roi.

—¿Cómo que no puedes? Eres perfecta —insistió.

—¿Cómo sabes que lo soy? Nunca he hecho algo así. No tengo ni idea... ni siquiera voy a misa —argumentó.

—¡Pero eres una buena periodista! —saltó él.

—Y si soy tan buena —preguntó irritada—, ¿por qué me tenéis marginada en la redacción, sin hacer nada útil?

Roi se echó para atrás en su respaldo anatómico, y suspiró profundamente. No podía decirle a Ángela que la empresa, que la había aceptado a regañadientes por la sentencia judicial porque ya no cabían más recursos, le había dado órdenes tajantes para que la tuviera marginada. Como no podía decirle eso, aunque era tan obvio, optó por arriesgarse y se sinceró:

—Ángela, tengo mucho interés en que esa información salga bien. Por eso te lo encargo a ti. ¡No puedo encargárselo a nadie más que tenga criterio y vaya a hacer un buen trabajo profesional! Sencillamente, no me fío.

—Pero tienes mucha gente que podría hacerlo, incluso con gusto —le comentó ella.

—Sí, es verdad que tengo mucha gente, pero la mayoría son becarios, gente joven sin experiencia ninguna, que no son capaces de hacer la o con un canuto. ¡Esos están en otras cosas!

Ángela se sintió molesta al escuchar las palabras del director. Pensó que a esos becarios y gente joven que Roi despreciaba, les pagaban una miseria para cubrir el expediente y los reemplazaban continuamente para contratar a otros que cobrasen menos todavía. Resopló indignada y, finalmente le respondió:

—De acuerdo, lo haré. Siempre será mejor que mirar una pantalla.

—Gracias, gracias —le dijo Roi, levantándose de su mesa y dirigiéndose hacia ella, con una sonrisa que parecía sincera—. Te paso a tu ordenador los datos del fallecido y su familia. Deja cualquier otra cosa que estés haciendo, y ponte a ello —dijo entusiasta—. Seguro que haces un buen trabajo.

Cuando estaba en la puerta de su despacho, despidiendo a Ángela, esta se volvió y le dijo:

—Solo te pido que después de este trabajo que me has encargado, te replantees mi función en el periódico.

Roi hizo una mueca de fastidio con la boca, pero ya no podía dar marcha atrás. De hecho, esperaba algo así. Había subestimado a Ángela.

—No desaprovechas ocasión, ¿verdad?

Ángela lo miró fijamente a los ojos, y Roi le respondió, refunfuñando:

—De acuerdo, de acuerdo, tú hazlo y luego hablamos.

Capítulo V

El día que fue enterrado el padre Fermín del Pozo, amaneció lloviendo en Santiago de Compostela. Las previsiones anunciaban que la lluvia no iba a cesar en toda la jornada, y que los cielos iban a estar muy nublados. Carmiña da Fonte cumplía ese día 80 años. El peor cumpleaños de su vida. Estuvo a punto de quedarse en la cama y alegar que estaba enferma para no tener que asistir a la misa y posterior entierro de su hijo. No hubiera mentido. Realmente se sentía enferma. Su viejo y delgado cuerpo se había quedado sin fuerzas. Que Dios la perdonase, pero no veía ninguna razón para seguir viviendo. Y hasta reprochaba al creador que le hubiera permitido llegar a ese momento tan triste. ¿Por qué no se lo había ahorrado? ¿Por qué Dios no se la había llevado antes que a Fermín, y la obligaba a beber ese trago tan amargo?

A la espera de que llegase su hermano para trasladarla al Tanatorio, Carmiña se desplomó en un sillón de su dormitorio, después de contemplarse en el espejo que había en la habitación. Vestida de negro de los pies a la cabeza, parecía la misma imagen de la desolación. Cerró los ojos y comprobó que no podía llorar. Estaba seca. Y se había quedado en la más absoluta oscuridad. ¿Es que Dios la había abandonado? —se preguntó—. ¿Por qué no acudía en su ayuda? ¿Por qué le negaba su consuelo en aquellos momentos de tribulación? Carmiña suspiró profundamente sin dejar de preguntarse por qué, por qué, por qué. Trató de serenarse un poco y se dijo a sí misma que el dolor que ella pudiera sentir por la muerte de su querido hijo en realidad no era importante. Hasta podía aceptar que no hubiera respuesta para la muerte de Fermín. Dios da la vida, y Dios la quita —reflexionó—, eso hubiera sido aceptable para ella. Lo que la atormentaba realmente era que a su hijo no le había quitado la vida Dios, sino que se la había quitado él mismo. ¿Por qué se había suicidado Fermín? Esa era la pregunta

cuya falta de respuesta la atormentaba y la sumía en una densa oscuridad.

Carmiña no había visto todavía el cuerpo de su hijo. No sabía si tendría fuerzas para verlo antes de llevarlo a la Catedral para la misa corpore insepulto. Había podido velarlo la tarde anterior en el Tanatorio, pero el ataúd permanecía cerrado, por orden expresa de su hermano. Ella estuvo allí muy poco tiempo. No podía soportar las visitas que se presentaban para darle el pésame, interrumpiendo así su dolor. ¿Por qué la muerte se convierte en un acto social, cuando debía de ser algo íntimo, que solo afectase a los familiares y amigos más cercanos? Nunca lo había entendido. Y mientras estaba en el Tanatorio decidió que, cuando ella muriera, quería hacerlo en la intimidad. Y que no avisasen a nadie para su entierro. Ni siquiera a los familiares. Con el muerto basta —pensó.

Claro que, ¿a qué familiares iban a avisar cuando ella muriera? Solo le quedaba su hermano. Su único hijo ya no estaba y su marido... como si no estuviera. Desde que le dio el ictus, Roque ya no reconocía a su familia. No reconoció a Fermín cuando estuvo a verlo tras las Navidades. Tampoco la reconocía a ella, por lo que había ido distanciando sus visitas a la residencia donde estaba. Y tampoco reconocía a Ramón. Aunque este no había dejado de visitarlo por ese motivo. ¡Pobre Ramón! —se compadeció de su hermano—. Él carga con todo y nos cuida a todos. No sé lo que haría si Ramón no estuviera. Me habría derrumbado y no sería capaz de levantar cabeza.

Carmiña cerró los ojos de nuevo, sin darse cuenta de que su hermano acababa de pasar al dormitorio y la estaba observando. Fue el contacto de sus manos entre las de él, lo que la hizo salir de la intensa pena que se había instalado en lo más profundo de su alma. Ramón le sonrió con cariño antes de preguntarle:

—¿Cómo te encuentras, Carmiña?

—¿Cómo voy a encontrarme, Ramón? —respondió ella, intentando devolverle la sonrisa.

—Sí, es una pregunta tonta —reconoció—. Lo que quiero decir es si te encuentras con fuerzas suficientes para asistir a la misa y al entierro.

—Fuerzas no tengo, y te confieso que se me ha pasado por la cabeza quedarme en la cama y no asistir... pero creo que tengo que ir. Y que a Fermín le gustaría que asistiera a su entierro. ¿O no? ¡No lo sé Ramón, ya no sé qué pensar! —dijo cubriéndose el rostro con sus pequeñas manos huesudas, deformadas por la artrosis—. ¡No tengo respuestas!

Ramón le apretó las manos con fuerza, e intentó consolarla.

—Escúchame, Carmiña. Ya sabes que yo respeto tu decisión, sea la que sea. Pero creo, sinceramente, que debes estar allí. Tu ausencia despertaría sospechas. Nadie que te conozca podría entender que no estuvieras presente en el entierro de tu hijo. Ya sabes que habrá mucha gente ¿no?

Carmiña asintió con la cabeza como una niña obediente.

—La versión oficial es que Fermín sufrió un infarto en la cama y murió en el acto, mientras dormía en su parroquia.

—¿Crees que es buena idea mantener en secreto su suicidio? —preguntó ella con voz temblorosa.

—La verdad es que no lo sé —respondió Ramón, soltándole las manos y moviéndose nerviosamente por la habitación—. Yo tampoco tengo respuestas, hermana. He rezado y he pedido a Dios una señal... pero no he tenido respuesta. ¡Todo está en sus manos! Él conoce las razones que llevaron a Fermín al suicidio. Yo no las sé... aunque intentaré averiguarlas.

Las últimas palabras de Ramón despertaron la atención de Carmiña.

—Sí, ¿lo harás? ¿Intentarás saber las razones por las que se ha suicidado mi hijo? ¿Me lo prometes?

—Sí, mujer, te lo prometo. No es ningún favor que te hago. Considero que es mi obligación moral averiguarlo.

—¿Y me prometes que no me ocultarás nada de lo que descubras?

Ramón sonrió a su hermana y pensó que quizás lo único que pudiera mantenerla entera, y que no se viniera abajo y se hundiera en la depresión, sería el descubrimiento de la verdad.

—Claro que sí, Carmiña, te diré todo lo que vaya descubriendo. ¡Todo esto tiene que tener un sentido; aunque ahora no se lo

veamos! Ya sabes, Dios aprieta, pero no ahoga.

—Ya, pero es que ahora ha apretado mucho. Creo que se le ha ido la mano —dijo Carmiña en un susurro.

Ramón hizo como que no había escuchado las últimas palabras de su hermana, aunque estaba de acuerdo con ellas. Por otro lado, ¿quién era él para poner en duda el plan de Dios?

Con gran ternura ayudó a Carmiña a levantarse del sillón y llamó a la enfermera que la cuidaba esos días, para que le trajera el abrigo. Comprobó que no era la misma enfermera del día anterior, y decidió que habría que contratar a una, de forma permanente, para que estuviera pendiente de Carmiña, y fuera siempre la misma persona. Entre los dos, pusieron el abrigo negro a su hermana, le dieron unos guantes del mismo color, y se dispusieron a salir de su casa. Ella dijo que quería cubrirse el rostro con un velo negro, y la enfermera empezó a buscarlo en el cajón donde Carmiña le había indicado que estaría. Siempre se ponía velo cuando iba a misa, aunque ya nadie lo hiciera. Y ese día con más motivo. Así podría ocultar el intenso dolor que se reflejaba en su rostro.

Después de ponérselo y mirarse al espejo de su cuarto, Ramón observó a su hermana y asintió con la cabeza, como dándole el visto bueno. Antes de salir, pidió a la enfermera que les dejase solos unos momentos. Cuando la mujer se marchó, Ramón le dijo a Carmiña:

—Una última cosa. No sabía si decírtelo, pero es mejor que lo sepas. Le he dicho al arzobispo que Fermín se había suicidado.

—Quedamos en que íbamos a mantener el secreto —le recriminó dulcemente Carmiña.

—Sí, ya lo sé, pero no podía ocultárselo. Es mi superior, no puedo engañarle. Y, además, creo que debe saber la verdad. Puede que en algún momento necesitemos su complicidad.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó ella con curiosidad.

—No me ha dicho nada, Carmiña. ¿Qué me va a decir? Pero algunos silencios son más elocuentes que las palabras.

Capítulo VI

La lluvia caía con fuerza sobre la Plaza del Obradoiro. A pesar de eso muchas personas hacían cola, bajo sus paraguas, para poder contemplar el restaurado Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago. Tampoco el chaparrón conseguía alejar de esa plaza a los peregrinos que, recién llegados del Camino con sus mochilas a cuestas, contemplaban emocionados la fachada de la Catedral, meta de su peregrinación. Ángela se había refugiado en la cafetería del Parador, donde pensaba tomar algo antes de asistir a la misa corpore insepulto de Fermín del Pozo. Desde ese lugar privilegiado, además, podía controlar, discretamente, a las personas que acudirían al funeral.

Desde que el día anterior Roi le había encargado la crónica de ese «acto social», como lo calificó el director de su periódico, y ella había aceptado, a regañadientes, se encontraba muy nerviosa. Se había despertado muchas veces durante la noche y los ratos en que dormía, tuvo sueños extraños. Como que estaba en el interior de la Catedral y esta se encontraba a oscuras, vacía de gente y cerrada a cal y canto. Ella iba de una puerta a otra, intentando salir de allí, pero no podía, lo que le creaba mucha angustia y ansiedad. Cuando se despertó, sobresaltada, su cuerpo estaba empapado en sudor y le faltaba la respiración. Era muy temprano para ella, apenas las ocho de la mañana. Salió de la cama y miró por la ventana. Apenas se veía nada del exterior, y la lluvia golpeaba con fuerza en los cristales. ¡Vaya día más bueno!, pensó.

Antes de meterse bajo la ducha, que era lo que realmente la despertaba, Ángela miró las noticias en su ordenador portátil: «Dos hermanos mueren arrastrados por una ola cuando se hacían un selfi». El suceso había ocurrido en una playa de Fuerteventura, y no era la primera vez que se producía. Otro hombre había muerto en el

mismo punto, en noviembre de 2017. Los tres fallecidos eran alemanes. «¡No me explico en qué está pensando la gente para jugarse la vida de esa manera! —dijo para sus adentros—. Eso ya no son accidentes, ocurren demasiadas veces, y siempre por hacerse una foto para compartir en las redes sociales. Más bien se trata de la estupidez humana».

Continuó mirando noticias, saltándose las políticas que le aburrían considerablemente. «No sé cómo he podido estar tantos años haciendo información política, y ahora no despierta mi interés. Eran otros tiempos —razonó para sí misma—, ahora mienten sin pudor, y a la gente le da igual. No pasa nada por mentir una y otra vez, ajustando la realidad a lo que les interesa en cada momento. ¿Dónde ha quedado la búsqueda de la verdad? Todo es puro engaño, puro teatro, pura pose, pura propaganda y puro interés por mantenerse o conseguir el poder. Da igual el partido que sea. ¡Qué época más mediocre y oscura estamos viviendo! —concluyó—. La honestidad y la coherencia brillan por su ausencia» Cómo echaba de menos al que fuera su director en sus primeros años de periodismo: Demetrio Gutiérrez, «él sí que era un periodista de raza, de los que ya no quedan», se lamentó.

«Madre se reencuentra con su hija muerta a través de la realidad virtual». Este titular atrajo el interés de Ángela. Se trataba de una compañía surcoreana, que había «revivido» a una niña de 7 años, muerta tres años atrás por un cáncer, para que la pequeña se reencontrara con su madre y pudiera hablar con ella, a través de la realidad virtual. El encuentro había sido grabado en un vídeo. Ángela no pudo evitar la curiosidad, y accionó el vídeo. En él se veía a la madre, provista de gafas y guantes especiales de realidad virtual para poder ver a la niña, que era una copia perfecta, también en la voz y los movimientos de su hija muerta.

«Joder, joder, esto te pone los pelos de punta» —dijo Ángela en voz alta—. Para darle mayor dosis de «realidad», el encuentro entre la madre y la hija virtual, se desarrollaba en el parque favorito de la niña, coincidiendo con la fecha del cumpleaños de ésta. Entre otras cosas, la pequeña le pide a su madre que no vuelva a llorar otra vez por su muerte. Una vez visto el vídeo, Ángela se quedó perpleja,

bloqueada, incapaz de razonar. Finalmente, cerró la tapa de su ordenador portátil y consiguió decir en voz alta, como si alguien fuera a escucharla: «No entiendo nada. Cada vez me siento más extraterrestre, más fuera de juego. ¿Por qué no acepta la gente la muerte? Es algo natural, la otra cara de la vida...»

Mientras se metía bajo la ducha fue consciente de que el primer trabajo periodístico que iba a realizar en muchos años, estaba relacionado con la muerte de un cura. Y, quizás, por asociación de ideas, recordó el gran ataúd blanco situado en el centro del Café Morte, en el que estuvo a punto de meterse, si Lúa y sus amigos no se lo hubieran impedido. «Madre mía, tan borracha iba —pensó—, si solo fueron un par de cervezas. Pero claro, como ya no tengo costumbre...» —se justificó. Después de terminar su aseo y de vestirse, volvió a mirar por la ventana del salón de su apartamento, para ver cómo caía la lluvia. Decidió pasear por la ciudad y luego tomar algo en la cafetería del Parador, hasta que llegase la hora de la misa. Ella había nacido en Santiago de Compostela, y una de las cosas que más le gustaba en la vida era callejear bajo la lluvia. A veces lo hacía sin paraguas. No cuando diluviaba, claro, pero sí cuando caía ese sirimiri típico de su tierra, también llamado calabobos, para notar cómo la lluvia fina se dispersaba por su rostro. ¡Qué maravilla! —pensó—. Aunque hoy será imprescindible el paraguas para no ponerme como una sopa».

Cuando se disponía a prepararse para salir a la calle, sonó su teléfono móvil. Vio en la pantalla que era Lúa la que llamaba, y lo cogió:

—¿Cómo estás, Ángela? Me tenías preocupada.

—¿Preocupada, por qué? —se extrañó.

—¿Cómo que por qué? No te he visto desde que te dejé en el portal de tu casa bastante perjudicada —dijo Lúa aparentando un tono de reproche.

—¡Qué exagerada, por Dios! —contestó Ángela—. ¡Si solo fueron dos cervezas!

—¿Dos? —preguntó Lúa, incrédula—. ¡¡Creo que deberías aprender a contar de nuevo!!

Ambas se rieron, y Lúa volvió a comentar:

—En realidad me preocupé cuando no te vi ayer por la tarde en el periódico.

—Sí, estuve por allí, pero solo para coger unos archivos que Roi me había enviado a mi ordenador, para el trabajito que me encargó. Me vine a casa para leerlos con tranquilidad.

—¿Cuál era el trabajito? —le preguntó Lúa—. Me tienes en ascuas... a juzgar por tu tono deduzco que, lo que sea, no te ha hecho demasiada gracia.

—Pues la verdad es que me resistí todo lo que pude, pero al final acepté porque me prometió que, si lo hacía, se replantearía mi función en el periódico.

Lúa soltó una carcajada antes de decir:

—Ya veo que lo chantajeaste.

—Era lo menos que podía hacer. Me encargó la «crónica social», como él lo llamó, de una misa de funeral y posterior entierro. ¿Qué te parece?

—¿Es una broma? ¿Quién es el muerto? —se interesó Lúa.

—No, no es una broma... el muerto es un cura, sobrino del obispo auxiliar de la Archidiócesis de Santiago de Compostela —dijo Ángela en tono pomposo.

—¡Madre mía, con la Iglesia hemos topado, amiga Ángela!

La conversación con Lúa finalizó bruscamente porque a su compañera la llamaban por el teléfono interior de la redacción. Quedaron en que se verían esa tarde en el periódico pues, una vez finalizado el entierro, Ángela debía volver para escribir lo que ella había bautizado ya como la «crónica de una muerte anunciada», en versión religiosa. Un encargo de su jefe que, sin saber muy bien por qué, la estaba poniendo muy nerviosa. Tanto que, como comprobó más tarde, ni siquiera el paseo bajo la intensa lluvia conseguiría relajarla.

Estaba aguardando a que le sirvieran un bocadillo de tortilla francesa y una caña, en la cafetería del Parador, cuando vio entrar a Roi, acompañado por varios curas, que parecían peces gordos. No sabía si debía levantarse para saludarle, o hacer como que no le había visto. Fue Roi el que despejó su duda acercándose hasta su mesa.

—Hola Roi, ¿quieres sentarte?

—No, no —declinó él la invitación—, te he visto y he venido a saludarte.

Ángela lo miró de arriba abajo y comprobó que se había vestido de luto riguroso para la ocasión. Traje negro, corbata negra, zapatos negros, abrigo negro, bufanda negra. Solo el cuello blanco de su camisa asomaba por su garganta, como queriendo escapar de tanta oscuridad.

—Ese que ha entrado conmigo, el que está situado a la derecha, es el arzobispo de Santiago... por si no lo conoces.

—Gracias, Roi, pero sé quién es. Olvidas que he nacido aquí y he cubierto muchos saraos en los que estaba presente el arzobispo —respondió Ángela con un poco de retranca—. Eso sí, es la primera vez que cubro una misa.

—Claro, claro, era por si no lo sabías —respondió él, sonrojándose un poco.

—No te preocupes Roi, si hay algo que no sé, ya lo preguntaré. Eso es lo que siempre hacemos los periodistas, ¿no? Hacer preguntas.

Ángela se dio cuenta de que sus palabras habían molestado al director. Casi sintió lástima por él, cuando fue consciente de lo nervioso que se ponía ante ella, en momentos como ese en los que no podía parapetarse tras su mesa de despacho. Dedujo que, el hecho de que Roi fuera casi veinte años menor que ella, le hacía sentirse incómodo cuando tenía que darle alguna orden. Al fin y al cabo, solo llevaba un par de años dirigiendo el periódico, y no la había tratado hasta que Ángela se reincorporó. Y tampoco estaba acostumbrado a tener empleados tan veteranos como ella, porque a todos los que había de su edad les habían dado la patada, ofreciéndoles prejubilaciones, para poder contratar a gente mucho más joven, con sueldos miserables. Todo un ahorro para la empresa.

Cuando Roi se despedía de ella para volver con el arzobispo y el resto de sacerdotes que lo acompañaban, Ángela le preguntó:

—Supongo que, aunque no me has comentado nada, habrás mandado al fotógrafo ¿no?

—Sí claro, claro, él ya sabe lo que tiene que hacer... pero tú ve a lo tuyo, no te condiciones por su trabajo.

«Mejor», pensó Ángela. A ella le gustaba ir a su bola, sin tener que depender de las fotos. «Que cada uno haga su trabajo, sin interferencias».

Ángela le dio las gracias y se terminó rápidamente su bocadillo y su caña. Pidió un café bombón, y dejó la cafetería del Parador de los Reyes Católicos para echar un vistazo por la Catedral. Solo faltaba media hora para que se iniciase la misa, y seguía lloviendo a mares. Al salir, comprobó que ya no había ninguna cola de gente para ver el Pórtico de la Gloria. De hecho, habían cerrado la puerta de la Catedral que daba a la Plaza del Obradoiro. Se dirigió a la de Platerías, y comprobó que también estaba cerrada. Dio la vuelta por detrás, para llegar hasta la puerta norte, que daba a la Plaza de la Inmaculada, llamada también de Azabachería, cuyo nombre respondía a los muchos talleres y tiendas que, desde la antigüedad, vendían productos de ese mineral negro llamado azabache, con el que se elaboraban conchas, figas y otros adornos para los peregrinos.

La entrada de la primitiva fachada norte de la Catedral había sido denominada en el Códex Calixtino del siglo XII como «La puerta del paraíso» porque representaba la historia de Adán y Eva, el pecado original y la redención. Ahora, era el lugar por el que accedían a la Catedral los peregrinos que habían hecho el Camino de Santiago Francés, el más transitado de todos, así como el Inglés y el del Norte. Los peregrinos entraban al casco viejo de la ciudad, por la Porta do Camiño. En su ruta para llegar a la meta pasaban delante de la Iglesia de As Ánimas. Pocos eran los que no se paraban ante ella para contemplar sobre la puerta un escalofriante friso, en el que muchas personas se quemaban con el fuego del purgatorio.

Ángela entró en la Catedral por la puerta de Azabachería y, unos guardas jurados le cortaron el paso. Ella exhibió su carnet de periodista, y les dijo que iba a cubrir la misa por el sobrino del arzobispo. Lo dijo así para impresionar, para que se dieran cuenta de que sabía muy bien a lo que iba. No habría hecho falta, al ver el carnet de prensa la dejaron pasar. Se llevó una gran sorpresa al

descubrir que, en el interior del templo, había varias cámaras de televisión. «Al final va a llevar razón Roi, y esto es un gran acto social» —pensó.

Mientras oteaba un lugar desde el que pudiera ver todo, y no se le escapase nada, deambuló por la Catedral. Siempre le había gustado. Ella no era muy religiosa, su religión había sido el periodismo, «ahora ni eso», pero a veces pasaba allí y se sentaba a escuchar el órgano o, simplemente, a estar en silencio. Aunque eso no era fácil, dado el permanente trasiego de peregrinos que la ocupaban a todas horas. Eso también había cambiado. Ahora había que hacer un master para deambular por la Catedral. No solo registraban bolsos y mochilas en las entradas, sino que, una vez en el interior habían acotado con cordones rojos las colas para subir a dar el abrazo a Santiago, o bajar a la cripta donde se suponía que estaba el cuerpo del apóstol —cosa que ya nadie se creía—. Todo era dirigido, entrar por una puerta, salir por otra, ya no se podía deambular por el templo, como hacía unos años. Ángela suspiró profundamente y se dirigió de nuevo a la puerta norte, para ver llegar el féretro. En la calle seguía diluviando.

No tuvo que esperar mucho rato para ver cómo empezaban a llegar los amigos y familiares del difunto. Hubo una mujer que le llamó poderosamente la atención. Era una anciana que iba vestida de luto riguroso, con un velo que le cubría la cara. No era muy normal, en estos tiempos, ver a alguien que parecía la imagen de la misma muerte. La anciana, que debía tratarse de la madre —dedujo—, caminaba lentamente junto a un cura que debía ser su hermano, el obispo auxiliar de la Diócesis. Este había hecho ademán de ayudar a la mujer, cogiéndola suavemente por el codo cuando entraban a la Catedral, pero ella lo había mirado bajo su velo negro y, con la misma suavidad, se había zafado de su brazo. A Ángela le pareció que esta anciana paseaba su dolor con una gran dignidad. Miró en la libreta que llevaba en la mano y comprobó, en sus apuntes, que la mujer se llamaba Carmiña y que acababa de cumplir 80 años.

Cuando pasó a su lado, Ángela observó su extremada delgadez y la delicadeza con la que hacía moverse a su cuerpo. Daba la

impresión de que podía desplomarse de un momento a otro. Sin embargo, a pesar de estar casi en los huesos, menuda y enjuta, la anciana desprendía una fortaleza difícil de explicar. Avanzó por la iglesia hasta llegar al cruceiro con la cabeza alta, mirando al frente. Continuó por el pasillo central y se situó, junto a su hermano, en el primer banco a la derecha del altar. No se sentó, permaneció de pie esperando que llegara el ataúd con los restos mortales de su hijo. No tuvo que aguardar mucho tiempo. La iglesia se fue llenando de personas que debían conocer a Fermín del Pozo o a su familia.

En la puerta de Azabachería los guardas jurados echaban para atrás a los turistas y peregrinos que querían entrar. «La Catedral está cerrada al público —decían—, esto es un funeral privado». En la calle, un coche fúnebre llegó desde la rúa de la derecha y se paró delante de la puerta. Un grupo de hombres aguardaban para coger el ataúd a hombros. La lluvia arreciaba y orquestaba una extraña melodía al chocar con la madera de la caja mortuoria.

Un pensamiento llegó a la mente de Ángela. Según decían, cuando los peregrinos llegaban a la plaza de la Inmaculada, después de hacer el Camino de Santiago, entraban por la puerta Norte que representaba la oscuridad del azabache. Después de hacer los rituales correspondientes dentro del templo, salían a la calle por la puerta de enfrente, la de Platerías. Se simbolizaba que, después de atravesar un lugar sagrado como la Catedral, habían sido purificados y era la plata luminosa el material que los representaba. A Ángela le vino a la cabeza ese simbolismo, y se dio cuenta de que el ataúd que contenía los restos del cura volvería a salir por la misma puerta por la que habían entrado, la de la oscuridad del azabache. Al pensar esto, un escalofrío recorrió su espalda, mientras el altar mayor se llenaba de sacerdotes, con el arzobispo a la cabeza, vestidos con sus trajes rituales, que iban a concelebrar la misa corpore insepulto. Ella se apresuró a colocarse en el lugar que había buscado previamente, para poder verlo todo. Escribió en su libreta: «Comienza el espectáculo».

Capítulo VII

Irati llegó, como todas las mañanas, al museo de estelas funerarias en el que trabajaba, ubicado en la zona más alta del valle de Aezkoa. Durante el invierno, el museo permanecía cerrado, a excepción de los fines de semana. Sin embargo, su trabajo no consistía solo en atender a las visitas, sino que también llevaba a cabo una función de mantenimiento de las instalaciones y cuidado de las lápidas, así como de la burocracia y papeleo que se presentaba. Esta, incluía, desde concertar y organizar visitas de escolares, en cuyo caso se abría el museo para ellos cualquier día de la semana, hasta organizar estas mismas visitas para personas mayores.

En el museo se exhibían más de treinta estelas medievales, en un original espacio al aire libre, con laberinto incluido, en el que se quería representar el ciclo de la vida y de la muerte. La mayoría de las estelas provenían del propio antiguo cementerio de la población; aunque también había algunas de camposantos más lejanos. Irati recorrió las instalaciones del original museo atravesando el laberinto en el que abundaban las flores y plantas. Después de revisar las estelas funerarias, que se sabía de memoria, ascendió por unas escaleras de caracol hasta llegar a las pasarelas, instaladas en varios niveles, desde donde se podía contemplar el estrecho laberinto recubierto de plantas.

Como ella explicaba a los visitantes, el suelo de tierra representaba el nacimiento, mientras que el laberinto anunciaba el paso por este valle de lágrimas, que es la vida, hasta llegar a la muerte. Todo ello estaba simbolizado por el ascenso a las plataformas, a través de las escaleras. Unos abedules de corteza blanca representaban a las almas en su viaje al más allá. Y desde el lugar más elevado, el visitante podía ver simbolizada la vida eterna. Para concluir la explicación, Irati les recomendaba que, si de verdad

querían percibir el cielo, solo tenían que contemplar, fuera del museo, la bella imagen de los Pirineos que se veía desde allí.

Volviendo a la parte de abajo, después de su diario recorrido «elevado», como decía ella, Irati observó las estelas, por delante y por detrás, admirando cada una de las lápidas. Había una, en especial, que le gustaba mucho. En ella podía verse, dentro del círculo de piedra que se dividía en cuatro por una cruz griega, una concha, una media luna, una estrella, un camino y una montaña. Aunque esa era su favorita, en realidad le gustaban todas. Admiraba la simbología que encerraban: las figuras acorazonadas o el Cristo representado con los brazos abiertos, sin cruz, las aves, las pentalfas, la flor de la vida, las cruces latinas y griegas... incluso las que tenían herramientas para representar los oficios que se daban en la antigüedad.

Terminado su recorrido, Irati se arrebujó en su anorak y pasó al pequeño despacho que tenía en el interior del museo. Se había quedado helada en su recorrido por el exterior. Hacía mucho frío ese día 7 de febrero. Estaba siendo un invierno muy crudo aunque, algo inexplicable para la zona, había nevado mucho menos que otros años. Se dispuso a trabajar. Habló con el Museo de Navarra, para saber por qué no habían ido todavía a llevarse dos estelas que debían restaurar. «No entiendo por qué es tan difícil que vengan», dijo en voz alta, como si alguien pudiera oír sus quejas. El resto de la mañana lo dedicó a confirmar las visitas de dos colegios y un instituto de Pamplona, previstas para ese fin de semana. A ella no le importaba nada explicarles el museo a los niños. Incluso disfrutaba. Siempre estaban atentos y le hacían muchas preguntas con auténtica curiosidad. Otra cosa eran los adolescentes. En general, se reían de todo y no les interesaba nada que no fuera las pantallas de sus teléfonos móviles. Ella siempre pedía que los desconectasen durante la visita, pero no le hacían ningún caso. Ni siquiera sus profesores podían con ellos.

La jornada se le pasó volando. Irati cerró el museo a las dos de la tarde, conectó la alarma, y se subió a su viejo seat rojo y negro para desplazarse los 15 kilómetros que separaban su lugar de trabajo de Ochagavía. Realizó el trayecto en unos 25 minutos. A veces tardaba

bastante más, si la carretera estaba mojada, con hielo o con nieve. Pero nunca tardaba menos porque no podía correr con su coche, que estaba a punto de estropearse definitivamente. Ella hablaba con el vehículo todos los días y le pedía que, por favor, no la dejase tirada. Hasta entonces la súplica había surtido efecto, pero se temía que, en cualquier momento, el coche se parase para no volver a circular. Lo tenía ya dos años. Un joven de la zona se lo había vendido por 500 euros. Quizás no se pudiera pedir más por el precio que le costó. Cuando llegaba el buen tiempo, a veces se desplazaba en bicicleta. Pero tenía que reconocer que, con sus 50 años recién cumplidos, sus piernas no estaban tan ágiles como cuando era joven. Aunque tampoco entonces había hecho mucho uso de ellas. Se rio para sus adentros.

Irati había permanecido en un convento de clarisas, de La Rioja, hasta un par de años atrás, cuando dejó la vida de semiclausura que llevaba, al no comulgar con las tesis de sus superioras. No fue de un día para otro, pero iba notando cómo la abandonaba la fe que la llevó a hacerse monja cuando era joven. No es que hubiera perdido la fe en Dios, en su Dios interior, sino la fe en la Iglesia que, por lo visto, tenía un Dios distinto al suyo. Poco a poco, los rituales se habían quedado vacíos de contenido y ella empezó a preguntarse cada día: «¿qué hago yo aquí?» Aunque no estaba aislada, y tenía contacto con personas, sobre todo mujeres que acudían al convento en busca de apoyo espiritual y material, ella se sentía encerrada. No entre los muros de piedra, de los que podía salir a diario para su labor de apoyo a gente necesitada, sino de los muros de creencias que imperaban en el convento, y de los que era más difícil escapar. Finalmente, después de muchas dudas, sequedades y oscuridades, se decidió a escuchar a la voz interior que le decía que ese ya no era su lugar.

Fue entonces cuando se trasladó a Navarra y decidió cambiarse el nombre. Así pasó de ser sor María de la Encarnación a llamarse Irati. Le impresionó tanto el bosque que llevaba ese nombre, que cuando estuvo en él la primera vez exclamó: «Dios vive aquí, no hay duda». Adoptó ese nombre como propio y cambió su hábito marrón por un atuendo mucho más colorido, que recordaba a los hippies de

los años sesenta. Pelirroja, delgada, menuda, llevaba su pelo rojizo muy corto, destacando de su cara aniñada sus intensos ojos gris claro. Solía vestirse con largas faldas de vuelo, medias negras y grandes y gruesos jerséis para combatir el frío, bajo un anorak de plumas. Calzaba botas que, en verano, sustituía por zapatillas de deporte, así como los jerséis por camisetas. Pero siempre se ponía pañuelos de colores muy vivos en el cuello. Por su aspecto actual, nadie hubiera podido pensar que aquella frágil mujer, de dulce apariencia, hubiera sido monja durante más de 20 años. Y eso a Irati le gustaba.

Cuando llegó al pequeño apartamento que tenía alquilado en Ochagavía, se preparó rápidamente una sopa de lentejas y sacó del frigorífico lechuga, tomate, aceitunas y huevo duro, para hacer una ensalada. Tenía la intención de aprovechar lo que quedaba de luz esa tarde, para dar un paseo por el bosque, ya que durante el fin de semana no iba a poder pisarlo debido a las visitas concertadas que acudirían al museo de estelas. Pero antes de ir al bosque, tenía que pasar por la Biblioteca del pueblo a devolver un libro y coger nueva lectura. De paso echaría un vistazo por Internet, para ver su correo electrónico; no lo conseguía con los datos de su viejo móvil. «¡A ver si me ponen wifi en el museo de una vez, ya no sé cómo pedirlo. Llevo solicitándolo desde que empecé a trabajar ahí!», se quejó en voz alta.

Irati cogió una pequeña mochila, metió dentro agua y una bolsa de frutos secos, y comprobó que su teléfono móvil tenía batería suficiente; aunque en realidad en el bosque no había cobertura. Antes de subirse de nuevo a su viejo coche, pasó por la Biblioteca a devolver el libro. Los dos ordenadores que allí tenían se encontraban ocupados, pero la mujer que había en uno de ellos le dijo que terminaba enseguida. Decidió esperar, mientras escogía un nuevo libro para llevarse. Cuando esta terminó, Irati le dio las gracias, y se sentó frente a la pantalla del ordenador. Vio que la mujer no había cerrado lo que estaba leyendo. Cuando ella iba a cerrar la página, para ver su email, comprobó que se trataba de un periódico en el que se recogía la crónica sobre la misa en la Catedral de Santiago y el posterior entierro de Fermín del Pozo. Se

quedó como hipnotizada, paralizada y, sin poder evitarlo, empezó a leer. Cuando terminó de hacerlo, solo pudo preguntarse para sus adentros: «¿Pero esto qué es?, ¿una broma del destino? Pues no tiene ninguna gracia».

Capítulo VIII

Coronavirus, esa era la palabra que circulaba de boca en boca. Un par de meses después de que se detectara la epidemia en China, el virus se había extendido a más de cien países europeos, incluido España. Según la Organización Mundial de la Salud, había más de 100.000 personas contagiadas al inicio del mes de marzo. Y el miedo se había propagado aún más rápido que la enfermedad. Los medios de comunicación no hablaban de otra cosa que no fuera del coronavirus y sus consecuencias. También era así en el periódico en el que trabajaba Ángela Cuevas.

—¿Sabes que Artai me ha enviado un mensaje por WhatsApp, diciéndome que había abandonado China y que lo habían mandado a Italia, a cubrir la epidemia? —le comentó Ángela a Lúa.

—Pues espero que no le pase nada —respondió esta—, allí hay millones de personas aisladas por miedo al contagio. Hasta el Papa tuvo que dar la bendición a través de una pantalla. Y los fieles ya no se pueden dar la paz con las manos ni con besos, ni tampoco santiguarse con agua bendita, y se han suprimido los besapiés. ¿Te lo puedes creer?

—A estas alturas de la vida yo me creo cualquier cosa. ¡Estoy curada de espantos! —dijo Ángela, con un tono cínico.

—Y aun así te ha sorprendido que tu exmarido te haya comentado dónde está.

—¡Pues mira, eso sí que me ha pillado de sorpresa! Sobre todo teniendo en cuenta que nunca antes me había avisado de sus movimientos. Y ha asistido a guerras más peligrosas que el coronavirus. Te lo aseguro.

—Te lo habrá dicho para que no te preocupes —dijo Lúa.

—¿Y quién dice que estoy preocupada? Dejé de preocuparme por él hace muchos años... ya es mayorcito. Y yo también —

respondió Ángela con un tono de malhumor.

La redacción de *Galicia al Día* era un hervidero de actividad. Todo el mundo parecía correr por alguna causa. Todos, menos Ángela que seguía enfrascada en la pantalla de su ordenador, revisando noticias para que las cubrieran otros compañeros.

—¡Mira qué noticia he encontrado! —dijo Ángela a Lúa—: «Un sacerdote, acusado de abusar durante años de la hija de su amante, será llevado a juicio».

—¿Pero, eso es verdad, o lo has sacado del *Mundo Today*? —le preguntó Lúa con asombro.

—Real como la vida misma. Cuesta distinguir la realidad de la ficción ¿eh? Cuando yo era joven publicábamos en el periódico alguna inocentada el 28 de diciembre. ¡Ahora todo parece una inocentada y resulta difícil distinguir las noticias falsas de las verdaderas! Hala, a la colección.

—¿Estás coleccionando noticias chungas? —se interesó Lúa, riéndose.

—Sí, he empezado a distraerme con eso —respondió Ángela—. Como Roi ha incumplido la promesa que me hizo de ponerme a trabajar de verdad, tengo que buscarme alguna ocupación.

—¿Y qué vas a hacer con esa colección de noticias? —preguntó Lúa.

—Ni idea... quizás escriba un libro sobre la estupidez humana.

Ambas se rieron de la ocurrencia, y continuaron cada una con lo suyo.

Sin embargo, Ángela estaba muy enfadada con Roi y por extensión con el mundo en general, y no se esforzaba mucho por disimularlo. Después de la crónica que realizó de la misa y entierro de Fermín del Pozo, el director la había felicitado efusivamente. Según le dijo, habían tenido que aumentar la tirada del periódico, porque ese día «todo Santiago» había leído su crónica, ya que el sacerdote y su familia eran muy conocidos en su ciudad. «Hasta el arzobispo de la Diócesis me ha llamado para felicitarme —le comentó Roi—. Ha quedado muy satisfecho del tratamiento que hemos dado en el periódico a la triste muerte del padre Fermín. Ha destacado lo bien que has utilizado el evangelio del día, en el que se

recoge cómo Jesús es rechazado en Nazaret, su lugar de nacimiento, para señalar que Fermín del Pozo, sí había sido profeta en su tierra». Cada vez que recordaba la euforia de Roi para felicitarla, Ángela se ponía de peor humor, porque él no había cumplido su promesa de ponerla a trabajar haciendo información, en lugar de estar sentada todo el día delante de la pantalla del ordenador.

Ángela había esperado, prudentemente, un par de semanas para pedir una cita con Roi y recordarle su promesa. Pero, iniciado ya el mes de marzo, no había conseguido entrevistarse con él. Le había mandado emails, había subido varias veces a hablar con su secretaria, con la vana esperanza de encontrarse con él por algún pasillo. Pero esta siempre le daba largas. «No es que no te quiera recibir —le dijo un día la joven con cara de lástima, harta de verla por su despacho—, es que está muy liado, de verdad. Con esto del coronavirus...» Parecía que el dichoso virus servía de excusa para todo. No es que Ángela se hubiera resignado, pero pensó que insistir una y otra vez no era el mejor camino para que la recibiera. Al menos, no había dado resultado hasta el momento. Así que decidió esperar que se presentase alguna oportunidad para verlo: «Ya te pillaré en algún sitio; aunque tenga que ir a la puerta de tu chalet para hablar contigo».

Mientras llegaba ese momento, Ángela seguía pegada a la pantalla de su ordenador, con el único aliciente de echar una parrafada, de vez en cuando, con Lúa. «Creo que si no fuera por ella, ya me habría largado de aquí —dijo para sus adentros—. Estoy más aislada que si tuviera el coronavirus».

Su compañera la hizo salir de su trabajo hipnótico, con un grito:

—¡Mira, mira, ésta sí que te va a gustar! —dijo levantándose de su asiento y dando saltitos a su alrededor.

Ángela la miró con asombro.

—¿Tan buena es? —preguntó.

—Juzga tú misma —le dijo Lúa, sentándose de nuevo y pasándole al ordenador de Ángela la noticia que le había causado tanta algarabía: «Una modelo, a punto de quedarse ciega, después de haberse tatuado los ojos de color negro».

—¿Qué dices? —se extrañó Ángela.

—Lee, lee, sigue leyendo —la animó Lúa.

Ángela leyó en voz alta:

«La modelo polaca de 25 años quería imitar a su cantante de rap favorito, que ya se había teñido la parte blanca de sus ojos, escleróticas, de color negro. Cuando el tatuador finalizó el trabajo, ella sintió mucho dolor en los ojos».

—¡Normal! Pero, vamos, ¿A quién se le ocurre hacer algo como eso?, vamos, sigue, sigue —le pidió Lúa.

«La chica —leyó— tomó analgésicos y los dolores continuaron hasta que perdió totalmente la vista en el ojo derecho, por las profundas lesiones que había causado el tatuaje. La modelo decidió demandar al tatuador por el daño, y este se enfrenta ahora a una pena de hasta tres años de prisión».

—¡Madre mía!, ¿Cómo es posible que pasen estas cosas?, ¿En qué está pensando la gente? —reflexionó Ángela.

—¿Era o no era buena la noticia para tu libro sobre la estupidez humana? —preguntó Lúa, eufórica por su descubrimiento.

Ambas se enzarzaron en una discusión sobre el título que podría llevar el hipotético libro: «La tontuna infinita» fue la propuesta que más les gustó a ambas. Aun así, continuaron sugiriendo títulos cada vez más disparatados. Estaban en ello cuando sonó el teléfono interno que Ángela tenía sobre su mesa. Era de la centralita. Alguien quería hablar con ella sobre el padre Fermín del Pozo. Ángela hizo un gesto de extrañeza a Lúa, y esperó que le hablaran. Lo hizo una mujer con voz dulce y sosegada:

—Perdone que la moleste. ¿Escribió usted sobre el funeral del padre Fermín?

—Sí, yo escribí una crónica... ¿puede decirme con quién hablo, por favor?

—Mi nombre es Irati. Solo la llamo para decirle que el padre Fermín no murió de un ataque al corazón, como ponía en el periódico. El padre Fermín se suicidó. Y yo sé por qué lo hizo —añadió la mujer, bajando la voz.

Capítulo IX

Ángela conducía despacio el coche que había alquilado el periódico para trasladarse desde Santiago de Compostela a Ochagavía. Años atrás había tenido coche propio pero terminó vendiéndolo, dado el poco uso que hacía de él. Hacía mucho tiempo que no conducía y lo hacía con cierto temor; aunque ya se había preocupado ella de huir de las autovías para transitar por carreteras con poco tráfico. Se planteó que así iba a tardar más en llegar, pero se sentiría más segura. Además, el buen tiempo acompañaba para realizar el viaje sin prisas, disfrutando de él. Le resultaba muy gratificante alejarse un poco de la presión mediática del coronavirus, tanto de la psicosis que existía en su propio periódico, como de toda la información en general.

No fue fácil emprender ese viaje y, en cierto modo, se lo debía al famoso virus, que parecía haberse hecho el dueño de la vida de las personas. Aún recordaba la cara que se le quedó a Roi cuando entró en su despacho sin anunciarse, seguida de su secretaria que le gritaba que no podía pasar. Ángela sonrió recordando ese momento, así como al recapitular la conversación que tuvo con él. Cuando Roi se dio cuenta de que no iba a poder echarla de allí le hizo un gesto a su secretaria para que la dejase estar.

—Estoy muy ocupado... —empezó a decirle a Ángela, pero esta le abordó a bocajarro, con un tono contundente:

—Fermín del Pozo no murió de un ataque al corazón, como nos dijeron y publicamos: se suicidó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Roi balbuceando.

—Me ha llamado una mujer que lo conocía, y me lo ha dicho. Además, ha añadido que ella sabe por qué lo hizo.

Ángela guardó silencio, esperando alguna reacción por parte de Roi. Este se levantó de su asiento y dio unos pasitos por su

despacho con la mirada perdida. Ella vio que en la cara del director podía leerse la palabra «problemas». Aun así, se animó a seguir hablándole.

—Vamos a tener que hablar con esta mujer, ¿no? —preguntó ansiosa.

Al cabo de un rato, que a Ángela le pareció un siglo, él volvió a sentarse y dijo:

—Sí, sí, claro, habla con ella... ¿es que no lo has hecho ya?

Ángela puso su mejor cara de inocente y añadió:

—Quería preguntarte a ti primero, antes de seguir adelante. Me pareció que debías saberlo.

—Ah, gracias. Claro, claro, esto es algo que yo tenía que saber —dijo él, que continuaba con la mirada perdida, sopesando el calado de lo que se le podía venir encima.

Volvió a hacerse el silencio, antes de que Roi respondiera. Finalmente, dio un resoplido y dijo:

—Sí, claro, tienes que hablar con ella. Pero sé discreta, que no venga a la redacción, queda por ahí, en cualquier sitio, y que esto quede entre nosotros.

—No te preocupes, no va a venir a la redacción. Vive en Navarra, en Ochagavía, y no quiere tratar el tema por teléfono. Tendría que ir yo a verla allí.

—¿A Navarra? —gritó Roi.

—Sí, claro, allí es donde vive.

Roi se sumió de nuevo en sus pensamientos. Podía oler el problema a distancia... pero claro, tampoco podía obviar una información tan importante. Más todavía, teniendo en cuenta que implicaba a Ángela, y ella no se iba a conformar con hacerse la loca, como si nada hubiera pasado. Ángela aprovechó su incertidumbre para atacar de nuevo.

—Mira, yo aquí no tengo nada que hacer. Mañana es domingo, estaréis ocupados cubriendo la manifestación del día de la mujer. Es un momento estupendo para que yo viaje hasta Navarra. Y, además, aquí todo el mundo está muy ocupado con el seguimiento del coronavirus, mientras yo sigo clavada a mi pantalla viendo noticias

churras. Voy para allá, hablo con ella y me vuelvo... si te parece, claro —añadió en un tono de no haber roto en su vida un plato.

Roi la miró con cara de póker, consciente de que estaba incumpliendo la promesa que le había hecho de ponerla a cubrir informaciones. Se atusó el cabello engominado y, finalmente, resopló antes de decir:

—De acuerdo. Trasládate allí, y me vas contando. ¡Todo entre nosotros!

—Sí, sí, no te preocupes —le dijo ella, tratando de ocultar su alegría y de borrar la estúpida sonrisa que se le estaba dibujando en la boca.

—¿Cómo vas a ir allí? —le preguntó, con la cabeza baja.

—He pensado alquilar un coche, por si me tengo que mover por la zona.

—De acuerdo, me parece buena idea. Te facilitaremos uno.... Eso sí, ve recogiendo los tickets de todo lo que te gastes. Si no, cuando vengas, no vas a poder cobrar ni un euro, si no lo justificas. ¿Está claro?

Recordando esta conversación, Ángela no podía dejar de sonreír mientras conducía. Lo que resultaba más claro para ella y el motivo de tanto secretismo, es que Roi estaba asustado por lo que pudiera descubrir, y quería lavarse las manos, con relación al viaje y a todos sus movimientos, en caso de que fuera necesario. En cuanto bajó de su despacho, Ángela se lo contó todo a Lúa y esta le dijo que tuviera cuidado, que no sería la primera vez que Roi dejaba colgado a un redactor, posicionándose a favor de la empresa. Ángela la tranquilizó:

—No te preocupes, lo tengo claro, ya he tenido ocasión de saber lo que vale su palabra. Y también sé que no ha podido decirme que me olvide del asunto, porque está seguro de que yo no lo haría... pero ¿sabes qué? ¡A la mierda con Roi y sus neuras! Lo importante es que voy a investigar una información. ¡Una noticia de verdad!

—¡Viva el periodismo de verdad! —gritó Lúa levantando los brazos, y provocando que sus ocupados compañeros de redacción las miraran como si estuvieran locas.

Ángela recogió un coche ese mismo día, y al amanecer del 8 de marzo, se puso en camino hacia Navarra. Se sintió como una colegiala emocionada, en su primer día de clase. Tenía previsto parar en un área de servicio para comer, descansar y echar gasolina, con la intención de llegar a Ochagavía al anochecer. No le gustaba conducir de noche. En realidad, no le gustaba conducir, por eso vendió su coche sin ningún remordimiento. No lo había echado de menos en los últimos años. Sin embargo, en ese viaje le añadía un plus de libertad.

Mientras tomaba un café bombón, después de haber comido un bocadillo de morcilla, se preguntó cómo sería Irati. En realidad no sabía lo que se iba a encontrar, pero aquella mujer, de la que solo había escuchado una voz cálida y dulce, aunque también firme, le inspiraba confianza. La conversación que había tenido con ella había sido breve, pero Ángela sabía calar a las personas. Detectaba cuando estaban mintiendo y cuando no, al margen de lo que reflejasen sus gestos, su lenguaje corporal, o el tono de su voz. Había aprendido a base de tratar con numerosos políticos durante muchos años de profesión periodística. Estos acudían a escuelas, de sus distintos partidos, para aprender a moverse, a actuar y, en definitiva, a mentir sin que se les notara.

Pero en la voz de Irati había detectado sinceridad, y también contundencia cuando se había negado rotundamente a desplazarse a Santiago para hablar de Fermín del Pozo. Cuando Ángela le preguntó por qué quería hablar de un asunto que se aventuraba como problemático, Irati le respondió:

—Esa pregunta también me la he hecho yo durante los últimos días. Sin embargo, al final me decidí a llamarla. ¿Por qué? Muy sencillo, para que se sepa la verdad. Solo por eso. No me importan las consecuencias.

—La verdad no parece muy importante en estos tiempos —le contestó Ángela con un deje de cinismo en la voz.

—Para mí sí —la interrumpió Irati—. ¿Acaso hay algo más importante que la verdad?

Esa pregunta no había dejado de resonar en el interior de Ángela desde que la pronunció Irati.

Sentada nuevamente en el coche del periódico, conduciendo al encuentro con aquella misteriosa mujer, Ángela se respondió a sí misma en voz alta, con cierta emoción:

—No, no hay nada más importante que la verdad... al menos para una periodista.

Capítulo X

Carmiña se despertó sobresaltada en medio de la noche. Fue la voz de Fermín la que la obligó a salir bruscamente del sueño. Se incorporó en la cama. Tenía el camisón mojado del sudor. Se quedó sentada, desconcertada, había escuchado con total claridad la voz de su hijo, como si estuviera en la habitación. La llamaba: «mamá, mamá». El impacto fue tan fuerte que no sabía qué pensar. Miró el reloj luminoso que tenía en la mesilla de noche. Eran las cinco de la mañana, aún no entraba luz por las rendijas de las persianas, que siempre dejaba sin cerrar, para poder ver los primeros claros del amanecer colándose por ahí. Cuando veía luz exterior, se daba la vuelta y seguía durmiendo; la presencia del sol, ahí fuera, la tranquilizaba.

Pero en esos momentos no estaba tranquila, la voz de Fermín la había sumido en una gran oscuridad. Casi le faltaba la respiración. De forma inconsciente, sin pensar en ello, una vocecita salió de su garganta para preguntar: «¿Fermín, estás ahí? ¿Puedes escucharme?» Permaneció en silencio como esperando una respuesta. Pero nada, no se escuchó la voz de su hijo, ni ningún otro sonido. Ella tenía frío, a pesar de que su dormitorio estaba a una temperatura agradable. Era un frío interno, una sensación que no sabía muy bien cómo explicar. Se levantó de la cama, se calzó las zapatillas y se puso la bata de estar por casa. Era de forro polar gris, con unos corazoncitos blancos. Agradeció su tacto suave y se arrebujó en ella, como buscando consuelo a su desasosiego interno. Mientras se paseaba por su dormitorio, intentando poner en orden su cabeza, tardó unos momentos en dilucidar en qué día estaba. Desde el suicidio de Fermín, hacía ya más de un mes, le había costado centrarse en el ahora. Habían sido días muy duros para

ella. De improvisto, como si todo se hubiera recolocado en su mente, se dijo a sí misma: «Hoy es domingo, 8 de marzo».

Esta conclusión la llevó a la siguiente certeza. «Hoy vuelve Ramón de Navarra, gracias a Dios». Su hermano llevaba tres días en la comunidad donde ejercía Fermín como sacerdote. Había ido a visitar su parroquia en el valle de Aezkoa pero, sobre todo, se había desplazado hasta allí para entrevistarse con el arzobispo de la archidiócesis de Pamplona y Tudela, al que Ramón conocía desde hacía varios años, para ver si éste podía ofrecerle alguna luz sobre los motivos que su sobrino había podido tener para suicidarse. Antes de partir para ese viaje, su hermano le había dicho que no se hiciera muchas ilusiones. «Ya sabes que tu hijo era muy hermético. Bajo una apariencia de persona extrovertida, era muy celoso de su vida personal y, si tenía problemas, no los aparentaba».

Esas palabras de Ramón resonaron en la mente de Carmiña en aquella fría madrugada. Su hermano llevaba razón. Ella siempre había pensado que, realmente, no conocía a su hijo y que él se escudaba precisamente en su simpatía y don de gentes para con todo el mundo, para preservar su auténtica naturaleza. «Pero eso no es malo», se había repetido ella en infinidad de veces, cuando había tratado de cultivar una mayor intimidad con Fermín. «Al fin y al cabo, no hay ningunos padres que conozcan realmente a sus hijos, y viceversa», se decía a sí misma. Ahora, frente a la angustia del suicidio de Fermín, sin ninguna explicación aparente, Carmiña se reprochaba no haber estado más cerca de él, no haberlo conocido mejor, no haber indagado más en su persona.

Ramón le había alertado sobre lo dañinos y tóxicos que eran estos pensamientos que machaconamente su mente le presentaba una y otra vez. «¡Tú no tienes la culpa de que Fermín se haya suicidado, métetelo de una vez en la cabeza! ¡Solo él era responsable de sus actos!» Y eso era lo que trataba de hacer ella, no dejar que estos oscuros pensamientos emponzoñaran todavía más su sombría existencia. Pero no siempre conseguía controlarlos. En esos momentos esperaba la llegada de Ramón como agua de mayo, a ver si este le traía alguna información que calmase su alma. ¡Pero cómo podía encontrar consuelo su dolorido corazón de madre,

sabiendo que su hijo se había quitado la vida! En realidad, las razones serían lo de menos. La cruda y dura realidad era que su hijo, su único hijo, ya no estaba en este mundo. Y que al suicidarse había ofendido a Dios; al mismo Dios al que había hecho votos sagrados para entregarle toda su existencia.

Carmiña volvió a meterse en la cama con la bata puesta. Cada vez sentía, con más intensidad, cómo el frío se instalaba en sus frágiles huesos. Cerró los ojos para ver si podía dormir, pero estaba claro que ya no lo haría esa noche. Por prescripción médica, tomaba una pastilla para conciliar el sueño. Pero la voz de su hijo, que había escuchado con total nitidez, la había arrancado definitivamente de los brazos de Morfeo sin ninguna opción de vuelta. Y aunque el panorama de insomnio no era nuevo, lo sintió como algo distinto: «Es que era su voz»

Tuvo que reconocer que estar pendiente de la vuelta de su hermano la había alterado mucho. Sobre todo cuando la conversación que había mantenido con Ramón, el día anterior, la había sumido aún más en la incertidumbre. Desde que se había marchado a Pamplona, Ramón la había llamado por teléfono cada noche, para ver cómo se encontraba. Ella siempre le preguntaba lo mismo: «¿Sabes algo?». Y su respuesta también era la misma: «No, aún no, tengo que seguir indagando. Estoy viendo a personas que tenían contacto con él». Sin embargo la conversación de la noche anterior la alertó interiormente de que su hermano había descubierto alguna pista. Aunque él no le dijo nada al respecto. Sólo le anunció su vuelta.

—Mañana vuelvo a Santiago, Carmiña. Aquí ya no puedo hacer nada más.

Lo dijo en su habitual tono tranquilo y sosegado, pero su corazón de madre empezó a latir con fuerza y preguntó alterada:

—¿Qué pasa, Ramón, has descubierto algo?

—Si te refieres a si alguien me ha dicho la razón por la que Fermín se suicidó, la respuesta es no.

—¿Seguro que no me ocultas nada? —preguntó Carmiña con un hilillo de voz.

—¡Claro que estoy seguro, mujer! Y no, no te ocultó nada. No empieces a sacar conclusiones raras —respondió Ramón, algo molesto—. Quedamos en que no iba a ocultarte nada. Tienes que confiar en mí, Carmiña.

—Claro, claro, perdona... esto es muy duro para mí.

—Sí, lo sé, lo sé; y lo siento mucho. Si pudiera cargarme yo con tu sufrimiento, lo haría... pero esto no funciona así, ya lo sabes.

Ramón quiso cortar cuanto antes la conversación telefónica con su hermana, pero esta insistió:

—¿Pero qué dicen por allí los que lo conocían?, ¿te han aclarado si tenía algún problema?

—Carmiña, todo eso lo hablaremos cuando llegue. Te prometo que te contaré todo lo que me han dicho, con todo lujo de detalles... pero no es una conversación para tenerla por teléfono. Mañana hablamos, de verdad, acuéstate y duerme tranquila.

Pero no, no había dormido tranquila. La enfermera que ese día la cuidaba en casa, y que pasaba la noche en la habitación de al lado, la había ayudado a meterse en la cama y le había dado la pastilla para dormir. Pero la voz de su hijo la había despertado, y ella no podía dejar de escucharla en su cabeza: «Es que era su VOZ».

También oía los ronquidos de la enfermera, por eso Carmiña se levantó de la cama, ante la imposibilidad de conciliar de nuevo el sueño, y subió la persiana de su dormitorio. Aún no había amanecido. La dejó subida y se sentó en el sillón que tenía en su cuarto. Alargó la mano y cogió un transistor que tenía encima de una mesita.

Conectó la radio a poco volumen, y escuchó las noticias para distraerse. Oyó que se preparaban las manifestaciones del 8 de marzo, con motivo del Día internacional de la Mujer. A pesar de que había mucha psicosis por la epidemia de coronavirus que vivía el país, la vicepresidenta del Gobierno había hecho un llamamiento a la participación masiva de las mujeres, señalando que «les iba la vida en ello».

Carmiña suspiró profundamente y se dijo para sus adentros: «Vaya estupidez».

Capítulo XI

Ángela llegó a Ochagavía el mismo día 8 de marzo por la noche, varias horas después de lo que era su intención. A pesar de la ayuda del GPS, las intrincadas carreteras de la zona la habían llevado a demorarse más de la cuenta. Y aunque no le gustaba conducir de noche, decidió que era mejor hacer el esfuerzo y llegar a su destino ese día, sin más demora. Avisó a Irati por WhatsApp de que llegaría a su casa más tarde de lo previsto y ésta le respondió que no había ningún problema. Ángela había intentado quedarse en algún alojamiento de la zona, pero Irati insistió para que fuera a su casa, y luego ya se vería.

Cuando llegó a la dirección que le había facilitado Irati, Ángela albergaba muchas expectativas sobre esta mujer que había tenido la valentía de llamarla para ofrecerle una información veraz que, seguramente, no era fácil para ella. Aún resonaba en su interior la pregunta que le había lanzado: «¿Acaso hay algo más importante que la verdad?». Ángela aparcó el coche que había alquilado frente a la casa de Irati; salió del vehículo y estiró las piernas un rato, antes de llamar al interfono de la puerta de la calle. Le respondió la misma voz suave que había hablado con ella por teléfono, le abrió y le indicó que subiera hasta el segundo piso. Ángela decidió dejar su ordenador portátil y su equipaje en el coche, por si tenía que trasladarse a algún otro alojamiento para pasar la noche.

Cuando subió las escaleras hasta el segundo piso, Irati la estaba esperando en la puerta de su casa, con una amplia sonrisa. Ángela se encontró con una mujer todavía joven, menuda, pelirroja, con el pelo muy corto, a la que le echó poco más de 40 años; aunque ella le confesó después que acababa de cumplir los 50. Vestía con un amplio jersey de lana, de colores llamativos, y una falda verde

oscuro por debajo de las rodillas. La invitó a pasar con un gesto, y le preguntó por su equipaje.

—No lo he subido —le respondió Ángela— por si tenía que irme a dormir a algún otro sitio.

—No, es muy tarde. Y además, aquí puedes quedarte sin problema. Como verás, el apartamento no es muy grande, pero hay sitio para las dos. Aunque, si tú prefieres irte...

—No, no —la interrumpió Ángela con rapidez—, muchas gracias. He pensado que me quedaré aquí esta noche, y mañana ya veremos.

Ángela volvió a la calle y cogió del coche una maleta y la mochila con su ordenador portátil, que se puso en la espalda. Como no había ascensor en el edificio, cuando estaba subiendo escuchó la voz de Irati preguntándole si necesitaba ayuda. Ángela le respondió que no era necesario.

Al volver de nuevo al apartamento, Irati la acompañó a su propio dormitorio, que había preparado para que lo utilizase Ángela. Le dijo que se acomodara allí, y que ella podía dormir en el sofá cama que había en el salón: «Es una cama de matrimonio, muy amplia y cómoda». Ángela protestó, pero no sirvió de nada. Irati ya lo había decidido. Le preguntó si había cenado, y como no lo había hecho para no demorarse más en el viaje, Irati le propuso asearse un poco, y trasladarse después al salón, donde ella iba a sacar algo para comer.

Ángela se encontraba un poco cohibida ante esa mujer menuda, que irradiaba una fuerte energía y personalidad. Irati estaba comportándose con toda amabilidad. Aun así, a ella la intimidaba un poco. Seguramente porque había perdido la costumbre de socializar con otros seres humanos. «Si es que ya no hablo ni me trato con nadie», se dijo para sus adentros. Como si estuviera al tanto de sus pensamientos, Irati se dirigía a ella como si la conociera de toda la vida. Y lo más curioso es que lo hacía sin ningún esfuerzo. Se notaba que era así de atenta y afectuosa con todo el mundo.

Ambas se sentaron en torno a una mesa camilla que había en el salón junto a una ventana y, mientras cenaban un puré de verduras, un poco de embutido y como postre una cuajada con miel,

intercambiaron palabras sobre el viaje de Ángela, el tiempo que hacía, el coronavirus que ya se había instalado en España, y sobre otras cosas más o menos intrascendentes. Después, Irati preparó una infusión para las dos y sugirió que descansasen esa noche, y al día siguiente podrían hablar todo lo que quisieran, sin prisas. Ángela dudó unos segundos, pero enseguida aceptó porque estaba molida después de un viaje tan largo. Tras darle las gracias por acogerla en su casa, y por su buena disposición para contarle lo que tuviera que contar, se metió en el acogedor dormitorio de su anfitriona, y nada más caer en la cama se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó al día siguiente, Irati había preparado café y unas tostadas. Ángela se duchó rápidamente y, después de desayunar, se dispuso a entrevistarla. Cuando ambas se acomodaron en el sofá, ella sacó una pequeña grabadora y le preguntó:

—¿Te importa que grabe?

Irati respondió con rapidez:

—Preferiría que no lo hicieras. Puedes tomar todas las notas que quieras, pero prefiero que no me grabes. No me gustaría ser esclava de alguna palabra que pueda llegar a herir a alguien.

—Como quieras. Es solo para mí, para que no sea yo quien tergiversar lo que puedas decirme.

—No, seguro que eso no pasará. Tengo plena confianza en ti... si no, no estarías aquí.

—Pero puedo equivocarme, y no me gustaría...

—Y yo estoy segura de que no te vas a equivocar —la interrumpió Irati con una amplia sonrisa.

Ángela pensó que, sin duda, aquella mujer transmitía seguridad y confianza.

—Bien —dijo Irati acomodándose en el sofá—, no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio —le pidió Ángela, ya con su libreta y su bolígrafo en la mano para tomar notas—. ¿Conocías personalmente a Fermín del Pozo?

—Sí, lo conocí hace dos años cuando llegué a Navarra, procedente de un convento de Clarisas en la Rioja.

Ángela abrió mucho los ojos, antes de preguntar, asombrada:

—¿Eres monja?

—Lo fui durante muchos años.

—¿De clausura? —insistió Ángela.

—Bueno, yo estaba en un régimen de semiclausura. Salía todos los días a la calle para ayudar a personas necesitadas, sobre todo a mujeres. Tengo estudios de Psicología, aunque no he terminado la carrera que inicié en la Uned, y mi trabajo consistía, básicamente, en el apoyo psicológico y espiritual a gente con muchos problemas. Hay mucha, ¿sabes?

—Viéndote, nadie pensaría que has sido monja —exclamó Ángela, arrepintiéndose al momento de haberlo dicho.

Irati se rio a carcajadas, entornando sus ojos grises y alborozando como una niña, antes de responder:

—¡Muchas gracias! Lo que has dicho supone un gran piropo para mí. No es porque me arrepienta de mi época en el convento, ni mucho menos, pero ahora ya no estoy allí, esa época ha pasado y ahora me toca vivir otra. Ya no soy una monja.

—Deduzco —dijo Ángela— que Irati no es tu verdadero nombre.

—Yo diría que es el más verdadero porque me lo he puesto yo... y me ha salido del alma. Pero sí, en el convento me llamaba sor María de la Encarnación.

Ángela la animó a seguir.

—Dejé el convento porque había dejado de creer en el Dios de la Iglesia. Durante años acepté muchas cosas, tenía voto de obediencia y, más que aceptar, yo diría que tragué con todo lo que me echaban. Al fin y al cabo, me decía a mí misma, yo había ingresado en el convento por propia voluntad, siguiendo una llamada, una vocación. Me sentía una elegida por Dios, formaba parte de la élite de la Iglesia, porque te aseguro que no hay nada más elitista que la jerarquía eclesial, pero poco a poco todo se fue viniendo abajo. Estábamos los de dentro de la religión, y los de afuera; estos últimos equivocados, claro. Dios en los cielos, y nosotros aquí abajo en la tierra. Adorábamos a un Dios separado de los seres humanos, a los que juzgaba permanentemente. Premiaba a los buenos y castigaba a los malos, siempre según el criterio de la

Iglesia. A pesar de que Jesús había dicho que no venía a curar a los sanos, sino a los enfermos, y siempre se mezcló y atendió a los llamados «pecadores». Todo eso me rechinaba cada vez más, hasta que un día tuve una experiencia íntima que me llevó al límite y a cuestionarme toda mi fe y todas las creencias que me habían sostenido durante años.

Ángela no le preguntó por esa experiencia. Pensó que, si ella quería, ya se lo contaría, puesto que pertenecía a su intimidad más profunda. Irati continuó con su relato:

—¡Fue tremendo! Me quedé en el aire, sin nada que me sostuviera. Con un gran sentimiento de orfandad. Sufrí una crisis descomunal y una gran incompreensión. Tuve que recurrir a lo único que tenía realmente, mi pequeña luz interior. Aferrándome a ella, vi que había claridad al final del túnel, y decidí que, puesto que ya no pintaba nada en el convento, tenía que irme, y cuanto antes mejor. Entonces abandoné la orden... Creo que para mis superiores mi salida también fue un verdadero alivio.

—Continúa, sigue, por favor —le pidió Ángela, cada vez más interesada en su historia.

—No quería continuar en Logroño, donde viven mis padres. Tenía necesidad de volar libre. Ellos me apoyaron y, con su ayuda, me vine para Navarra. Necesitaba un empleo y... tuve mucha suerte. Aunque yo no lo llamaría suerte. Cuando seguimos la orientación de nuestra alma, la vida se pone de nuestro lado y nos facilita las cosas; al menos eso es lo que me pasó a mí. Mi padre trabajaba como restaurador en el Museo de La Rioja, ahora ya está jubilado y, gracias a sus gestiones, me ofrecieron trabajo en el Museo de Estelas funerarias que hay en el valle de Aezkoa. ¡Y allí es dónde conocí al padre Fermín!

—¿Hace mucho de eso? —preguntó Ángela.

—Un par de años más o menos, llevaba poco tiempo trabajando allí.

—Cuéntame cómo fue.

—Cuando me hice cargo del Museo, que ya te enseñaré porque es precioso y una rareza de las que no hay —añadió con tono de satisfacción—, empecé a gestionar visitas de colegios, institutos y

grupos de jóvenes de la zona, para que conocieran el patrimonio navarro y, sobre todo, algo tan desconocido para los jóvenes como las estelas funerarias.

Estas visitas suelen hacerse durante los fines de semana, que es cuando está abierto el museo al público durante el invierno. Y él se presentó allí con un grupo de jóvenes, que pertenecían a una especie de asociación cultural, San Miguel, que él tenía a su cargo.

—¿Qué impresión te causó entonces? —preguntó Ángela, que quería llegar poco a poco al fondo de lo que le tenía que contar Irati.

—Una impresión buenísima, lo confieso. Era un tío encantador, preocupado por los chavales, con un aspecto juvenil, lleno de fuerza y energía. Buen conversador y... muy guapo, por qué no decirlo. Vestía de manera informal, con vaqueros, no se distinguía de los muchachos, de no ser por la edad, claro. Aunque aparentaba menos años de los que tenía.

Ángela tomaba notas a marchas forzadas, y le pidió que continuase.

—Me dijo que su asociación se llamaba San Miguel, porque había nacido para recaudar fondos y aportar esfuerzos en la reconstrucción de una ermita de la Edad Media, que lleva ese nombre, y que se estaba cayendo. Le dije que mi padre era restaurador y me comentó que quizás se pusiera en contacto con él para recabar su ayuda. Me pareció muy bien. Nos intercambiamos teléfonos y quedamos en mantener el contacto.

—¿Lo mantuvisteis?

—Sí, claro, me pareció una persona muy interesante, preocupada por los demás y por recuperar el patrimonio de la zona... No es que nos viéramos todos los días, pero me enviaba mensajes sobre actividades culturales que podían interesarme, y yo asistí a alguna de ellas.

—¿Teníais una relación de amistad?

—No, no diría yo tanto —dijo Irati—. Era solo un conocido, pero me parecía una persona fiable. Tuvimos ocasión de hablar varias veces. Yo le conté que había sido monja y mis problemas de fe, hasta dejar de creer en la Iglesia. Fermín se mostró bastante

impresionado con mi historia y entonces me confesó que él a veces no sabía si servía a Dios o al diablo.

—¿Cómo, lo dijo así, tal cual? —preguntó Ángela muy interesada.

—Sí, sí, lo dijo así, tal cual, con la mirada perdida en el infinito. Recuerdo muy bien la escena. Fue un instante, como si se estuviera haciendo una confesión a sí mismo en voz alta. A mí me espantaron estas palabras, pero no me atreví a profundizar en ellas... tal vez debería haberlo hecho —se lamentó—; lo cierto es que enseguida se recompuso y bromeó con el tema, diciendo que muchos santos habían tenido que sufrir las tentaciones del diablo. «No es que yo sea un santo» —dijo riéndose a carcajadas—. Yo también me reí pero lo cierto es que en mi interior se instaló algún tipo de alerta, como una sombra, que yo intenté ocultarme a mí misma.

—¿Pero cuándo cambió la buena impresión que tenías sobre el padre Fermín? —la interrogó con cautela Ángela—. Irati, ¿Por qué crees que sabes por qué se suicidó?

Irati la miró con los ojos humedecidos. Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo para no echarse a llorar. Cerró los ojos y pareció perderse por un momento en sus pensamientos interiores. Al abrirlos de nuevo, no sin cierta dificultad, confesó:

—Me cuesta mucho relatar esto...

—Tranquila —la animó Ángela—. Tómame tu tiempo. No tenemos ninguna prisa.

—Antes de nada —dijo Irati mirándola directamente a los ojos— quiero que sepas que he meditado mucho si debía contar lo que sé, y he pedido ayuda a Dios para que me iluminase el camino que debía tomar. Le pedí una señal clara... y me la dio. ¿Sabes? Nada ocurre por casualidad.

—Continúa —le pidió Ángela, sin querer forzar su relato.

—La señal que estaba esperando me llegó el día que fui a la Biblioteca, a devolver un libro y a ver mi correo electrónico, pues ni en casa ni en el Museo tengo Internet. Una mujer se había dejado abierto en la pantalla el periódico en el que tú trabajas, con la crónica que hiciste de la misa y el entierro de Fermín. ¿Hubiera podido no leerla? No creo —se respondió a sí misma—. Esa era la

señal que yo había esperado. Tenía que contar la verdad... y tenía que contártela a ti.

Estas últimas palabras de Irati provocaron una gran conmoción en Ángela. Dejó de tomar notas y se quedó unos instantes con la mente en blanco. Ningún pensamiento acudía a ella. Suspiró profundamente y con voz vacilante, preguntó:

—¿Qué tienes que contarme?

Irati soltó a bocajarro, como si ya no pudiera ocultarlo por más tiempo:

—El padre Fermín era un depredador sexual y abusaba de chicos menores.

Capítulo XII

Ramón da Fonte llegó a la casa de su hermana, que también era la suya desde que ingresaron a su cuñado en una residencia con un ictus, casi a medianoche del día 8 de marzo. El viaje había sido agotador y su ánimo, conforme se alejaba de Navarra, se había vuelto más sombrío que cuando llegó allí, tres días atrás. Entonces aún tenía esperanzas de descubrir algo sobre Fermín, que le diera algún indicio sobre las razones que había tenido para suicidarse. Tampoco esperaba grandes revelaciones, pero sí, al menos, un pequeño hilo que le permitiera seguir tirando de la madeja y le condujera a algún lugar concreto. Pero nada de eso había ocurrido. Su mayor preocupación era su hermana, que le esperaba ansiosa por noticias que él no podía ofrecerle.

Cuando bajó del coche oficial del que disponía como obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de Compostela, se interesó por saber si su chófer estaba bien, y si le había resultado muy cansado el viaje, pues apenas habían hecho dos paradas para tomar algo, y no habían intercambiado muchas palabras. El hombre, que llevaba a su servicio varios años, le dijo que se encontraba bien, aunque un poco cansado. Cuando le preguntó a Ramón cómo se encontraba él, este, con un tono de voz taciturno y fatigado, le respondió, intentando forzar una sonrisa: «Para qué te voy a mentir, no me encuentro muy bien. He tenido días mejores». Con el pequeño maletín en la mano, con el que había viajado y que llevaba un par de camisas y mudas sucias, Ramón entró al jardín que daba paso a la casa de su hermana. No pudo evitar mirar a la ventana del salón y, tal y como esperaba, divisó la delgada silueta de Carmiña quien, al verlo llegar, se apresuró a abrirle la puerta.

Después de los saludos de rigor Carmiña observó a su hermano, y le dio la impresión de que este había envejecido en los tres días

que había durado su viaje a Navarra. Ramón intentó que dejaran la conversación para el día siguiente, alegando que estaba muy cansado y muy poco lúcido, pero al ver la decepción y la tristeza dibujadas en el rostro de su hermana, reconsideró sus palabras y le dijo:

—De acuerdo, hablamos ahora, déjame que me asee un poco, que me cambie de ropa, y espérame en el salón.

Una tenue sonrisa se dibujó en el rostro de Carmiña y esta asintió como una niña obediente. A Ramón le pareció más frágil que nunca y pensó que, si alguno de los dos tenía que hacerse el fuerte en esa dramática situación, era él. Al fin y al cabo, su hermana había perdido a su único hijo, después de haberse quedado sin Roque, su marido, quien ni siquiera la reconocía cuando iba a visitarle. Era difícil saber realmente lo que estaba sufriendo esa mujer de frágil apariencia, aunque él, que la conocía bien, la tenía por una persona de gran fortaleza.

Cuando se encontraron frente a frente, sentados en el salón, y pidieron a la enfermera de turno que los dejase solos, Carmiña preguntó a su hermano si había cenado. Este respondió que sí, y que no le apetecía tomar ninguna manzanilla, a pesar del mal cuerpo que tenía por el largo viaje en coche. Se estableció un tenso silencio entre ambos. Carmiña esperaba que fuera su hermano el que tomara la iniciativa de la conversación, pero como no lo hizo, ella le preguntó con un tono de impaciencia.

—Bueno, Ramón, ¿qué tienes que decirme? Dijiste que me lo contarías todo cuando llegases.

Ramón suspiró profundamente y se acomodó en el sillón en el que estaba sentado, antes de decir:

—Es que no hay mucho que contar, Carmiña, en realidad no he averiguado nada que nos dé algún indicio de por qué se suicidó Fermín. Y temo que esta conversación sea muy decepcionante para ti.

—¿Para ti ha sido decepcionante el viaje a Navarra? —preguntó ella con tono firme.

Ramón se lo pensó un poco antes de responder a su hermana:

—Pues en cierto modo sí. Por la razón que te he dicho, y la verdad es que vuelvo con mal sabor de boca... y no solo por los kilómetros que he hecho en coche. Menos mal que no he tenido que conducir —añadió aliviado.

—Pero, ¿qué te han dicho allí, hablaste con tu amigo el arzobispo?

—Claro que sí, mujer, y estuvo absolutamente cooperativo conmigo. Me llevaron a la parroquia de Fermín, vi el cuarto donde vivía y, lo que es peor, también subí al campanario de la iglesia desde el que se colgó —añadió con la mirada perdida, como si quisiera apartar de su mente esa visión.

Carmiña recibió estas palabras con lágrimas en los ojos y un pequeño grito ahogado, que le salió del alma.

—¡Lo siento, lo siento mucho, Carmiña! —se apresuró a consolarla Ramón, trasladándose a su lado en el sofá donde estaba ella sentada—. ¡No debería habértelo dicho, lo siento, de verdad!

Cuando su hermana se hubo repuesto de estas palabras, fue ella la que consoló a Ramón, al que se le veía muy afectado.

—Tiene que haber sido muy duro para ti, hermano, nunca te agradeceré lo suficiente los desvelos que te estás tomando por descubrir la verdad de lo que ha pasado. Y no te preocupes, ya sabes que siempre he sido más fuerte que tú —intentó bromear Carmiña—, no quiero que me ocultes nada.

—No lo hago, Carmiña, no lo hago —dijo él, al borde del llanto.

Ella preguntó de nuevo:

—¿Qué fue lo que viste en el cuarto donde vivía, algo te dio alguna pista?

— No, nada especial. Vivía con austeridad, tenía libros, bastante desorden, como era propio en él, pero nada que me ofreciera ningún indicio de la razón por la que se suicidó...

Ramón vaciló un poco, antes de decir lo siguiente, por si afectaba mucho a su hermana. Finalmente se atrevió:

—Lo que sí me dio la Policía, gracias a las gestiones del arzobispo, fue la nota manuscrita que dejó Fermín.

—¡Quiero verla! —le pidió Carmiña como si fuera una orden que no admitía réplica alguna—. ¿La tienes ahí?

—Sí, claro, la tengo en mi dormitorio... espera, voy a por ella.

Ramón se levantó del sofá y subió a la planta de arriba, donde estaban los dormitorios. Casi de inmediato bajó con un trozo de papel, una cuartilla, envuelta en un plástico, en la que podía leerse el último mensaje de Fermín: «Pido perdón».

Carmiña leyó estas palabras en voz alta, y a continuación se llevó aquella nota al pecho, apretándola mientras mostraba un gesto de dolor.

—¿Sabes que Fermín ha estado en mi habitación esta noche, y que me ha llamado con voz angustiada? —susurró a su hermano.

—Carmiña, Carmiña, no hagas eso, ya no puedes hablar con él. ¿No lo entiendes?, ¡está muerto! —le reprochó Ramón con un tono preocupado en la voz.

—Ya lo sé, Ramón, sé que está muerto, ¿cómo no lo voy a saber? Pero quizás él pueda comunicarse conmigo. Ya sé que tú no crees en nada de eso, pero yo no voy a cerrarme a ninguna posibilidad. Mi hijo me necesita.

Ramón conocía bien a su hermana. Ya cuando eran pequeños, él le decía «brujilla» para fastidiarla. Pero era evidente que Carmiña estaba dotada de una percepción y una intuición, que él, no solo no había sentido nunca, sino que tampoco comprendía. Suspiró profundamente antes de proseguir con su relato, intentando encauzar la conversación.

—Por lo demás —relató Ramón— todas las personas con las que he hablado sobre él, que lo conocieron allí, me han dicho más o menos lo mismo. Que era una persona muy vital y encantadora, muy preocupada por sus feligreses y vecinos. Que realizaba una labor encomiable en su parroquia, y también en especial con los jóvenes en la asociación a la que pertenecía; y que nadie se explica por qué se suicidó. ¡Vamos, que era un mirlo blanco!

—Ya, pero es obvio que esa no es la verdad, y que la verdad sigue oculta. Pero ¿sabes? —añadió Carmiña con total seguridad—. Nos enteraremos de lo que ha pasado. Yo me enteraré.

Capítulo XIII

Ángela e Irati se desplazaron ese día al bosque para que la periodista pudiera ver el lugar concreto donde Irati había descubierto a Fermín abusando de un joven. Ambas iban en el coche de Ángela, menos destartado que el de Irati. Era la temprana mañana del día 10 de marzo. La carretera estaba cubierta con una niebla espesa, que daba una gran belleza a toda aquella zona y le imprimía un aspecto irreal. Como si nada del horror hubiera ocurrido realmente. Como si todo fuera un mal sueño. Ángela paró el coche en varias ocasiones y ambas salieron al exterior para disfrutar del paisaje.

—¡Dios mío, esto es precioso! —se le escapaba a Ángela, asombrada, una y otra vez.

—Sí, la primera vez que llegué a este bosque, pensé: «Dios vive aquí». Por eso me puse su nombre. Para mí tiene mucho significado. ¡Aquí todo está bien, aquí se concentra el universo entero en todo su esplendor! —reflexionó emocionada.

Ángela se mantuvo en silencio unos instantes, pero cuando volvieron al coche no pudo evitar decirle:

—Sí, así es... y sin embargo aquí, en la espesura de este bosque, en medio de toda esta paz y hermosura, Fermín del Pozo abusó de un joven... y quién sabe de cuántos más.

Después de escuchar el relato completo que le hizo Irati el día anterior, Ángela había aprovechado la tarde para reescribir sus notas y también para poner en orden sus ideas. Necesitaba pensar. Decidió que no llamaría a Roi hasta que no hubiera investigado un poco más todo lo que había sucedido. Y hasta que, si eso fuera posible, tuviera el testimonio directo de alguna víctima.

Ese día ambas habían madrugado mucho. A través de su ordenador portátil, Ángela pudo seguir por Internet el desarrollo de las noticias sobre el coronavirus. Cosa que fascinó a Irati, que hasta la llegada de la periodista no tenía wifi en su casa, ni datos en el móvil, ni televisión, y se encontraba un poco aislada de todo lo que

estaba pasando. «La cosa no pinta bien», pensó Ángela al chequear la información; aunque no quiso verbalizarlo. Ya se especulaba con que la Organización Mundial de la Salud iba a declarar la pandemia, debido a la rapidez con la que se estaba extendiendo por todo el mundo el virus causante de la covid-19.

Después de tomar un ligero desayuno, Ángela pidió a Irati que la llevase al lugar donde había ocurrido la violación, y le proporcionó una cámara de fotos digital, que había traído del periódico:

—Ahora tú vas a ser mi fotógrafa, le dijo.

—¡Claro —respondió con entusiasmo—, te ayudaré todo lo que pueda!

El resto del viaje en coche lo hicieron en silencio. Era lo que pedía aquel apabullante escenario. Ángela recordó mentalmente todo lo que le había contado Irati el día anterior, y reflexionó sobre su propia vivencia. Cómo el encargo de que cubriera periódicamente el funeral de Fermín, que ella había aceptado a regañadientes, había dado un giro de 180 grados a su apacible y monótona vida en el periódico. Aunque no era religiosa, se escuchó a sí misma diciendo para sus adentros: «los caminos del Señor son inescrutables».

Cuando llegaron al punto de información, ubicado en las Casas de Irati, donde había una cafetería y un aparcamiento para dejar los coches, se bajaron del vehículo y, después de pasar un control ante dos jóvenes, se internaron en el bosque. Ángela preguntó a su acompañante si sería capaz de reconocer el lugar con exactitud.

—Claro —le respondió ella con convicción—, no es la primera vez que vengo. He regresado a este lugar más de una vez, y también he rezado una oración para poner un poco de luz en la oscuridad que aquella mañana presencié. Además, conozco muy bien el bosque por esta zona. Desde que vivo en Ochagavía procuro venir por aquí todos los días que puedo. No olvides que ahora el bosque es mi convento —añadió con una sonrisa.

—¿Tu templo? —preguntó Ángela.

—No, mi templo está en mi interior —dijo Irati, llevándose la mano derecha a la altura de su pecho.

Caminaron juntas en silencio algo más de media hora, hasta adentrarse en una zona boscosa, muy espesa, y de gran belleza. Estaba claro que Fermín también conocía muy bien aquel bosque, y llevó al muchacho a un lugar de sus profundidades, donde nadie podía escuchar sus gritos, en caso de que estos se produjeran. Este pensamiento planteó una pregunta a Ángela:

—¿El chico gritaba?

—No, no lo hizo en ningún momento. Se le escuchaba gemir, tal vez llorar, no pude verle la cara mientras se producía la violación. Eso me resultó más dramático todavía.

—Dime, si te acuerdas, el lugar exacto desde donde lo viste.

Irati se lo indicó:

—Fue aquí, yo iba paseando por este sendero, porque me gusta adentrarme en la espesura. De pronto los vi, me fui acercando alegremente cuando me pareció reconocer al padre Fermín. Conforme avanzaba me di cuenta de que, efectivamente, era él. Su apariencia era inconfundible. Pero me extrañó verlo solo con un chico. Siempre iba rodeado de jóvenes, pues organizaba muchas caminatas de senderismo por este bosque, decía que el contacto con la naturaleza ayudaba mucho a los muchachos.

—Prosigue —le pidió Ángela—. Aunque me lo contaste ayer, quiero hacer una reproducción lo más fiable posible. De esas que lleva a cabo la Policía. Luego haremos las fotos.

—Cuando me acerqué —continuó Irati, con un tono de angustia en la voz— vi con toda claridad lo que estaba pasando. Me frené en seco y me escondí detrás de este árbol, totalmente paralizada por lo que estaba presenciando.

Ángela se colocó en ese lugar y comprobó que desde allí se podía seguir con buena visibilidad todo lo que estuviera ocurriendo. Suspiró profundamente, antes de preguntar a Irati:

—Por favor, dime lo que viste. Sé que resulta duro para ti... pero necesito que me lo cuentes otra vez, aquí mismo, en el lugar donde ocurrió.

Irati asintió con la cabeza y empezó su relato con la voz entrecortada.

—Lo que vi fue una violación, sin ninguna duda. La violación de un sacerdote a un niño quien, seguramente, confiaba plenamente en la persona que lo estaba violando... ¡Fue terrible! No voy a entrar en detalles. El chaval se encontraba de espaldas, con el pecho apoyado en aquel árbol. Se abrazaba a él como si fuera la tabla de un naufrago, con la cara pegada a la corteza. No se la vi bien entonces, solo después; aunque la tenía muy roja. Casi con seguridad se la habría irritado al presionarla contra el árbol.

Irati se tomó unos momentos de silencio, y luego continuó. Ángela no quería interrumpir su relato. Después le preguntaría las dudas que le pudieran surgir.

—El padre Fermín estaba echado literalmente sobre sus espaldas. Tenía los pantalones vaqueros bajados, y también los calzoncillos. El chico también y, no hacía falta ser muy espabilado para darse cuenta de que lo estaba violando. No puedo saber si llegó a penetrarlo. Pero está claro que lo intentó. De eso no tengo ninguna duda... y creo que lo consiguió por los jadeos que escuché de su boca. ¡Fue horrible! —añadió mirando a Ángela, como suplicándole con la mirada que no la hiciera continuar más.

—De acuerdo, descansa un poco. ¿Qué pasó después? —preguntó Ángela.

Irati se tomó un tiempo antes de responder. El suficiente para recuperar el aliento. Preguntó:

—¿Te refieres a qué hicieron ellos, o a qué hice yo?

—Vamos primero con ellos.

—Cuando Fermín terminó, se subió los calzoncillos y los pantalones y le dijo algo al chico, que no pude entender porque estaba paralizada. El chaval hizo lo mismo. El padre Fermín volvió a dirigirse a él, que tenía la cabeza baja, y tampoco pude escuchar las palabras que le dirigió. Al cabo de unos instantes, ambos se fueron juntos, andando por aquel sendero de allí —le indicó Irati—. Él le echaba un brazo por los hombros al muchacho.

—¿Pudiste verle la cara entonces? ¿Le reconocerías? —preguntó Ángela.

—La cara se la veo todos los días desde entonces y, creo que sí, que le reconocería. Como te podrás imaginar, le he dado muchas

vueltas a este suceso, y creo que ese chico estuvo en una de las visitas que hacía el padre Fermín a mi museo, con los muchachos.

—¿Estás segura? —la interrogó Ángela.

—Creo que sí. Tengo muy buena memoria visual, nunca se me olvida una cara. Además, este es un muchacho muy guapo, rubio, con el pelo rizado. Tiene unos ojos azules de los que no se olvidan. ¡Pobre crío, y yo no hice nada para ayudarle!

Al decir esto, a Irati se le saltaron las lágrimas y se tapó la cara con las manos. Para Ángela estaba claro que en toda esta historia de horror y de dolor, ella se sentía culpable por no haber intervenido. Le preguntó si quería hablar de sus sentimientos y emociones. Ella asintió con la cabeza, aunque permaneció en silencio. Fue Ángela la que lo rompió, acercándose para consolarla.

—No soy quien para dar consejos a nadie, y menos a una persona como tú, pero creo que no deberías sentirte culpable por lo que viste. No fue culpa tuya.

—¡Pero no fui capaz de reaccionar! —dijo Irati, elevando el tono de voz—. ¡No fui capaz de gritar, ni de salir de mi escondite, ni de interrumpir aquélla atrocidad! Me quedé paralizada.

—Bueno, tú lo has dicho, Irati, no fuiste capaz, no pudiste —le dijo Ángela con un tono cariñoso—. Te quedaste petrificada, sin poder moverte.

—Sí, es verdad. Cuando se fueron me dejé caer a los pies del árbol que me servía para esconderme de ellos, y me quedé allí plantada mucho rato. No daba crédito. No podía ser. No era real. Era solo un sueño. Una pesadilla —añadió—. No sé cuánto tiempo permanecí en estado de shock. No me salía la voz de la garganta, ni las lágrimas. Después de un rato me abracé al árbol que me cobijaba y entonces empecé a llorar y llorar. Fue un llanto desgarrado y liberador, que agradecí mucho.

Ángela no quiso presionar más a Irati, a la que veía muy afectada con la reproducción de los hechos. Le propuso que hiciera unas fotos en el lugar, siguiendo sus indicaciones, y que después salieran del bosque para ir a la cafetería que habían visto junto al aparcamiento, y comer algo allí. Estaba claro que necesitaban un descanso.

—Te invito a comer —le dijo—, creo que necesitamos salir de aquí... y hasta me parece que me voy a tomar una cerveza. Tú deberías hacer lo mismo —añadió, intentando animarla.

—Es que yo no bebo alcohol —le respondió Irati, intentando forzar una sonrisa.

La caminata hasta el lugar donde habían aparcado el coche la hicieron en silencio. Cada una enfrascada en sus propios pensamientos. Al llegar allí, dejaron la cámara de fotos en el maletero y ambas subieron unas escaleras hasta la cafetería. Casi no había nadie y una joven muy animosa las atendió enseguida. Pidieron un par de bocadillos de jamón, una bebida isotónica para Irati y una cerveza para Ángela.

Durante la comida solo hablaron de cosas intrascendentes, como si ambas quisieran espantar de sus mentes la dureza de lo que habían estado recreando en su imaginación. También comentaron las alarmantes informaciones que habían visto por la mañana temprano, en el ordenador de Ángela, sobre el coronavirus.

Aunque solo habían transcurrido unas horas, parecía como si el tiempo se hubiera salido de sus cauces establecidos, y las hubiera introducido a ambas en el escenario irreal de la violación. Aunque sin dejar de lado el rostro que empezaba a mostrar la epidemia.

Fue ante las tazas humeantes de café que les sirvieron, cuando Ángela volvió a retomar la conversación al preguntar a Irati:

—¿Crees que existe alguna posibilidad de encontrar al chico?

Irati resopló antes de responder:

—Puesss, no lo sé. Tal vez sí... aunque no creo que sea fácil. No sabemos cómo se llama, ni dónde vive.

—Pero seguro que es de esta zona —insistió Ángela.

—Sí, eso sí. Pero esta zona es grande y tiene poblaciones muy pequeñas.

—Eso puede hacerlo más fácil ¿no? Es un niño que vive en una casa con su familia. ¿No podrías saber a qué colegio o instituto pertenece? ¿No dispones de esos datos de visitas en el museo donde trabajas?

Irati se quedó pensativa unos instantes, antes de responder:

—Vamos a ver, yo no tengo los nombres de los chicos que acuden a las visitas, pero sí podría averiguar de donde eran los grupos que fueron con el padre Fermín, y eso nos daría una pista para empezar a buscar... creo que podría hacerse —concluyó con un tono de optimismo.

—¡Genial! —aplaudió Ángela—. ¡Hay que ponerse manos a la obra!

—¡Esta va a ser nuestra misión! —añadió Irati, con una repentina determinación.

Ambas se rieron de sus propias palabras y chocaron las manos, en un gesto de complicidad. Ángela pensó que solo hacía dos días que conocía a aquella extraordinaria mujer, y ya se sentía profundamente unida a ella. Sabía que la corriente de simpatía y de camaradería era mutua, y eso le hizo sentirse muy bien por dentro. Hacía años que no experimentaba algo semejante con ningún ser humano.

Aún estuvieron un rato sentadas en la cafetería, planeando cómo podían llegar hasta el muchacho que había violado el padre Fermín. Para empezar, Irati llevaría a Ángela al museo de estelas donde trabajaba, al día siguiente, y allí empezarían las pesquisas. Cuando estuvieron de acuerdo en su labor de investigación sobre el cura, Irati le preguntó a Ángela:

—Estás dispuesta a llegar hasta el final de este asunto, ¿no?

—Sí, así es —respondió—, no tengo ninguna duda. Como tú me dijiste la primera vez que hablamos por teléfono, somos instrumentos de la Verdad. Y a mí ahora me toca hacer este papel. Descubrir la verdad y publicarla.

—¿Y no temes que en tu periódico no puedas hacerlo, que te censuren o algo así?

—Claro que lo he pensado, naturalmente, conozco el paño y no me extrañaría lo más mínimo. Pero eso no va a detenerme. A detenernos —añadió mirándola fijamente a los ojos—. De momento, hay que encontrar al muchacho y, luego, ya iremos viendo. Poco a poco.

Irati sonrió con afecto hacia aquella mujer que la Divina Providencia había puesto en su camino. Continuó interrogándola:

—¿Y si encontramos al muchacho y no quiere hablar?

—Puede ser, claro, pero algo me dice que si damos con él, nos contará lo que pasó. Es una sensación interna que tengo. Una intuición.

—Pues yo no lo tengo tan claro. Imagínate lo difícil que puede ser para él reconocer unos hechos tan dolorosos. Quizás no pueda admitirlos. Al fin y al cabo, el padre Fermín debía ser su maestro espiritual, su confesor, la persona en la que confiaba...

—Sí —suspiró Ángela con tristeza—, eso es lo más terrible de todo. Lo que hace que este hecho horroroso y deleznable, sea un crimen contra la humanidad de ese chico... y de todos los demás que confiaron en él. No se puede caer más bajo.

—Sí, es la oscuridad campando a sus anchas.

Nuevamente un denso silencio se estableció entre ambas, como si realmente hubieran entrado en el reino de las tinieblas. Irati preguntó, aunque no deseaba escuchar la respuesta:

—¿Crees que habrá más?

—Estoy convencida de que el muchacho que tú viste, no fue el único. Siempre hay más.

Capítulo XIV

El resto de esa semana se desató la locura, que solo sería un preludio de las dificultades que vendrían más tarde en el país. El Gobierno decretó los primeros quince días del estado de alarma y las ucis y los servicios de emergencia de toda España se colapsaron, al igual que las morgues. La muerte no descansaba y avanzaba galopante, cebándose, sobre todo, con los ancianos y los más vulnerables. La covid-19 no sabía de edades ni ideologías. Afectaba a todos los seres humanos en una situación sin precedentes, que resultaba incontrolable. La pandemia se extendía por todo el planeta.

Antes de que empezase oficialmente el confinamiento en casa decretado por el Gobierno, Irati llevó a Ángela a su Museo de las Estelas, para ver si podían averiguar la identidad del joven al que había violado el padre Fermín. Ángela se quedó muy impresionada con la variedad y riqueza de las piezas allí expuestas, la mayoría procedentes de la Edad Media, y también con la original forma en la que podía recorrerse el museo al aire libre. Irati aprovechó para explicarle, como si de una visita guiada se tratase, todos los símbolos que había impresos en las lápidas de piedra. Se notaba que estaba disfrutando con ello, que había estudiado bien lo que se escondía detrás de aquellos signos que habían viajado a través de siglos y edades, para llegar hasta estos días en los que ya no quedaba sitio en los cementerios para enterrar a los miles de muertos a causa de la pandemia.

Cuando terminaron el recorrido, Irati realizó algunas llamadas telefónicas con la intención de ver si en Pamplona alguien tuviera constancia de las visitas de alumnos que habían pasado por el museo en los últimos meses, acompañadas por el padre Fermín.

Ángela le preguntó un dato fundamental, que se le había pasado por alto, debido a la intensidad del relato de su amiga.

—¿En qué fecha exacta, si te acuerdas, presenciaste la violación en el bosque?

—Fue poco después de las vacaciones de Navidad —dijo mirando un pequeño almanaque que tenía sobre su mesa. Vamos a ver... yo regresé de Logroño, donde había estado pasando las Navidades con mis padres, el domingo 12 de enero. Al día siguiente, como todos los lunes, el museo no abría sus puertas. Recuerdo que ese día hacía mucho frío, nevaba, y no pude ir a pasear al bosque. Me quedé en casa deshaciendo la maleta, poniendo la lavadora... en fin, esas cosas que se hacen al regresar de un viaje.

—Continua, por favor, me parece un detalle importante.

—El martes. Sí, aquello fue el martes 14 de enero —concluyó en voz alta—; fui a dar un paseo antes de trabajar, por la mañana temprano. Echaba muchísimo de menos mi contacto con el bosque, que había quedado interrumpido por las vacaciones navideñas.

—¿Recuerdas qué hora sería? —preguntó Ángela, que no paraba de tomar notas.

—La verdad es que no recuerdo bien. Era muy temprano. Tengo mucha costumbre de madrugar, por los años que he pasado en el convento. Me gusta andar por el bosque al amanecer, en soledad. Escuchar sus sonidos en la inmensidad del silencio.

—¿Y si era muy temprano, qué hacía el padre Fermín a solas con un muchacho a esas horas de la mañana? —se preguntó Ángela en voz alta—. ¿Podría haberse quedado a dormir en su casa de la parroquia?

—Podría ser... desde luego no era nada habitual. Él siempre iba con muchos muchachos. Pero uno solo, a esas horas, en medio del bosque... es muy raro.

—Bien —dijo Ángela—, quizás esa situación extraña sea la que nos ofrezca algún hilo del que podamos tirar para deshacer esta madeja.

Después de que Irati hubiera finalizado las llamadas para ver si alguien podía tener alguna referencia de los jóvenes que participaban en las visitas por grupos al Museo de Estelas, Ángela

notó que se mostraba muy inquieta, como si ocultara algo que le pesaba en la conciencia, y no se atreviera a decirlo. Dudó sobre si debía preguntarle. Pero sabía por experiencia profesional, que lo mejor para que alguien te dijera algo era preguntar abierta y claramente. No esperar a que la otra persona decidiera hablar. Por eso, se sentó con ella frente a su mesa, revuelta de papeles que Irati movía sin cesar con nerviosismo evidente, y le preguntó, interrogándola a la vez con la mirada:

—Irati, ¿hay algo que no me hayas contado?

Esta dejó de remover papeles y, devolviéndole la mirada, le respondió, después de suspirar profundamente:

—Sí, hay algo que no te he dicho.

—¿Te gustaría hacerlo? Si es algo que te preocupa, quizás te vendría bien verbalizarlo. Seguro que te quitarías un peso de encima —concluyó Ángela, dedicándole una cálida sonrisa.

—Para mí es una carga.

—Pues suéltala, déjala ir —le dijo Ángela.

—Bueno, no es tan fácil —le respondió Irati.

—No sé de qué se trata, pero en realidad sí es fácil. ¿Es algo que has hecho tú?

—Sí, más o menos, pero no sé si es algo que he hecho o, precisamente algo que no he hecho.

—En cualquier caso ya no tiene remedio ¿verdad? —le preguntó Ángela.

—No, obviamente, ya no tiene remedio.

—¡Pues canta —le ordenó Ángela, imitando un tono mafioso—, y no te andes más por las ramas!

La broma hizo que Irati se relajase en poco y, casi a bocajarro, soltó:

—Después de ver aquélla mañana al padre Fermín en el bosque, violando al chico, volví a encontrarme con él.

—¡Vaya, esto es interesante! No se me había pasado por la cabeza que lo hubieras visto otra vez. ¡Debo estar perdiendo facultades! ¿Lo viste en el bosque?

—No, no, en el Museo. Iba acompañando a un grupo de un colegio de Roncesvalles.

Irati se quedó en silencio unos momentos, como si tuviera que coger fuerzas para seguir. Ángela espero paciente, hasta que ella continuó:

—¡No puedo imaginarme lo que sentiste! —exclamó.

—Me quedé petrificada. Me puse nerviosísima, no sabía qué decir. Él lo notó, claro. Se dirigió a mí con la misma simpatía y cordialidad que siempre... pero yo no sabía qué hacer —gritó Irati, con un tono de desesperación en la voz.

—¿Y qué pasó? —preguntó Ángela, dándole algo más de tiempo para responder.

—¡Pues eso es lo malo, que no pasó nada! —se lamentó Irati—. ¡No fui capaz de decirle lo que había visto!

—Continúa —le animó Ángela.

—Realicé la visita como pude, en un tiempo récord, sin saber lo que decía, observando a los chicos que le acompañaban para ver si descubría en el grupo al chaval que había violado... pero no, estos eran más jóvenes.

Irati se tapó la cara con las manos y empezó a llorar con gran desconsuelo. Ángela la observó con compasión, en silencio. «Pobrecilla, lo debió pasar muy mal», pensó para sus adentros.

Al cabo de unos minutos Irati se tranquilizó y pudo continuar con su relato:

—¡Tenías que haberme visto! No podía ocultar mi desesperación y tampoco era capaz de decir nada. Cuando terminó la visita, antes de despedirse, me preguntó con su habitual tono de cariño: «¿Te encuentras bien, Irati? ¿Puedo hacer algo por ti?»

Irati volvió a sollozar y, con un hilillo de voz, continuó relatándole a Ángela:

—Le miré fijamente a los ojos, y le pregunté, en un tono casi imperceptible: «¿Qué has hecho Fermín, qué has hecho?» La pregunta se quedó sin respuesta.

Capítulo XV

Ángela no podía dormir esa noche. Apenas llevaba unos días en casa de Irati, y su vida había sufrido un vuelco descomunal. A sus experiencias personales en Navarra, había que sumar la pandemia del coronavirus y la declaración del estado de alarma que había anunciado el Gobierno, y que empezaría a hacerse efectiva ese mismo fin de semana. «Demasiadas cosas para procesar en muy poco tiempo», se dijo para sus adentros. Decidió que, al día siguiente, tenía que hablar con Roi para informarle de lo que había averiguado, con relación al padre Fermín. No sabía cómo se tomaría la información el director de su periódico. Pero, dijera lo que dijera, ella no pensaba marcharse de allí hasta haber culminado su investigación.

Dando vueltas en la cama de Irati, que todavía ocupaba porque ella no había consentido que se trasladase a dormir al salón, reflexionó sobre todo lo que le había contado esta mujer, y trató de comprender sus más profundos sentimientos. Obviamente, para Irati había sido un duro golpe descubrir en directo la violación del padre Fermín. Era fácil comprender que se hubiera quedado paralizada en esos momentos, y que tampoco hubiera sido capaz de decirle nada, más allá de preguntarle qué había hecho, durante su encuentro en el Museo de Estelas. Irati le había dicho, mientras volvían en el coche a Ochagavía, que ese encuentro debió producirse el domingo 19 de enero. Fecha de la primera visita que tuvo el Museo, después de las fiestas navideñas.

Sin poder dormirse, con la mente disparada de especulaciones, Ángela cayó en la cuenta de que ese encuentro fortuito de ambos se produjo solamente dos semanas antes de que el padre Fermín se suicidara. «¿Acaso el cura llegó a sospechar que Irati sabía algo de la violación, debido a la pregunta que ésta le hizo?» —se planteó para sí misma.

Irati le contó que la pregunta había quedado sin respuesta. Que al padre Fermín le cambió completamente la cara y que, tras unos instantes de embarazoso silencio, reaccionó ordenando a los chicos que salieran del Museo. Les condujo hasta un autobús que los

esperaba en la puerta, y no se volvió en ningún momento para mirarla, a pesar de que ella salió a la carretera para verlos marchar.

«¿Habrá pensado Irati que fue su pregunta la que desencadenó el remordimiento en el cura, que le condujo al suicidio? Seguro que sí —se respondió ella misma— aun así tendré que preguntárselo».

Esa noche no pegó ojo. Dormitaba a ratos. Soñó con Fermín, al que solo conocía físicamente por algunas fotos que le proporcionó Roi cuando hizo la crónica de su entierro. En el sueño, Fermín aparecía vestido con una sotana negra, como en las fotografías que ella había visto. El muerto le preguntó de forma agresiva: «¿Y a ti quien te ha dado vela en este entierro?» Ángela se quedaba callada sin saber qué responder. No recordaba muy bien el sueño, cuando se despertó sobresaltada. Solo que el padre Fermín le decía a Irati que quería que le enterrasen bajo una de las estelas que había visto en el Museo. Concretamente, una que tenía esculpido un Cristo con los brazos abiertos, sin cruz, una flor de seis pétalos, un gallo de la pasión y otras figuras geométricas. En el reverso figuraba una cruz griega y una media luna en la parte superior izquierda.

Se despertó bruscamente en el momento en que, en el sueño, ambas discutían con el padre Fermín, diciéndole que no podían enterrarle donde él quería, porque aquel era «suelo santo». Al abrir los ojos comprobó que Irati se inclinaba sobre su cama y le preguntaba si le pasaba algo. A modo de respuesta, Ángela preguntó a su vez:

—¿Qué hora es?

—Pues aún es bastante temprano —respondió Irati—, venía a dejarte una nota para que no te asustases si no me veías cuando te levantas.

—¿Es que te vas? —la interrogó Ángela.

—Sí, con todo esto no he tenido muy buena noche. Pasaré el día en el bosque, y volveré al atardecer. Necesito estar sola en contacto con la naturaleza.

Ángela se incorporó de un salto y pidió perdón a Irati por la «invasión» de su dormitorio y de su casa.

—¡No, no, por Dios, no te preocupes, estoy encantada de tenerte aquí! Tu compañía me hace mucho bien —añadió con una mirada y

un tono que a Ángela le parecieron sinceros—. Es solo que necesito un poco de soledad y... supongo que tú también tendrás cosas que hacer. Así te dejo tranquila y no te estorbo.

Ángela le agradeció profundamente su hospitalidad y su consideración, y quedaron en verse para la cena. Cuando se marchó Irati, después de indicarle que tenía comida en el frigorífico, ella pensó que había tenido mucha suerte al encontrarla. La primera buena impresión sobre ella, cuando hablaron por teléfono, no solo no había sido defraudada, sino que había mejorado con creces. Era una mujer extraordinaria, y ella ya la consideraba su amiga.

Después de ducharse, vestirse y tomar un pequeño desayuno, Ángela llamó a Roi. Le costó unas cuantas llamadas que su secretaria le cogiera el teléfono. Cuando lo hizo, le dijo que no la podía pasar, porque con la pandemia del coronavirus estaban desbordados. Ángela no se amilanó y, con un tono imperativo que no admitía réplica, le ordenó:

—¡Pásame ahora mismo! Estoy en Navarra, cubriendo una información que me encargó Roi. Hace días que no sabe nada de mí y es urgente que hable con él. ¡Así qué, pásame ahora mismo!... ya estás tardando —añadió para rematar.

Lo siguiente que escuchó Ángela fue el hilo musical que ponían en el periódico durante las esperas telefónicas: «Para Elisa», de Beethoven. Casi inmediatamente le llegó la voz malhumorada de Roi:

—¡Ya era hora de que te dignases a llamar!

—¡Venga, no exageres! ¿Me has echado de menos? —preguntó con un tono sarcástico.

—¡Sí, como a un dolor de muelas! —respondió Roi—. Venga, dime qué has averiguado, tengo mucho lío por aquí.

«Y más que vas a tener, cuando te lo cuente» —pensó Ángela.

—Por resumir: tu amigo el padre Fermín era un pederasta y la monja lo sorprendió en el bosque violando a un niño.

—¿Qué... qué monja?, ¿pero de qué me hablas? —balbuceó Roi—. ¡Eso no puede ser, es imposible!

—¡Pues lo es!

Ángela le dio unos instantes para que procesara la información que le había soltado, y continuó:

—La monja que te he dicho es Irati, la mujer que nos llamó por teléfono al periódico. Bueno, ya no es monja. Se salió del convento, pero lo fue durante muchos años.

—¿Pero esa fuente es fiable? —preguntó Roi.

—¡Totalmente, al cien por cien! —respondió Ángela.

—¡Lo que me faltaba! —resopló Roi.

—Lo que me propongo ahora es encontrar y entrevistar al chico que violó.

—Espera, espera —le pidió el director—. ¿Vas a seguir investigando este asunto, no es mejor dejarlo?

—¿Dejarlo? —respondió Ángela enfadada, subiendo el tono de voz—. ¿Me lo estás pidiendo en serio?

—¡No digo dejarlo para siempre! —tartamudeó Roi—. Pero quizás ahora no sea el momento. Congelamos el asunto y se puede retomar cuando termine todo esto ¿Tú sabes la que tenemos aquí montada con la pandemia? —preguntó en tono de súplica.

—Puedo imaginarlo —le respondió Ángela muy tranquila—, soy periodista.

—Es que ahora me harías falta en la redacción.

—¡Mira qué bien, por fin! —dijo con un tono falsete—. Pero ahora no estoy en la redacción. Estoy aquí, en Navarra, donde tú me enviaste, tengo un asunto muy importante entre manos, y no pienso volver hasta que no termine debidamente con mi trabajo —concluyó con contundencia.

Roi resopló una y otra vez. Ángela escuchó la voz de su secretaria al fondo, diciéndole que le esperaban en la reunión. Tras un penoso silencio, el director afirmó:

—De acuerdo. Quédate allí... de momento. Y esto sigue siendo una información entre tú y yo solamente —le advirtió con un tono amenazante.

—¡Claro, Roi, por supuesto! —dijo Ángela antes de colgar su teléfono móvil, sin poder evitar que una sonrisa se dibujase en sus labios.

Capítulo XVI

La llegada del estado de alarma, con el confinamiento de los ciudadanos en sus casas, cambió el panorama en toda España. El Gobierno había obtenido el apoyo de la oposición para prolongar las medidas durante quince días. Más adelante tendría que volver la propuesta al Congreso, en sucesivas ocasiones, hasta la finalización del estado de alarma el 21 de junio. En ese periodo la trifulca política acaparó la atención de todos los ciudadanos, por si no tenían bastante con la pandemia. Entre el 31 de marzo y el 13 de abril, al producirse en medio la Semana Santa, el Gobierno decretó que el confinamiento en casa se extendiera también a todas las empresas que no resultasen esenciales. El país era una inmensa tumba de muertos y desconcierto.

Irati preguntó a Ángela si pensaba volver a Santiago de Compostela.

—Ni hablar, no pienso moverme de aquí hasta que descubra quién era realmente el padre Fermín y pueda hablar con el chico al que violó.

Irati acogió sus palabras con una amplia sonrisa. Ángela se apresuró a responder:

—Siempre y cuando a ti te venga bien que me quede en tu casa... También puedo buscar algún alojamiento aquí mismo en Ochagavía, seguro que ahora sobran.

—Seguro que sí —dijo Irati—, pero no es necesario. Yo preferiría que te quedases, la verdad.

—Y yo también, lo confieso —afirmó Ángela, con una mirada de cariño hacia su amiga—. Pero con la condición de que tú puedas volver a tu dormitorio. De verdad que yo me apaño durmiendo en el sofá. En realidad necesito muy poco espacio.

—¡Tengo una idea! —dijo Irati, dando palmaditas, con una amplia sonrisa—. En la parte de abajo de la finca hay un sótano donde dejamos trastos. Yo no lo hago porque estoy de alquiler, pero he visto que los dueños de mi piso tienen ahí una cama y un colchón, tapados con un plástico. Podría llamarlos y pedírsela, si ellos no la necesitan.

—¡Me parece buena idea! —la animó Ángela—. Pero ¿dónde la pondríamos?

—Aquí mismo, en el salón. Es lo suficientemente grande como para que hagamos dos zonas diferenciadas ¿no te parece?

Desde ese momento Irati y Ángela movieron todos los muebles para hacer espacio a la cama, que situaron junto a la pared del fondo y una ventana que daba al exterior, dejando libre el balcón para poder entrar y salir sin problemas. Los dueños del piso no solo les dieron permiso para subir la cama del sótano, sino que les dijeron que podían coger todo lo que necesitasen.

Ambas examinaron el cuarto de retirar y encontraron un biombo de mimbre, con mucho polvo acumulado pero utilizable, y una pequeña mesita de tres patas, que también les resultaba de utilidad. Una vez limpio y colocado todo, Irati cubrió la mesa con un pañuelo negro con mariposas amarillas y rojas, y le dio a Ángela varios pañuelos de colores para que los colgase del biombo. Las dos sonrieron al terminar, y quedaron muy satisfechas con las reformas que habían hecho. Lo celebraron abriendo una botella de vino blanco semidulce, para la cena. Esa noche Ángela durmió en aquel pequeño cuarto improvisado, mejor que si estuviera en su propia casa.

Por la mañana temprano, la vibración del teléfono móvil la despertó. Somnolienta, vio que en la pantalla aparecía el nombre de Lúa. Haciendo un esfuerzo, se incorporó en la cama y respondió:

—¡Ángela! Ya iba a colgar, te he llamado varias veces, pero no lo cogías.

—Perdona, es que lo tengo en silencio y no lo he oído. Ahora me ha despertado el sonido de la vibración.

—Desde que te fuiste no he sabido nada de ti. Estaba preocupada... ¿Dónde estás? ¿Estás bien? ¿Vas a venir a trabajar?

—preguntó de forma atropellada.

—Lúa, Lúa, calma —le pidió Ángela—, aún estoy medio dormida. Esas son muchas preguntas.

—Vale —dijo la joven—, empecemos por el principio, ¿dónde estás?

—Sigo en Navarra, investigando quién era realmente el padre Fermín.

—¿Y lo has averiguado? —le preguntó Lúa, con un tono de impaciencia en la voz.

—Bueno, estoy en ello.

Ángela contó a su compañera todo lo que sabía hasta el momento, mientras Lúa la interrumpía constantemente con exclamaciones como «no jodas», «¡qué fuerte!», «¿en serio?», «¡no me lo puedo creer!» Cuando terminó su relato, Lúa le volvió a preguntar:

—¿Entonces no vas a volver a Santiago?

—No, ya te he dicho que no. Aún tengo cosas que hacer aquí, y no pienso irme hasta que no encuentre al chico que violó el cura, y lo entreviste.

—¿Y qué dice Roi?

—A regañadientes, ha accedido a que me quede y siga con la investigación.

—¡Madre mía, debió de quedarse a cuadros cuando se lo contaste! Casi me da lástima el pobre.

—Esto me recuerda que, bajo ningún concepto tienes que decir una palabra sobre lo que te he contado. Me advirtió, muy en plan director, que todo debía quedar solo entre él y yo. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —replicó Lúa—, no soy idiota. Ni una palabra —dijo cerrando sus labios con una imaginaria cremallera, aunque Ángela no podía verlo—. De momento, bastante tiene aquí con la pandemia. ¡No puedes imaginártelo —añadió con alegría—, esto parece un periódico de verdad! Estamos desbordados. Lástima que te lo estés perdiendo.

—¡A mí no me da ninguna lástima! Prefiero estar aquí y seguir con esto.

—Sí claro, te entiendo, tampoco es tan guay. ¡La redacción parece una casa de locos! De todas maneras, ya sabes que puedes contar conmigo si necesitas que mire algo desde aquí, o cualquier otro tipo de ayuda.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Seguro que recurro a tu ayuda en algún momento.

—Y para que veas que me acuerdo de ti, he seleccionado un par de noticias para tu colección.

—¡Venga, suéltalas, sé que lo estás deseando! —le pidió Ángela, mientras se reía.

—Ahí van —respondió Lúa, haciendo el sonido de un imaginado redoble de tambores: «Una artista estadounidense se dedica a casar a gente consigo misma».

—¡No me parece tan mala idea! —dijo Ángela, soltando una sonora carcajada.

—¡No me jodas! La tipa hace ceremonias de boda, con el lema: «Hasta que la muerte te separe. Cásate contigo», y los participantes se visten como para una boda de verdad. ¡Y pronuncian sus votos mirándose a un espejo!

Ángela continuó riéndose con la noticia. Le pidió a su compañera que continuase.

—En los votos se dicen cosas como que se van a portar bien con ellos mismos, y que solo ellos son responsables de su felicidad...

—En eso llevan razón —la interrumpió Ángela—, no estaría mal que todos nos portásemos bien con nosotros mismos, y nos hiciéramos responsables de lo que nos pasa, sin culpar a otros.

—Pero la mejor noticia es la otra —añadió Lúa—; con esta sí que vas a flipar: «Un joven de 27 años demandará a sus padres por haberle tenido «sin su consentimiento».

—¡Dios santo, qué fuerte! —exclamó Ángela.

—El muchacho —continuó Lúa satisfecha por acaparar su atención— se declara «antinatalista» y se pregunta por qué está vivo si él no pidió nacer... ¿Qué, flipas o no flipas?

—¡Claro que flipo! Una piensa que no hay nada que la pueda sorprender, y la vida siempre termina sorprendiéndote.

Esta frase quedó grabada en la memoria de Ángela. Y la vida se encargó de demostrarle, con los sucesos venideros, que llevaba más razón de la que ella pensaba.

Capítulo XVII

El arzobispo de Santiago de Compostela no podía ocultar su preocupación. Sobre todo después de la conversación telefónica que había mantenido con el arzobispo de Navarra de la archidiócesis de Pamplona y Tudela, con el que mantenía una buena amistad y una total confianza. Monseñor Rafael Simancas iba a recibir ese día la llamada de Carmiña da Fonte, y el tema que iban a tratar le resultaba especialmente espinoso.

Desde que supo por boca de Ramón, obispo auxiliar de la Archidiócesis de Santiago, que su sobrino e hijo de Carmiña, Fermín del Pozo, se había suicidado, supo también que aquel asunto iba a traer cola, por mucho que se intentase ocultar. Cuando ese día habló con su colega de Navarra, ya no tuvo ninguna duda.

Sentado frente a la mesa de su lujoso despacho, recapituló sobre la conversación que acababa de tener. Después de los saludos de rigor, y de interesarse por saber cómo llevaban en Navarra la pandemia, y el confinamiento que había decretado el Gobierno, Rafael Simancas fue al grano:

—Quizás debería haberte llamado antes, pero te confieso que me daba miedo indagar en este asunto.

—Supongo que te refieres al suicidio del padre Fermín... Ha supuesto una gran conmoción para todos.

—Sí, ya me imagino. Además, según me habías comentado en alguna ocasión, era un cura muy comprometido con la labor evangelizadora de la Iglesia. Imagino que habrá sido un duro golpe.

El arzobispo de Navarra permaneció callado, a la espera de que su amigo y colega le hiciera la pregunta que esperaba. Se conocían desde hacía mucho tiempo, y le apreciaba mucho, pero no iba a ser él el que tomase la iniciativa en esa espinosa conversación. Si le preguntaba, respondería... pero no le iba a dar facilidades. Pasados

unos instantes de tenso silencio, Rafael Simancas continuó, sospechando que la conversación tampoco era fácil para su amigo.

—¿Tú sabes por qué se suicidó el padre Fermín? —le preguntó a bocajarro.

El arzobispo de Navarra dio un largo suspiro antes de contestar.

—No, no lo sé. Y así se lo hice saber a su tío Ramón cuando vino a verme a Pamplona.

—Sí, sí, ya sé que fue a verte —señaló Rafael—. Estoy al tanto de vuestra entrevista. El mismo Ramón me la contó. Está destrozado, como te puedes imaginar...

—Sí, lo imagino. Ha tenido que ser muy duro para esa familia.

—La cuestión es que sigue siendo muy duro y hoy voy a hablar con Carmiña, su madre, que está empeñada en obtener respuestas. ¡Menos mal que con esto del confinamiento no puede venir a verme, como era su intención, y la conversación será telefónica! No sé si hubiera tenido valor para mirar a los ojos de esa madre angustiada.

Rafael Simancas permaneció en silencio, antes de volver a preguntar a su colega.

—¿De verdad no tienes la más mínima sospecha de por qué pudo suicidarse? Esto es para que quede entre nosotros —añadió bajando la voz, en tono de confidencia—. Como sabrás, aquí en Santiago, donde él y su familia son muy conocidos y benefactores de la Iglesia se dijo que había muerto de un infarto.

—Mira, Rafael, me gustaría ayudarte, de verdad, siempre que lo que te diga no salga de nosotros —afirmó el arzobispo de Navarra—; sé en el dilema moral que te encuentras. Yo mismo pasé por él cuando vino a verme Ramón. Y, por mucho que me insistió, no dije nada que pudiera profundizar más en su dolor... Yo creo que hay cosas que es mejor ocultarlas, porque no contribuyen al bien de la Iglesia ni de nuestros feligreses.

—¿Entonces sabes algo? —preguntó Rafael con un tono de súplica.

—No mucho, la verdad. Sé que hace unos meses, en otoño más o menos, una mujer llegó a mi despacho para denunciar que Fermín había tocado a su hijo.

Rafael Simancas intentó tragar saliva, a pesar del nudo que se le había hecho en la garganta.

—¿Qué hiciste? —preguntó al fin—. ¿Te pareció creíble?

—¡No sé qué decirte, Rafael! En estos tiempos se ha puesto de moda acusar a los curas de tocamientos a los chavales. Pareciera que todos somos pederastas.

—Es indudable que, por desgracia, se han conocido muchos casos en el seno de la Iglesia. Lo que hace falta saber es si son verdaderos o no lo son. Y, por supuesto, perdonar a nuestros sacerdotes que hayan podido caer en esa falta.

—Sí, por supuesto. En este caso tranquilicé a la mujer y me comprometí con ella a hacer un seguimiento al padre Fermín, para averiguar la verdad.

—¿Y se fue tranquila? —preguntó Rafael Simancas.

—No mucho, la verdad. Pero al menos se fue menos alterada de lo que llegó.

—¿Hiciste ese seguimiento, o hablaste con el padre Fermín de la gravísima acusación?

—La verdad es que no. No lo consideré necesario. No llegó ninguna otra queja de nadie más, y tampoco me pareció oportuno comentárselo a Fermín... Ten en cuenta que era un sacerdote muy activo y muy volcado con la juventud. Vamos, de esos que nos hacen falta para que la gente joven no abandone la Iglesia como lo está haciendo. ¿Qué le iba a decir? ¿Tú qué hubieras hecho?

—¡No lo sé! —respondió el arzobispo de Santiago—. ¡Ya me parece difícil hablar con su madre, cuanto ni mucho menos comentárselo a él!

—¡Imagínate, menudo papelón!

—Esta mujer, ¿presentó después alguna denuncia en el juzgado o te hizo llegar algún escrito?

—No, no, fue una conversación entre ella y yo, en mi despacho. No hubo ningún tipo de denuncia ni escrito. Nada de nada. Y, al fin y al cabo, no existía ninguna prueba, ¿no?

—Claro, claro. No había ninguna prueba de nada —reflexionó Rafael Simancas en voz alta.

—En conciencia, yo no puedo decir que lo que me contó esa mujer fuera verdad. Y mucho menos que esa fuera la causa de su suicidio. Por eso preferí no comentárselo a Ramón, cuando vino a verme.

—Sí, me parece lógico. Creo que hiciste bien. Yo tampoco se lo voy a comentar a su madre. Intentaré consolarla de su pérdida. Pero creo que ahí termina mi papel en este asunto.

Rafael Simancas se quedó pensativo después de esta conversación. Oró interiormente y pidió a Dios que la decisión que había tomado fuera la más apropiada para todos. Pero sobre todo para su Iglesia, a la que él servía. Reflexionó sobre sus méritos para llegar a la Archidiócesis de Santiago y llegó a la conclusión de que, ni su licenciatura en Teología, ni su doctorado en Historia de la Iglesia por la Universidad Pontificia de Roma, le ayudaban en esos momentos. Solo Dios podía hacerlo y a Él se encomendó, rogando por el eterno descanso de Fermín del Pozo. Cuando terminó sus oraciones, levantó el teléfono interior y se comunicó con su secretario.

—Póngame con la residencia de Carmiña da Fonte —ordenó.

Al cabo de unos instantes escuchó la voz de una de mujer.

—Carmiña, hija, ¿cómo estás?

—¿Cómo voy a estar, monseñor, cómo voy a estar? —respondió con tristeza.

—Aquí me tienes, a tu disposición para lo que quieras —se ofreció el arzobispo de Santiago.

Capítulo XVIII

La imagen que aparecía ante sus ojos llamó la atención de Irati y de Ángela. Se trataba del Papa Francisco quien, desde una plataforma instalada en medio de la Plaza de San Pedro de Roma, impartía una extraordinaria bendición *urbi et orbi*, para hacer frente a la pandemia del coronavirus. Era de noche, la plaza estaba totalmente vacía y llovía. Al verla, Irati dijo que le parecía la imagen de la desolación que vivía la humanidad, y también la Iglesia, impotente para aportar luz ante tanta oscuridad. Ángela dijo que, aunque nunca había estado de acuerdo con esa famosa frase, en esta ocasión sí que le parecía que una imagen valía más que mil palabras. En su homilía, dirigida hacia la plaza sin gente, Francisco había comparado la situación que vivía el planeta con una «tormenta inesperada y furiosa». Añadió que dicha tormenta ponía de relieve la vulnerabilidad de las personas, y dejaba al descubierto las «falsas y superfluas seguridades» con las que se construyen las agendas y los proyectos.

Irati leyó en el ordenador de Ángela la información completa sobre esta bendición papal que, tradicionalmente, solo se llevaba a cabo en las festividades del Domingo de Pascua, y el día de Navidad. Cuando terminó con la lectura, Ángela le preguntó qué pensaba sobre ello. Irati reflexionó un momento antes de contestar:

—Bien, me parecen bien las palabras del Papa y su gesto... pero sólo es eso, un gesto. Me parece mucho más elocuente el escenario donde se desarrolla, esa imagen de soledad, de noche oscura y de nubarrones negros en medio de la lluvia.

—Supongo que hay personas católicas a las que las palabras del Papa les habrán venido bien, y se habrán sentido arropadas y bendecidas —razonó Ángela— aunque tú sabrás de eso más que yo, ¿no?

—No creas, yo sé solo lo que siento en mi interior y estoy bastante acostumbrada a que los demás no lo vean de la misma

manera. Ya me pasaba continuamente en el convento... por eso lo dejé —añadió con una sonrisa.

Al comprobar que el silencio de Ángela era una invitación a seguir, Irati continuó.

—Es que yo ya no creo en las palabras, ni en los rituales, ni en los gestos vacíos de contenido. Seguro que hay mucha gente a la que le sirven, pero no es mi caso, te lo aseguro. He pasado demasiados años en un convento, como para saber que las palabras son solo palabras. Que se puede hablar mucho y bien... pero que, si no obramos conforme a lo que predicamos y eso forma parte de nuestras células y de nuestra vivencia, no sirve para nada. Y no solo en la Iglesia, sino en cualquier ámbito de la vida.

—Pero hay mucha gente que cree que al seguir los rituales de la Iglesia y sus consignas, al ir a misa, por ejemplo, son mejores personas que los que no lo hacen.

Irati soltó una sonora carcajada antes de responder:

—Sí, así es. Es triste darse cuenta de eso, pero así es.

—Entonces, ¿para ti la religión no sirve para nada?

—Para mí no. Rotundamente, no. Serviría si se ocupase de la espiritualidad de las personas.

—¿Y no lo hace? —preguntó Ángela.

—No, no lo hace. Se preocupa de sus ritos, de una moral hecha a medida. Una moral que esconde los casos de curas que abusan de niños y de monjas, y que predica un Dios externo al ser humano, superpoderoso, que premia o castiga en función de las obras. No, no creo en ese Dios. Ellos piensan que lo tienen de su parte y por eso se creen superiores a los demás. ¡La de barbaridades que se han cometido en su nombre a lo largo de la historia!... Y se siguen cometiendo.

—¿Y cuál sería tu modelo de dios? —preguntó Ángela.

—¡Pero bueno! ¿Esto qué es? ¿Qué clase de interrogatorio es este? —dijo Irati, exhibiendo su mejor sonrisa.

—¡Perdona, perdona —le rogó Ángela juntando sus manos—, es que me interesa mucho tu opinión! Mi dios siempre fue el periodismo, la búsqueda de la verdad. Pero me he dado cuenta de

que mi dios tenía los pies de barro. Todo intereses y falsedad ¡Y ahora me he quedado sin esa divinidad!

—Bueno, la búsqueda de la verdad es un buen comienzo —dijo Irati riéndose—, siempre y cuando hablemos de la verdad de lo que somos, no de lo que hacemos Y lo mejor que te puede pasar es que no creas en nada externo. Está muy bien darse cuenta de que todo en lo que se apoyaban tus creencias te ha decepcionado. Quizás has buscado en el lugar equivocado. La divinidad la llevamos en nuestro interior, no es algo separado de nosotros. Es lo que somos. Pero esto, también son solo palabras, querida amiga, solo palabras —añadió mirándola con sus pequeños y penetrantes ojos grises—. Hay que vivirlo. No hay otro modo.

Ángela se quedó reflexionando sobre las palabras de Irati. Aunque solo fueran palabras, tenían la virtud de llevar luz a su interior. Estaban en la segunda semana de confinamiento obligatorio, y ella se preguntaba cómo iban a encontrar al chico que violó el padre Fermín, metidas en casa. Salían por turnos para ir a comprar al supermercado de Ochagavía o para ir a la farmacia, si es que necesitaban mascarillas o algún medicamento. Habían establecido juntas algunas rutinas a seguir. Además de las actividades cotidianas, empleaban una parte de su tiempo en hacer yoga; algo que para Ángela era una novedad. También establecieron algunos momentos de silencio para meditar por separado. Parecía que a Irati le iba muy bien, pero para Ángela era una verdadera tortura, así que dejó de intentarlo. En el momento en que se disponía a meditar, se mostraba mucho más inquieta que durante el resto del día.

—¡Esto no es para mí! —le dijo a Irati, con un tono de desesperación.

—Tranquila, no tienes por qué hacerlo. Si hay esfuerzo por tu parte, no funciona. Yo estoy acostumbrada a los periodos de silencio y meditación, porque he practicado muchos años en el convento. Para mí son algo natural.

El momento que más ansiedad les creaba a ambas, era cuando miraban en el ordenador de Ángela, para ver si alguien había respondido a los correos que había mandado Irati, pidiendo

información sobre Fermín. Un día y otro la decepción se reflejaba en sus rostros. Nadie contestaba con información útil. Solo chorradas sobre el confinamiento. Irati le decía una y otra vez que confiase, pero Ángela empezaba a impacientarse. No por estar allí, algo que veía como una bendición, una pausa en su camino vital que le estaba haciendo recapitular sobre su vida y su propósito, si es que existía alguno. No, no por eso. No echaba de menos el periódico, ni siquiera en esos tiempos de actividad frenética que había traído la pandemia. Pero estaba obsesionada con encontrar al chico y, en esas condiciones de encierro, lo veía casi imposible. A pesar de todo, no se desanimaba y continuaba con la rutina que se habían impuesto.

De vez en cuando, aprovechando sus salidas al supermercado, cuando le tocaba hacer la compra, llamaba a Lúa y esta le contaba cómo seguían las cosas por el periódico. Le contó que varios medios de comunicación se habían plantado para no participar en las interminables ruedas de prensa que ofrecía el Gobierno, porque éste filtraba las preguntas. «Pero además es que no contestan. Son bustos parlantes a los que solo les interesa su propaganda».

Días después, el Gobierno tuvo que rectificar para que los periodistas pudieran hacer sus preguntas directamente, sin filtros, por videoconferencia. Pero las quejas de opacidad y manipulación de datos en cuanto al número de muertos no cesaron. Mientras, las emergencias de los hospitales de toda España estaban desbordadas, y se tuvieron que construir de prisa y corriendo hospitales de campaña, y habilitar morgues para los difuntos.

Con Roi solo había tenido una breve conversación en esos días de confinamiento. Fue Ángela la que lo llamó, y esta vez la secretaria le pasó la llamada de forma inmediata. Ella le dijo que no tenía ninguna novedad.

—¡Claro, qué novedad vas a tener encerrada en donde sea que estés! —dijo con mal humor—. Aunque casi lo prefiero —se le escapó—, así al menos sé que dejas pasar este asunto de momento, tal y como te pedí. Si me hubieras hecho caso, estarías aquí trabajando en el periódico en lugar de estar allí de vacaciones.

—¿De vacaciones? —preguntó ella contrariada.

—Sí, ya sabía yo que te tenía que decir algo. Desde el 30 de marzo hasta el 13 de abril, estás oficialmente de vacaciones. Cobrarás tu sueldo íntegro, pero cuando vuelvas a trabajar tendrás que compensar a la empresa por los días que no lo has hecho. ¿Te parece bien?

Ángela tuvo que aguantarse la risa, antes de responder:

—Claro que sí, me parece muy bien.

—Es una posibilidad que ha ofrecido el Gobierno a las empresas que no desarrollen actividades esenciales —intentó Roi justificarse.

Ángela pensó que esa medida no era aplicable a su empresa multimedia, pero no replicó a su director.

—Sí, sí, muy bien, lo que tú digas me parece bien.

A pesar de que Roi había detectado un cierto tono de ironía en Ángela, se dio por satisfecho y la despidió rápidamente, «hasta que termines tus vacaciones».

Ángela colgó el teléfono y, mientras regresaba a su casa desde el súper, pensó en lo simple que era Roi. «Supongo que esto de aplicarme las vacaciones ha sido una especie de castigo, por no volver al periódico ¡Lo lleva claro si piensa que me está jodiendo de alguna manera! Le guste o no, no pienso moverme de aquí hasta que termine mi trabajo» —se dijo con convicción.

El día 10 de abril, festividad de Viernes Santo, murió Mateo, el padre de Irati. Se lo comunicaron por teléfono desde el hospital de Logroño, donde también se encontraba ingresada Carmen, su madre. Al finalizar la llamada, Ángela notó en el rostro de su amiga que algo malo había pasado. Se encontraba pálida, intentaba hablar pero no le salían las palabras. Ángela la acompañó al sofá y le llevó un vaso de agua. Ella bebió a pequeños sorbos, con la mirada perdida. Intentaba llorar, pero las lágrimas no le salían. Ángela se sentó a su lado, le cogió una mano y le preguntó con dulzura:

—¿Qué pasa, Irati?

Entre balbuceos, esta le respondió:

—Mi padre ha muerto hace un rato por el coronavirus, y mi madre está ingresada, muy grave.

—¿Quééé? —exclamó Ángela con incredulidad al escucharla—. ¿Pero cómo ha sido posible? ¿No hablaste con ellos hace muy

poco?

Irati se echó a llorar con gran desconsuelo en brazos de su amiga. Ángela la abrazó e intentó consolarla. Aunque sabía que era inútil llevar consuelo ante una noticia tan dramática y tan inesperada como la que acababan de darle. Entre sollozos, Irati acertó a decir:

—No lo entiendo, hablé con ellos el lunes por la mañana y estaban bien. ¡No me lo explico, solo han pasado cuatro días! ¿Cómo puede ocurrir algo así de esta forma tan fulminante?

—¿No te han dado más detalles?

—No, han sido muy parcos con la información... Tengo que ir allí, tengo que ir a Logroño y enterarme bien de qué ha pasado. Y mi madre... mi madre está allí sola. ¡Tengo que ir! —añadió con resolución, levantándose de un brinco del sofá.

Ángela se levantó también y dijo con rapidez:

—Si tienes que ir a Logroño yo te llevo. No estás para conducir.

Irati intentó protestar, pero Ángela no se lo permitió.

—No, no, la decisión está tomada. Esto no admite discusión. Lo primero que tienes que hacer es avisar al hospital de que te pones en camino para llegar allí. Tal y como está todo, pueden hacer cualquier cosa con el cuerpo de tu padre. Diles que en unas dos horas estás allí —le ordenó Ángela, mientras miraba en su ordenador la distancia que había de Ochagavía a Logroño, 165 kilómetros, y cuál era la mejor ruta para el viaje.

—Pero ¿dónde llamo? —preguntó Irati, un tanto desconcertada.

—Llama al número desde el que te han llamado ellos, habrá quedado grabado en tu móvil —le dijo Ángela tomando la iniciativa de la situación.

Así lo hizo Irati, mientras Ángela organizaba un pequeño equipaje para ambas y metía en su mochila el ordenador portátil. En menos de quince minutos, estaban sentadas en su coche de alquiler, que conduciría ella, mientras ordenaba a su amiga que se sentase en el asiento de atrás. Ambas iban con mascarillas y Ángela se puso en camino hacia el hospital San Pedro de Logroño, después de fijar el destino en el GPS. A la salida del valle, las paró un guardia civil y

preguntó a dónde iban, asomándose al coche para ver a la persona que llevaba atrás.

—Vamos a Logroño —respondió Ángela—. El padre de mi amiga ha muerto, y su madre está muy grave en el hospital.

El guardia se acercó aún más, mientras Irati se bajaba la mascarilla.

—¡Señorita Irati! —exclamó el guardia al reconocerla.

—Hola, Lorenzo —le saludó ella, sin poder contener el llanto.

—Lo siento mucho, la acompaño en su sentimiento —dijo el hombre, que estaba visiblemente afectado, al tiempo que hacía el saludo militar.

Irati le correspondió con una afirmación de cabeza, mientras seguía llorando.

—Sigan su camino. Si vuelven a pararas en algún control, digan que hablen conmigo. Ya sabe cómo me llamo.

—Muchas gracias, se lo agradecemos de corazón —respondió Ángela, mientras subía la ventanilla del asiento del conductor y emprendía viaje nuevamente.

Durante mucho tiempo permanecieron en silencio. Irati iba sumida en sus pensamientos, y Ángela pendiente de la carretera. Le preguntó a su amiga si quería parar, para ir al servicio o tomar algo, pero esta le respondió que no, que quería llegar a Logroño cuanto antes. No volvió a pararles ningún control en la carretera. Sobre las siete de la tarde dejaban el coche en el aparcamiento del hospital y se dirigían a información para ver dónde tenían el cuerpo de Mateo. Una enfermera muy atenta les dijo que estaba en la morgue, aguardando su llegada: «Menos mal que nos ha avisado de que iba a venir, si no ya se lo habrían llevado para incinerarlo».

—Pero mi padre no quería que lo incinerasen. Él quería que lo enterrasen.

—Pues mejor aún que haya venido, si no lo hubiéramos incinerado de forma inmediata. Así es como lo estamos haciendo, según el protocolo. No nos queda más remedio. Usted tiene suerte de estar aquí y, al menos, asistir al entierro. Otros muchos no pueden hacerlo. No pueden despedirse de sus seres queridos.

—Yo tampoco he podido despedirme —afirmó Irati con rotundidad—. Mi madre también está ingresada muy grave. ¿Podré verla a ella? Se lo suplico —le rogó con lágrimas en los ojos.

La enfermera pareció compadecerse y le respondió:

—Voy a consultarlo. De momento, baje a la morgue, esperen en el pasillo, y allí le llamarán de la funeraria.

Bajaron a la morgue y, después de una larga espera, un trabajador de la funeraria se puso en contacto con Irati. Esta firmó todo el papeleo y el hombre la informó de que lo enterrarían al día siguiente por la mañana, en el cementerio municipal Nuestra Señora del Carmen.

—Tiene suerte de que aún quede algún nicho libre.

—¿Puedo verlo? —preguntó Irati, aunque ya intuía la respuesta.

—No, lo siento —dijo el hombre—, no está permitido. Lo siento. Es el protocolo.

—Ya, no se preocupe, lo comprendo.

Volvieron a subir al hall del hospital, para volver a hablar con la enfermera que las había atendido al llegar. Tuvieron que aguardar en una cola, manteniendo las distancias de seguridad. Cuando les tocó el turno, Irati le explicó que ya había arreglado el entierro de su padre, e insistió en si podía ver a su madre.

—Pues aún no lo sé. En algunos casos, cuando el proceso es irreversible, están dejando que un familiar pueda acompañar al moribundo. Pero eso lo decide una comisión, que no se reúne hasta mañana. Ahora mismo no puedo decirle nada.

—¿Y si mi madre muere esta noche? —preguntó Irati con voz angustiada.

La enfermera la miró con ojos compasivos. No le veía la cara, por la mascarilla que llevaba puesta, pero estaba claro que compartía su angustia, aunque no podía hacer nada. Se encogió de hombros, y le alargó un cuestionario para hacer la petición.

—Rellene esto y lo pasaré a la comisión. No puedo hacer otra cosa —se disculpó—. Cuando lo tenga no es necesario que haga cola de nuevo. Me lo deja aquí encima del mostrador.

Con el cansancio reflejado en su rostro, Irati recogió el papel y se sentó junto a Ángela para rellenarlo. Fue ella la que le fue

preguntando los datos de su padre y de su madre. Así se enteró que Mateo tenía 75 años y Carmen era un año mayor. Cuando terminaron, se acercaron al mostrador para dejarlo. La enfermera le preguntó a Irati si tenían algún sitio a donde quedarse.

—Íbamos a ir a dormir a casa de mis padres.

—No, no lo hagan. Habiendo contraído los dos la covid-19, no deben ir allí sin desinfectar antes la casa.

—¿Y ahora qué hacemos? No tenemos ningún sitio adonde ir —susurró Irati con un hilillo de voz, que denotaba su agotamiento.

—¿Cómo que no? Pasaremos la noche en el coche —le respondió Ángela, llevándosela por los hombros.

Capítulo XIX

Carmen falleció en la madrugada del Domingo de Resurrección, dos días después de que muriera su marido. Tampoco Irati pudo estar con ella. El día antes, después de asistir junto a Ángela al entierro de su padre en el cementerio municipal, volvieron al hospital donde estaba ingresada su madre, para saber si la dejaban estar con ella, dado su fallecimiento inminente, según le informaron. La comisión que estudiaba esos casos había determinado que podría verla en la UCI, a través de unos cristales, pero nada más. Nada de acercarse a ella. A Irati le proporcionaron material de protección para que pudiera adentrarse en esa zona del hospital. En todo momento estuvo acompañada por una profesional sanitaria, que se mantuvo a su lado durante los escasos minutos en que pudo ver a Carmen.

Cuando vio el cuerpo de su madre tendido en una cama, lleno de cables y de tubos, Irati se quedó muy impresionada. Fue obvio para ella que se estaba muriendo. Pensó con tristeza que esa visión que observaba, no solo no la consolaba, sino que hacía aumentar su angustia. También pensó que su madre ni siquiera había sido consciente de su presencia, y se alegró por ello. Se mantuvo unos minutos observando aquel rostro desfigurado por el tubo del respirador introducido en su boca. Un rostro que nada tenía que ver con la imagen de dulzura y vitalidad que siempre había observado en ella. Ni siquiera pudo llorar al verla, algo en su interior la obligaba a mantener la distancia y, en lo más profundo de su ser, escuchó una voz que le dijo que Carmen ya no estaba allí.

Cuando la enfermera le indicó con una voz profesional, filtrada por una especie de casco que llevaba puesto, que debía marcharse ya, Irati no se hizo de rogar. Puso sus dedos sobre su propia mascarilla y lanzó un beso al aire. Cuando se alejaba de la UCI, le dijo a la enfermera: «Mi madre ya no está ahí, solo es su cuerpo; aunque su corazón siga latiendo».

Estas mismas palabras las repitió cuando llegó junto a Ángela, que la esperaba en el hall del hospital. Su amiga la cogió de un brazo y le dijo:

—Vamos a comer algo, he visto que hay sándwiches en una máquina. Desde que salimos ayer de Ochagavía no hemos tomado nada.

—No tengo gana —respondió Irati.

—Ya lo sé, pero aun así tienes que tomar algo —le respondió Ángela—, aunque sea un café con leche de esos horrorosos que tienen las máquinas de los hospitales. Te sentará bien algo caliente.

Irati se dejó conducir por su amiga y esta sacó de las máquinas unos sándwiches, agua y también un par de cafés con leche. Con el cargamento se fueron de nuevo hacia el coche de Ángela, que les estaba sirviendo de casa durante su estancia en Logroño. Una vez allí, empezaron a comer en silencio, con desgana. Irati apenas dio unos bocados, aunque sí se tomó el café con leche.

—¿Quieres otro? —preguntó Ángela—. Puedes tomarte el mío.

—No, no, gracias. Te lo agradezco, como todo lo que estás haciendo por mí.

—No hay de qué. Tú hubieras hecho lo mismo —respondió Ángela—. No tiene ningún mérito, de verdad... ¿Sabes? creí que no tenía hambre hasta que he empezado a comer —añadió para cambiar de tema.

Permanecieron unos minutos más en silencio, hasta que Irati se animó a hablar.

—Lo que te he dicho antes es verdad. Mi madre ya no estaba ahí en la UCI, solo su cuerpo. Y al verlo inmóvil, con tantos cables y tubos, conectado a tantas máquinas, he pensado que me alegro de no haber visto también así a mi padre. Prefiero recordarlo como estaba cuando nos vimos en Navidades, y a mi madre también. Ella, su espíritu, ya ha abandonado ese envoltorio de carne y huesos. Ahora solo queda esperar que su corazón deje de latir —afirmó con un tono tajante y vitalista.

—Me alegro mucho de que lo vivas de esa manera y de que estas dolorosas circunstancias no supongan un drama para ti —dijo

Ángela sonriéndole.

—No, no lo vivo como un drama. Vivo la pérdida, claro, que se mueran tu padre y tu madre a la vez, es algo doloroso, pero no es ningún drama. Todos vamos a morir, antes o después, es algo natural... Además, ellos formaban una pareja muy unida. Es casi lógico que hayan decidido irse juntos.

—¿«Hayan decidido»? ¡Me sorprende que digas eso! —afirmó Ángela.

—Es una forma de hablar —respondió Irati—, pero no creas que no encierra algo de verdad. Seguro que Mateo y Carmen, como se llamaban sus personalidades, no decidieron nada de nada, claro. Pero no somos lo que parece. En nuestro interior hay algo que sabe, un auténtico yo que decide por nosotros. ¡Estoy segura de que es así!

Ángela se quedó reflexionando sobre las palabras de su amiga. Algo en lo más hondo le decía que todo se desarrollaba como había dicho Irati. Continuaron hablando hasta que anocheció, sobre cosas intrascendentes. Ángela sabía que esa conversación superficial era una válvula de escape que ayudaba a Irati a sobrellevar el dolor. Después de entrar de nuevo al hospital, para ir al servicio, ambas se dispusieron a pasar una nueva noche dentro del coche, que seguía sin moverse del aparcamiento. Rendidas por el cansancio físico y el estrés emocional, las dos se durmieron enseguida.

Las despertaron las primeras luces del día. Aunque disponían de unas mantas para resguardarse del frío, Irati estaba helada. Se incorporó de repente de los asientos traseros, donde había estado tumbada, y dijo con convicción y la mirada perdida: «Mi madre ha muerto». Nada más verbalizarlo, sonó su teléfono móvil para comunicarle el fallecimiento de Carmen. No hizo falta que cruzase ninguna palabra con Ángela. Solo realizó un gesto de asentimiento, y ambas se calzaron las botas y se encaminaron hacia el hall del hospital. Allí les informó la misma enfermera que estaba en el mostrador el día de su llegada a Logroño. Después de darle el pésame a Irati, les indicó el mismo procedimiento que con su padre, un par de días antes.

Irati y Ángela bajaron de nuevo a la morgue y aguardaron en un pasillo a que llegase el cuerpo de su madre, durante más de una hora. El trabajador de la funeraria también era el mismo que les había atendido con ocasión de la muerte de Mateo. Al reconocerla, se acercó y dijo: «Lo siento muchísimo, perder a los padres casi a la vez tiene que ser terrible». Irati le sonrió. Su rostro no reflejaba dolor, sino serenidad. Nuevamente tuvo que firmar papeleos. Antes de hacerlo el hombre le preguntó: ¿Entierro, no? Irati asintió con la cabeza. El hombre se ausentó unos instantes y estuvo un rato hablando con su teléfono móvil. Cuando regresó, le dijo, «si usted quiere, el entierro puede realizarse hoy mismo, esta tarde a primera hora». Irati se lo agradeció mucho y el hombre continuó: «Mire, he hecho algunas gestiones y me he tomado la libertad de que el cuerpo de su madre sea enterrado en un nicho contiguo al de su padre. Casualmente, hemos trasladado esta mañana el cuerpo que había allí, a un panteón familiar que está en un pueblo de Logroño, después de que le dieran a la familia el permiso para poder llevarlo allí.» Esta vez Irati no pudo evitar el llanto y le agradeció a este desconocido toda su ayuda. Antes de despedirse de él, le volvió a dar las gracias y le dijo: «Las casualidades no existen».

Sin flores, sin coronas, sin familiares, a excepción de Irati y de Ángela, manteniendo la distancia con los operarios, el cuerpo de Carmen fue enterrado en un nicho contiguo al de su marido. Los enterradores hicieron su trabajo equipados con unos trajes blancos especiales, con los que parecían astronautas. Taparon el nicho con cemento y pusieron allí un letrero con el nombre de la fallecida, similar al que tenía el nombre de su padre. Cuando se marcharon los operarios, ellas permanecieron allí unos instantes en silencio, hasta que Irati emprendió el camino hacia la salida, andando por una avenida de pabellones flanqueada por los cipreses del cementerio. Ángela la siguió y, cuando llegó a su altura, le preguntó:

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Vámonos a casa —respondió con resolución—; cuando acabe todo esto volveré.

—Volveremos —le susurró Ángela, cogiéndola del brazo.

Capítulo XX

El teléfono móvil sonó con insistencia. Ángela tardó un buen rato en cogerlo y lo primero que pensó fue: «Mierda, anoche se me olvidó dejarlo en silencio». Se incorporó en la cama y cogió el aparato de la mesita para ver quien llamaba. Vio que se trataba de Roi. «¿Qué tripa se le habrá roto ahora a este?» —pensó. En lugar de responder con el saludo habitual, cogió la llamada, preguntándole, con un tono de mal humor:

—¿Sabes qué hora es?

—¡Las ocho de la mañana! —respondió una voz cantarina, nada habitual en su jefe.

—¿Por qué me llamas tan temprano, qué quieres? —preguntó Ángela.

—Solo quiero comunicarte que tu periodo de vacaciones ya ha terminado, y que espero que resuelvas pronto tu trabajo en Navarra, para que puedas volver al periódico.

—Vamos a ver, Roi, dos cosas —dijo después de haber meditado un poco sus palabras, a pesar de que seguía adormilada y muy cansada del viaje de la noche anterior—. Gracias por informarme de mi situación laboral. Pero no hacía falta que me llamasen tan temprano. Hoy es Lunes de Pascua, si no me equivoco, y aquí, en Navarra es festivo.

—¿Y dos? —preguntó Roi, que seguía de buen humor.

—Que mañana, no hoy, seguiré con mis investigaciones para encontrar al chico que violó tu amigo cura. Y tres...

—Habías dicho dos cosas, no tres —la interrumpió Roi, intentando bromear.

—Y tres —subrayó ella—, ahora no podría viajar a Santiago, aunque quisiera. ¡No está permitido viajar!

Ángela se cuidó mucho de no decirle a Roi que había viajado hasta Logroño para acompañar a Irati, sin ningún problema.

—Sí podrías venir —afirmó Roi, ahora con un tono bastante malhumorado—. Como periodista, y dado que vives aquí, podrías regresar a tu casa y a tu trabajo, después de haber realizado en Navarra una investigación periodística a la que te ha enviado la empresa. Yo te proporcionaría un salvoconducto para que pudieras hacerlo... y lo sabes perfectamente.

—¡Roi, nunca me escuchas cuando hablamos! —exclamó Ángela en un tono que no admitía réplica—. ¡Ya te he dicho que no pienso volver hasta que no termine mi trabajo aquí! Ese que tú me encargaste, ¿acaso lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado. Ya sabía yo que mandarte allí iba a ocasionarme problemas —gruñó.

—¿Qué problemas? ¿De qué problemas me hablas? Estoy aquí haciendo un trabajo. Solo tú y yo sabemos en qué consiste —mintió descaradamente—, aún no he podido terminarlo... pero lo terminaré, no lo dudes.

Roi permaneció unos instantes en silencio, sopesando la situación.

—¿Y si te despidiera por no cumplir mis órdenes? —soltó al fin.

—Tú mismo Roi —respondió Ángela de forma inmediata—. Despídeme si quieres. Nos veremos en los tribunales y tendrás que volver a readmitirme, por segunda vez. En cuanto a la investigación que llevo en marcha, estoy segura de que habría otros medios que me publicarían la información, sin problemas... Si quieres que sigamos ese camino, en lugar de establecer un entendimiento entre nosotros, tú mismo. Tú decides. Yo ya decidí continuar aquí hasta que terminase mi trabajo —concluyó con determinación.

A través del teléfono podía escuchar la respiración y los resoplidos de su director. Ella permaneció en silencio, esperando una respuesta por parte de Roi. Finalmente, este dijo de mala gana:

—De acuerdo, te concedo unos días más. Si no has avanzado nada... pues ya veremos lo que hacemos.

—Gracias, Roi —dijo Ángela sin poder borrar una sonrisa de su rostro—. ¡Ah! Y por favor, no vuelvas a llamarme a las ocho de la

mañana. A esa hora estoy durmiendo —añadió, antes de colgar el teléfono.

Aunque todavía era temprano para ella, Ángela renunció a seguir en la cama. La conversación con Roi la había despejado por completo. Se levantó, pensando que Irati ya llevaría despierta mucho rato, aunque se habría quedado en su dormitorio para no despertarla a ella. Se calzó unas zapatillas de esas de viaje, se puso un jersey encima del pijama y, con sigilo, tocó en la puerta de la habitación de su amiga. Esta le contestó al instante:

—Pasa, pasa, estoy despierta.

Ángela pasó al dormitorio y se sentó a los pies de la cama. Irati aún estaba metida bajo el nórdico.

—¿Cómo te encuentras?

—No he dormido mucho, pero me encuentro bien. Al acostarme me quedé dormida de forma inmediata. Supongo que por el cansancio y la tensión acumulada. Pero después de ese primer sueño, me desperté de madrugada y ya no he pegado ojo.

—A mí me ha despertado mi jefe —le informó Ángela.

—Te he oído hablar, pero no sabía con quién. ¿Qué te ha dicho? —se interesó Irati.

—Lo de siempre, quería que volviera a Santiago. Y yo le he contestado también lo mismo de siempre. Nada nuevo... Bueno, sí, ha amenazado con despedirme...

—¿En serio? —preguntó Irati, abriendo sus ojos grises—. ¿Y qué le has dicho?

—Pues que si quiere despedirme, que me despida... No te preocupes, no lo va a hacer. Era solo un farol. Pero eso no es importante ahora. La cuestión es cómo estás tú.

—Yo me encuentro bien, Ángela. A mí misma me parece mentira. Estoy tranquila y siento una gran paz interior. Soy consciente de que se ha operado algún cambio en mí. Y aunque todavía no sé procesarlo, sé que es para bien. Lo que siento es que, a pesar de las apariencias externas, de la peor parte de la pandemia, todo está bien y ocurre por algo y para algo.

—Me alegro de que lo estés viviendo de esa manera. Dice mucho de ti y de tu fortaleza interior. Perder de una vez a tu padre y a tu

madre, no debe ser fácil de asimilar.

—No, no lo es. Resulta todo muy raro. Parece algo irreal... todo lo que estamos viviendo parece un sueño. Y en realidad lo es. Creo que esta pandemia va a traer consigo muchos cambios en la forma de mirar y de entender el mundo. Cambios internos, y también externos... A mí ya me está cambiando.

—Creo que a mí también —afirmó Ángela—. Desde luego, ya no soy la misma persona que llegué aquí hace un mes. Me estoy distanciando de muchas cosas que yo creía importantes.

Las dos se sumieron en el silencio, envueltas en sus propios pensamientos y emociones. Pasado un rato, se emplazaron para desayunar juntas. Mientras Irati se duchaba, Ángela preparó el desayuno: café con leche y tostadas con mermelada.

Ese mismo día, al caer la tarde, Irati recibió una llamada telefónica. Después de atenderla le comentó a Ángela la decisión que había tomado, con una amplia sonrisa. La llamada procedía de Cáritas, organización con la que ella trabajaba asiduamente de voluntaria, desde su llegada a Navarra.

—Están haciendo grupos de voluntarios para llevar comida y medicinas a personas mayores, que viven solas y no pueden salir de casa —le contó a su amiga—. Aquí en el valle existen zonas en las que no es fácil ir a comprar, si no tienes coche para hacerlo. Y ahora hace más falta que nunca atender a esos ancianos. ¡Y me he apuntado! —dijo con alegría.

—¡Me parece muy bien!... ¿yo también podría apuntarme? —preguntó Ángela, emocionada con la idea.

—Claro que sí, seguro. ¿Te apunto? Pero no podremos ir juntas, cada una tendrá que ir en su propio coche, siguiendo las rutas que nos marquen y visitando las casas que nos adjudiquen.

—No importa, me parece muy bien. Aunque te parezca mentira, en estos momentos de mi vida quiero sacarme al padre Fermín de la cabeza y dedicarme a otras cosas. Necesito hacerlo. El gran reportaje que iba a hacer, al llegar aquí ha pasado a segundo plano. Me di cuenta cuando volvíamos de Logroño, y lo he confirmado hablando esta mañana con Roi; aunque a él no le he dicho nada, claro.

Las palabras de Ángela fueron recibidas con un abrazo por parte de Irati. Las dos celebraron, con un poco de vino en la cena, su decisión de ejercer como voluntarias en Cáritas. Sin embargo, en contra de lo que ambas creían, la vida tenía preparada para ellas algunas sorpresas.

Capítulo XXI

—¿Ángela? ¡Lo he encontrado, lo he encontrado! ¡He encontrado al chico que violó el padre Fermín!

Ángela pegó tal frenazo con el coche, que casi se sale de la carretera. «Menos mal que está completamente vacía», pensó. Tardó unos instantes en reponerse del susto y también de la impresión que le habían causado las palabras de Irati, a través del teléfono móvil. Con voz entrecortada le pidió a su amiga que esperase un poco a que se orillase en la carretera y parase el coche. Cuando lo hizo, agarró el teléfono, quitó el manos libres y le preguntó impaciente:

—¿Estas segura, Irati?

—Completamente segura. ¡Dios, estoy hecha un manojo de nervios! Cuando lo he visto he empezado a temblar.

—¿Pero has hablado con él? —preguntó Ángela muy alterada.

—No, no, lo he visto en una foto.

—¿Cómo que en una foto? —se extrañó Ángela—. A ver, eso vas a tener que explicármelo.

—Ahora no puedo, te lo contaré cuando nos veamos esta tarde en casa. Pero no he podido evitar llamarte para darte la noticia. ¡Lo hemos encontrado, ahora que no lo buscábamos, lo hemos encontrado!

Irati se despidió apresuradamente de su amiga y Ángela no insistió más. Llevaba razón, no era una conversación para tenerla por teléfono. Ya hablarían cuando estuvieran en su casa. Pero, a pesar del razonamiento lógico de su mente, se sintió totalmente paralizada. Le temblaban las piernas. Respiró profundamente y decidió salir del coche para que le diera un poco el aire. Por unos momentos le costaba respirar y el ritmo de su corazón se había acelerado. Salió del vehículo y miró alrededor. Estaba en medio de

la nada, en una carretera secundaria vacía. Era mediodía, el cielo estaba despejado y la temperatura resultaba muy agradable.

De pronto, experimentó un gran vacío interior y se sintió bien consigo misma y con el mundo que la rodeaba. Se vio inundada por un amor incondicional hacia todo y hacia todos. No tenía fuerzas para moverse y, sin embargo, sentía una gran fortaleza interior. Supo también que esa fuerza no provenía de ella misma, sino de algo más grande que la sostenía.

Pasados unos instantes, toda esa vivencia tan intensa se alejó y, poco a poco, volvió a experimentarse en su cuerpo de la forma habitual. Sin embargo, el recuerdo de lo vivido permaneció con ella.

Cuando volvió a sentarse dentro de su coche, revivió en su mente la impactante noticia que le había dado Irati y resonaron en ella las últimas palabras de su amiga: «¡ahora que no lo buscábamos, lo hemos encontrado!» Pensó que así era, y que la vida era muy poco previsible y lleva su propio camino, que no siempre coincide con el que está recorriendo tu personalidad. A pesar de que la gente pensase, de forma ilusoria, que todo está bajo su control. Conduciendo despacio se dirigió a las aldeas donde debía entregar comida y medicinas a varios ancianos que vivían solos.

Por el camino, continuó reflexionando cómo, tras el viaje a Logroño donde murieron los padres de Irati, algo se había movido en su interior. Llegó a plantearse dejar de investigar al padre Fermín y hasta abandonar el periodismo y su actual puesto de trabajo, que tanto esfuerzo y tanto tiempo le había costado recuperar. Sonrió para sus adentros y pensó que, con el descubrimiento de Irati, el trabajo que la había llevado a Navarra cobraba una nueva dimensión y ahora ella ya no podía dejarlo. Debía finalizar lo que había empezado. Aunque realmente no lo empezó ella, sino que fue la vida la que puso en su camino las circunstancias adecuadas para que lo llevase a cabo. Lo mismo que estaba ocurriendo en esos momentos.

Pensó también sobre el papel que jugaba Irati en toda esta historia. Un papel estelar, sin comerlo ni beberlo. Ella era la que había presenciado la violación, mientras paseaba por el bosque. Ella era la que había vuelto a ver al padre Fermín, en una visita al Museo

de Estelas donde trabajaba. Ella era la que había visto casualmente, en un ordenador de la Biblioteca de Ochagavía, la crónica del entierro del cura que Ángela había escrito en Santiago de Compostela. Y ella era la que había encontrado al joven que había sido violado. «Y todo ello sin haberlo querido —reflexionó—. Y todavía hay quien cree en las casualidades, o quien piensa que no somos conducidos por una voz interior, que no admite réplica. También en mi caso, por supuesto», concluyó.

Se encontraban en el día 22 de abril. El Gobierno había establecido que los menores de 14 años podrían salir a la calle a partir del 26. El confinamiento obligatorio continuaría hasta el mes de mayo. El número de muertos no descendía como se esperaba y cada vez eran más las voces contrarias a la gestión que el Gobierno estaba haciendo de esta crisis. Tanto Irati como ella llevaban colaborando con Cáritas como voluntarias desde que volvieron de Logroño. Solo había pasado una semana y, sin embargo, Ángela tenía la impresión de que había sido un siglo atrás. Las vivencias ya no podían contabilizarse como antes de la pandemia. El tiempo se había estirado y encogido a la vez. Se experimentaba con otra percepción diferente. En un solo día, uno podía pasar por estados de ánimo muy distintos. Veinticuatro horas ya no era una medida exacta.

Ángela se apresuró a hacer todas las entregas que tenía pendientes. Quería llegar cuanto antes a casa de Irati, que ahora también era la suya. Consiguió estar allí hacia las cinco y media de la tarde. Su amiga aún no había vuelto. Decidió que se prepararía algo de comer. No le apetecía el sándwich que había metido en su mochila por la mañana, para tomarlo cuando tuviera hambre durante su recorrido. Aunque parecía que su estómago se había cerrado, preparó una gran ensalada, por si Irati también quería comer cuando volviera. No había hecho más que sentarse a la mesa para comer, cuando Irati entró por la puerta apresuradamente. Ángela se levantó de un salto y las dos se abrazaron y empezaron a llorar de la emoción, sin mediar palabra. Momentos después, Ángela le preguntó con impaciencia:

—¡Vamos, cuéntame!

Irati la arrastró al sofá y se sentó junto a su amiga, respirando en profundidad varias veces. Apenas le salían las palabras. Cuando se tranquilizó un poco dijo al fin:

—Me tocó llevarle las medicinas a una señora mayor, que vive sola. Era la primera vez que iba a su casa. Se llama Mercedes, una mujer muy simpática y agradable... y también muy insistente. Se empeñó en que entrase y tomase un café que había preparado, con una magdalena, para agradecerme mi servicio. Se puso tan pesada que no me pude negar. Le advertí que tenía prisa, pero aun así decidí pasar unos minutos a su casa, para que no se molestase.

—Sigue, sigue, por favor —le pidió Ángela, pendiente de su relato.

—Pasé a una salita, me senté en el sofá y, mientras ella iba a la cocina a por el café y la dichosa magdalena, veo frente a mí una gran foto de comunión, colgada de la pared, en la que están el padre Fermín y el chico al que violó. Me levanto de un salto y me pongo a observar la foto. Ella llega con una bandeja y me dice:

—¿A que es guapo? Es mi nieto Francisco Javier. Ese es el día que tomó la primera comunión... hará ya un par de años. Está con el padre Fermín, su confesor y guía espiritual del colegio. Él los preparó a todos en la catequesis ¡Una bellísima persona! —dijo suspirando—. Se suicidó, ¿sabe? Nadie se explica por qué. Adoraba a los chicos y ellos lo adoraban a él.

—¡Dios mío! —atinó a decir Ángela.

—Te puedes imaginar cómo me quedé —continuó Irati—; no me salían las palabras. Aun así, me quedé con Mercedes un buen rato, me tomé el café y la magdalena, y pregunté por toda su familia. Al verme tan interesada, se mostró agradecida por la conversación y me sacó un par de álbumes de fotos donde aparecían varias veces Fermín y su nieto.

—Pero ¿sabemos dónde vive?

—¡Claro que sabemos dónde vive! ¡Lo hemos encontrado, Ángela, lo hemos encontrado!

Capítulo XXII

Javi se miró al espejo y se sintió mayor. Aunque solo tenía 13 años, las vivencias de los últimos tiempos lo habían convertido en una persona adulta. La infancia, incluso la adolescencia, habían quedado atrás desde el momento en que su padre, Emilio, murió en un accidente de tráfico, tres años antes. La noche en que murió su padre, mientras la familia velaba el cadáver, su hijo, Francisco Javier Martínez Ruiz, supo que nada volvería a ser igual. La inocencia de sus diez primeros años, arropada por el cariño de su progenitor, iba a dar paso a una existencia de dolor, frustración, desconcierto y rabia. Aunque en esos momentos de duelo, años atrás, nunca llegó a pensar que un cura abusase de él como lo había hecho el padre Fermín.

Unos fuertes golpes en la puerta de su dormitorio le hicieron salir bruscamente de sus pensamientos. Eran sus hermanas mellizas, Ainara y Edurne, que no lo dejaban en paz. Se dirigió a abrir antes de que las crías echasen la puerta abajo. Pero no le dio tiempo a llegar cuando escuchó la voz de su madre, regañándole:

—¡Abre inmediatamente, Javi! ¿No te he dicho un millón de veces que no te encierres en tu habitación?

—Sí, me lo has dicho un millón de veces, o más —murmuró el chico en voz baja.

Javi abrió la puerta y sus hermanas se colaron dentro dirigiéndose a su cama para saltar sobre ella.

—¡Eh, vosotras, bajad de ahí, vais a romper el somier! —gritó su madre a las niñas.

Esperanza Ruiz tenía 40 años, pero aparentaba muchos más. Últimamente había ganado peso y con el confinamiento en casa había descuidado un poco su aspecto personal. Pero lo peor era su estado emocional. Como no pudiera ir pronto a trabajar, iba a salir

loca. Las mellizas se volvían cada vez más traviesas y Javi... Javi no parecía el mismo desde que murió su padre. Pero en los últimos meses se había convertido en un muchacho solitario y sombrío; nada que ver con el chico alegre y curioso, lleno de vitalidad, que había sido hasta la muerte de su padre. Esperanza había quedado viuda con 37 años, en la flor de la vida. Con un hijo de diez años y las niñas de cinco. No se podría decir que Ainara y Edurne no hubieran echado de menos a su padre al principio, cuando preguntaban constantemente por él. Ahora ya ni lo nombraban.

El golpe más duro se lo habían llevado ella misma y su hijo mayor, que estaba muy unido a su padre. Esperanza estaba segura de que Javi no olvidaría nunca a su padre. Y ella se sentía impotente para lidiar con un chico adolescente, cada día más retraído, con el que era cada vez más difícil comunicarse. Cuando murió Emilio y la desolación entró en su casa para quedarse, contó con la ayuda del padre Fermín, al que conocía de la catequesis que éste impartía en la iglesia de San Nicolás de Bari, ubicada en la localidad de Burguete, donde ellos vivían. El sacerdote los ayudó en todo. Estuvo pendiente de ellos. No solo de sus almas, sino también de que tuvieran cubiertas todas sus necesidades. Y ella le estaba inmensamente agradecida por ello. Pero ahora el padre Fermín también les había abandonado, ya no estaba, y su muerte seguía siendo un misterio para ella: «¿Por qué se habrá suicidado?», se preguntaba con frecuencia, sin encontrar ninguna explicación. Lo echaba de menos.

Para Esperanza fue como si volviera a quedarse viuda por segunda vez. No porque la hubiera unido al padre Fermín ningún sentimiento amoroso, ni nada por el estilo. Pero sí de agradecimiento. El sacerdote se había portado muy bien con su familia, en los momentos más difíciles y especialmente con Javi. Lo había tomado bajo su cuidado, estaba siempre pendiente de él, preocupándose por el muchacho. Se lo llevaba a las excursiones de senderismo que hacía con otros jóvenes, a su parroquia. Incluso a veces Javi se quedaba a dormir en la casa del cura. Se había comportado como un padre con él. El padre que Javi había perdido en ese maldito accidente de tráfico, de aquel fatídico día.

Ocurrió el 1 de mayo de 2017. En unos días se cumpliría el tercer aniversario. Emilio trabajaba para una gran empresa de la construcción ubicada en Pamplona, a 45 kilómetros de Burguete. Ese día, aunque era festivo, la empresa pidió a una cuadrilla de sus trabajadores que se desplazase a la capital para realizar obras en un chalet de las afueras. Aunque todos protestaron, finalmente cinco de ellos accedieron a trabajar ese día. La furgoneta de la empresa los iría recogiendo a todos por los distintos lugares de residencia, como hacía a diario, para devolverlos a sus casas al final de la jornada laboral. Esperanza recordaba perfectamente cómo Javi había suplicado a su padre que no fuera a trabajar:

—¿No es hoy el día de los trabajadores? —argumentó Javi.

Su padre soltó una carcajada, antes de responder:

—Sí, hijo, sí, llevas razón, pero no tengo más remedio que ir. No te preocupes —añadió—, volveré pronto y jugaremos con la consola.

Pero no volvió. Javi lo estuvo esperando en vano toda la tarde. Ya por la noche, mientras la familia estaba cenando, alguien golpeó apresuradamente la puerta para comunicar a Esperanza que su marido había muerto en un accidente de tráfico. La furgoneta de la empresa, que los llevaba de vuelta a casa, volcó al salirse de la carretera en una curva. Solo Emilio murió. El conductor y los otros cuatro obreros que iban en la parte trasera del vehículo resultaron con heridas leves. Cuando Javi escuchó la noticia se quedó paralizado. Su madre gritaba y sus hermanas lloraban. Pero él fue incapaz de decir ni hacer nada. Estaba en shock. Todo ocurrió muy rápido. Lo único que recordaba con nitidez es que esa noche supo, sin lugar a dudas, en lo más profundo de su alma, que ya nada sería igual.

Esa certeza interna que experimentó entonces, era la misma que había anidado en su pecho para no abandonarle ya nunca más. Y aunque al principio intentó quitársela de encima, poco a poco fue aceptándola y familiarizándose con ella, hasta que acabó siendo un ancla de seguridad en su existencia; el dolor era lo más real que tendría nunca en su vida.

Supo que, si había podido con la muerte de su padre, ninguna otra cosa en el mundo podría acabar con él, por muy terrible que fuera. Esa fue su certeza, la fuerza a la que se agarraba para seguir viviendo cuando el padre Fermín empezó a abusar de él, aprovechándose de la vulnerabilidad de su madre y de la suya propia. Ahora, el padre Fermín ya no estaba y Javi deseaba que ardiera en el infierno.

Escuchó la bronca de su madre y las risas de sus hermanas como si vinieran de otro planeta. Esperanza se lamentaba del mucho trabajo que le daban las niñas, y de cómo ella tenía que hacer frente a todo. Le reprochaba a Javi que no la ayudara a cuidar de sus hermanas y que en lugar de eso prefiriera encerrarse en su habitación, a hacer Dios sabe qué. Esperanza gritó que, entre todos, la iban a volver loca, y que ya no aguantaba más:

—¡Ojalá pase esto pronto, y pueda volver a trabajar, porque aquí encerrada todo el día me va a dar algo!

Javi comprendió, una vez más, lo vulnerable que era su madre y lo crías que eran sus hermanas. Se dio cuenta de que él era el único que quedaba con sentido común en esa casa. Y se sintió mayor. Como una persona adulta que debía de cuidar de su familia. Con un tono de reconciliación y una leve sonrisa le dijo a su madre:

—No te preocupes, mamá, han dicho que, a partir de este domingo, ya podremos salir a pasear. Verás como todos nos sentimos mejor.

Capítulo XXIII

A lo largo de los últimos días Irati y Ángela no habían dejado de pensar en cómo se acercarían al joven Francisco Javier, para poder hablar con él. Durante las mañanas, ambas continuaban con sus tareas de voluntariado en Cáritas. Pero cuando se juntaban en su casa, al caer la tarde, el tema de conversación era monográfico. Irati había relatado a Ángela todo lo que le había contado la abuela del chaval, sobre las circunstancias que habían rodeado la vida del muchacho desde la muerte de su padre en accidente de tráfico. Y cómo este suceso había cambiado radicalmente la vida de su hija Esperanza y de sus nietos. Pero sobre todo de Javi ya que, según dijo Mercedes, «las mellizas son muy pequeñas aún para ser conscientes de que han perdido a su padre, y lo que eso significa».

El domingo 26 de abril el Gobierno había decretado que los menores, hasta 14 años, podrían salir de su casa, una hora al día y a no más de un kilómetro de su domicilio, siempre acompañados de una persona mayor. Ángela le dijo a Irati que esa circunstancia favorecía su intención de acercarse a Javi, sin necesidad de tener que llamar a la puerta de su casa. Pero Irati no lo tenía muy claro.

—Gracias a esta medida, podremos hablar con él en la calle.

—No sé, a mí no me parece que vaya a ser fácil —razonó Irati—. Supongamos que, como tú esperas, salga a la calle durante esa hora diaria que podría hacerlo...

—Yo lo doy por hecho —la interrumpió Ángela—; seguro que, después de tantos días encerrado, está deseando salir.

—Sí, pero si lo hace, estará acompañado de su madre. Y no vamos a decirle: señora, queremos hablar con su hijo porque sabemos que el padre Fermín lo violó.

—¡No, claro que no! —protestó Ángela—, tendremos que ser algo más sutiles. Además, de lo que se trata es de hablar con el chico, no

con la madre. Es muy posible que la mujer ni siquiera lo sepa.

—¡Claro que es posible, es más que probable! Estoy convencida de que no sabe nada de nada. ¡Joder, esto del confinamiento lo complica todo! —se quejó Irati.

—¡Anda —se extrañó Ángela mientras sonreía—, nunca te había oído soltar ningún taco!

—Pues como no consigamos hablar con el chico me vas a oír jurar hasta en arameo.

Ambas se rieron de la ocurrencia. Irati propuso algo:

—Su casa en Burguete está dentro de la zona que yo recorro para llevar alimentos y medicinas. Mañana también tengo que hacerlo y no me resultaría muy complicado echar un vistazo para ver si salen a pasear.

Ángela sopesó las posibilidades. A falta de algún otro plan más concreto, no le parecía mala idea.

—Pero me gustaría ir contigo.

—No, no, mejor voy sola. Así no despertaré ninguna sospecha... Además, tú tienes pinta de periodista —dijo Irati, esperando la reacción de su amiga.

Esta no se hizo esperar

—¡No jodas! —exclamó Ángela.

—¡Ahora eres tú la que dice tacos! —bromeó Irati.

—¿Y tú de que tienes pinta? —preguntó Ángela, con los brazos en jarra.

—Yo tengo pinta de lo que soy, una buena persona. Creo que mi apariencia es más inofensiva que la tuya: una hippie, amante de la naturaleza.

—¡Ah, muy bien! ¿Eso quiere decir que los periodistas no somos buenas personas?

—Eso deberías decírmelo tú —respondió Irati con rapidez—, yo no tengo ni idea. Solo te conozco a ti.

—¡Mejor no te voy a contestar a eso! —dijo Ángela después de reflexionar unos momentos.

A la mañana siguiente se despidieron junto al puente de piedra de Ochagavía, donde tenían aparcados sus coches, después de acudir al centro social que utilizaba Cáritas para distribuir entre los

voluntarios el reparto de comida y medicinas por todo el valle de Aezkoa. Ángela le pidió a Irati que, si conseguía ver a Javi, no dejase de avisarla por teléfono. Pero estuvo buena parte del día esperando en vano esa llamada. Cuando regresó a casa por la tarde, su amiga aún no había llegado y esperó impaciente su regreso para que le contase sus pesquisas.

Cuando Irati apareció por la puerta del apartamento Ángela se levantó de un salto del sofá y la abordó con sus preguntas:

—¿Qué? ¿Lo has visto?

Irati hizo en gesto negativo con la cabeza.

—No, no lo he visto, ni solo ni acompañado. He pasado por delante de su casa varias veces. Incluso me he tomado allí cerca mi bocadillo de comida, y he vigilado su puerta. Pero nadie ha salido ni ha entrado. Y, además, me he sentido fatal.

—¿Fatal por qué? —le preguntó Ángela.

—Pues porque no estoy acostumbrada a espiar a la gente ni a hacer ese tipo de cosas.

Ángela intentó ponerse en su lugar y la consoló.

—Pero no estabas espiando a nadie... solo comprobabas si el chico salía a pasear, nada más.

—¡Pues no me gusta vigilar a los demás! —respondió Irati, dando por finalizada la conversación.

Pasado un buen rato, Ángela le dijo a su amiga:

—Mira, llevas razón, no tienes por qué vigilar a nadie. Soy yo quien debería haberlo hecho, no tú. Soy yo quien tiene interés en entrevistar al muchacho, no tú. La próxima vez vigilaré yo por mi cuenta.

—No, yo también tengo interés en hablar con este chico. Mucho más del que tú puedas tener, pues parece que esta historia me persigue muy a mi pesar. Solo te pido que me dejes hacerlo a mi manera.

—¿Y cuál es tu manera? —preguntó Ángela.

—A través de la abuela. Estoy convencida de que la mejor forma de llegar a él, sin forzar nada, será a través de la abuela. Déjame que lo intente —dijo Irati, juntando sus manos a la altura del pecho.

—De acuerdo, inténtalo a tu manera —dijo Ángela conciliadora—. Yo también creo que tienes un papel estelar en esta historia. Hazlo como creas conveniente. No te voy a presionar. Ya me contarás.

—Descuida, estarás al corriente de todo —afirmó Irati, mientras abrazaba a su amiga.

Cuando terminó esta conversación, Ángela se dio cuenta de que lo mejor era confiar y dejar que la vida fuera desplegando los acontecimientos. Si algo le había enseñado la pandemia es que todos los intentos que realizamos en nuestra existencia para controlar el mundo en general y nuestras vidas en particular, se disuelven como azucarillos en el agua. Nuestro afán de poder sobre nuestra vida, las circunstancias y las vidas de los demás, son solo un espejismo. Una vana ilusión.

Mientras ponía la mesa para cenar con Irati, un pensamiento machacón llegó a su mente: debería decirle a Roi que había encontrado al chico. Siguiendo un impulso, cogió su teléfono móvil y llamó a la dirección de su periódico. Como esperaba, cogió la llamada su secretaria.

—Hola, soy Ángela Cuevas.

—Roi está en la reunión de primera página —se apresuró a responderle ésta—, no lo puedo molestar ahora.

—No, no quiero hablar con él. Ya imaginaba, por la hora, que estaría en esa reunión. Solo quiero que le des un recado de mi parte.

—Dime —indicó la mujer con voz profesional.

—Dile que he encontrado al chico. Que todavía no he podido hablar con él, pero que lo haré y le mantendré informado. ¿Vale, has tomado nota?

La secretaria ni siquiera respondió, aunque soltó un bufido lo suficientemente sonoro para que ella lo escuchase. Después, se limitó a colgar.

«No sé por qué le caigo tan mal a esta mujer» —reflexionó Ángela.

Capítulo XXIV

Roi no paraba de dar vueltas en la cama. Ese domingo había tenido una jornada agotadora en el periódico. La salida de los menores, decretada por el Gobierno, había resultado una verdadera locura. Los fotógrafos no paraban de hacer fotos en el parque de la Alameda, la plaza del Obradoiro, y en otras zonas de Santiago de Compostela, en las que se veía que estaban atestadas de padres con sus niños, que no respetaban las distancias de seguridad, ni llevaban mascarillas. La centralita de *Galicia al día* se había saturado con las llamadas de ciudadanos que denunciaban comportamientos fuera de la norma o, simplemente, que manifestaban sus quejas por continuar confinados, mientras otros abusaban de los paseos que tenían establecidos.

La jornada de trabajo había sido muy dura, más aún que las anteriores y mucho se temía que los días venideros iban a ser todavía peores, dado que el Gobierno había anunciado paseos para todos, a partir del dos de mayo y una próxima desescalada con apertura de algunos comercios. «No quiero ni pensar la que se nos viene encima», dijo para sus adentros, mientras seguía dando vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño, a pesar del cansancio. Entre vuelta y vuelta, Roi miraba el reloj digital que tenía en su mesilla de noche, viendo pasar las horas con los ojos como platos. La última vez que lo había mirado eran las cuatro y diez de la madrugada. Su mujer, acostada a su lado, se incorporó, encendió la luz, lo miró con ojos somnolientos, y le preguntó:

—¿Se puede saber qué te pasa? No haces más que dar vueltas y no me dejas dormir. ¡Como sigas así me voy a otra habitación! —lo amenazó antes de apagar de nuevo la luz.

Roi solo pudo balbucear en voz baja, antes de ponerse de espaldas a su mujer:

—Perdona, tengo insomnio.

Ella continuó reprochándole algo, pero Roi no la escuchó.

Al cabo de unos minutos, puesto que seguía sin conciliar el sueño, decidió levantarse de la cama y salir del dormitorio intentando no hacer ruido. Se bajó al salón, encendió una luz tenue y se sentó en un sillón que había junto a la cristalera que daba al jardín de su chalet. Desde allí miró la piscina y se preguntó si ese verano podría bañarse en ella y tomar el sol. Tanto su mujer, Susana, como sus hijos pequeños, Daniel y Santiago, de 10 y 6 años, respectivamente, le preguntaban cada vez que los veía, cuándo iba a cambiar el agua y limpiar la piscina para poderse bañar. «Para piscinas estoy yo —pensó—. ¿Es que no se dan cuenta de todo lo que está pasando?»

Llegó a la conclusión de que no, de que realmente no eran conscientes de que la vida iba a cambiar para todo el mundo. Y mucho. Él lo sabía bien. Desde el periódico se veían muchas cosas que la gente como su familia, encerrada en su jaula de oro, no era capaz de vislumbrar. A su mujer no solo le preocupaba la piscina, sino qué iba a pasar con la primera comunión de su hijo Daniel, que debería haber hecho ese año, y en cuya celebración Susana había puesto tanto esmero. La comunión, que iba a ser celebrada en la Catedral y oficiada por Monseñor Rafael Simancas, arzobispo de Santiago, había tenido que aplazarse *sine die*. Y lo que era peor para su mujer, también la celebración prevista en el Parador de los Reyes Católicos que, dicho sea de paso, les iba a costar un ojo de la cara. «Mejor, eso que nos ahorramos», murmuró en voz baja, aprovechando que nadie podía oírle.

Roi cerró los ojos, se tapó con una mantita que había en el respaldo del sillón e intentó dormir. Ni por esas. Suspiró profundamente y decidió enfrentar el problema que le quitaba el sueño. No era la piscina, ni la comunión de su hijo... era lo que le había dicho su secretaria cuando se disponía a regresar a su casa por la noche, después de cerrar la edición del periódico. Como si se hubiera grabado en su mente, escuchó la voz de su secretaria que le decía:

—Ha llamado por teléfono Ángela Cuevas.

—¿Y? —preguntó él abriendo mucho los ojos y levantando las cejas.

—No quería hablar contigo, solo que te diera este mensaje: —la joven lo leyó de su libreta para no equivocarse— Que ha encontrado al chico, pero que todavía no ha podido hablar con él. Que lo hará y te mantendrá informado.

Roi pensó que cualquier cosa que viniera de Ángela no iba a ser una buena noticia. Intentando forzar una sonrisa, despidió de su despacho a su secretaria:

—Gracias Natalia. Vete a casa y descansa. Hasta mañana.

Mientras conducía su coche hasta el chalet donde vivía, a Roi no se le iba el asunto de la cabeza y ya supuso que el que no iba a descansar aquella noche era él. En esos momentos, sentado en el sillón de su amplio salón fue consciente de que tenía un grave problema que no sabía cómo iba a afrontar. No albergaba ninguna duda de que Ángela terminaría hablando con el chico y le convencería para que este constase la verdad. «Y a ver cómo publico yo que Fermín del Pozo, sobrino del obispo auxiliar de la archidiócesis, Ramón da Fonte, no murió de un ataque al corazón, sino que en realidad se suicidó tras haber abusado de un niño... o sabe Dios de cuántos. Porque una vez que se abre la caja de Pandora... Y no solo eso, a ver cómo coño se lo cuento a monseñor Rafael Simancas, al que tanto le debo, por recomendarme para que entrase a dirigir *Galicia al día*.

Solo de pensarlo, Roi se quitó bruscamente de encima la mantita de cuadros verdes y rojos, con la que se cubría, porque había empezado a sudar. Se levantó del sillón y empezó a dar paseos por el salón. «Si Ángela no consiguiera hablar con el muchacho, no tendríamos ningún testimonio y la cosa cambiaría» —intentó conformarse—. «Pero no, con lo cabezota que es esta mujer, seguro que lo consigue. Es una buena periodista —reconoció, siguiendo con su monólogo interno—. Ya me lo advirtieron, que no se casaba con nadie. Y supongo que si ya de joven era así, todavía lo será más ahora que está a punto de jubilarse. ¡Ya no tiene nada que perder!» Este último razonamiento para sí mismo, le hizo frenarse en seco. «Por cierto, ¿cuándo le tocará jubilarse a esta mujer? No

debe de faltarle mucho —se dijo a sí mismo—, lo preguntaré en el periódico».

Agarrado a esta hipótesis, como un náufrago a su tabla de salvación, Roi se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico y cogió un batido de chocolate de los que tomaban sus hijos. Lo echó en un vaso y se lo bebió prácticamente de un trago. «Sí, esa podría ser la solución. Si mal no recuerdo, el periódico la admitió hasta que pudiera jubilarse a los 65 años. Y cuando la readmitimos tenía ya 64. Eso fue... —intentó hacer memoria— a primeros de año, si no recuerdo mal. Tengo que saberlo con exactitud. Esa podría ser la solución» —concluyó algo más tranquilo.

Mientras regresaba al salón y volvía a acomodarse en el sillón junto al ventanal, a Roi le vino a la cabeza la conversación que tuvo con Ángela, en la que llegó a amenazarla con despedirla, si no regresaba a Santiago. «¡Seré gilipollas!» —dijo en voz alta mientras agitaba la cabeza en un gesto negativo—. «Debió de pensar que, para lo que le quedaba en el periódico, despedirla no tenía ninguna importancia... Aunque no fue eso lo que me respondió —exclamó, levantándose de nuevo y dando grandes zancadas por el salón—. ¡Me dijo que si la despedía volvería a demandar a la empresa! ¡Y es muy capaz de hacerlo, aunque le quede una semana para jubilarse!

—¡Joder, vaya tía, los tiene bien puestos! —dijo en voz alta.

—¿Quién estás diciendo que los tiene bien puestos? —oyó que le preguntaba Susana, que había aparecido de improviso en la puerta del salón.

—¡Joder, me has asustado! —exclamó Roi—. ¿No puedes hacer ruido al venir, en lugar de aparecer sigilosamente a oscuras?

Susana acabó de abrocharse la bata de estar por casa que se había puesto y, mirando a Roi con un gesto de incredulidad y reproche, le repitió la pregunta:

—¿Quién los tiene bien puestos, Roi? ¿Quieres decirme de una vez qué te pasa?

—¡No me pasa nada, mujer, no seas peliculera! —gritó—. Son cosas del trabajo.

—¡Ah, el maldito trabajo! —dijo Susana, haciendo un gesto con la mano y dándose media vuelta—. ¡Creí que era algo importante!

Capítulo XXV

Irati se quedó tan sorprendida por lo que veían sus ojos, que le costó articular palabra. Nunca había imaginado que al llamar a la puerta de casa de Mercedes, quien saliera a abrirle fuera Javi en persona. Nerviosa y, sin saber muy bien qué decir, balbuceó:

—Ho... hola, ¿está tu abuela?

—En estos momentos no está —respondió el muchacho—, ha salido con mis hermanas.

—Me llamo Irati —dijo ella improvisando con rapidez—. Soy voluntaria de Cáritas. Le traía unos medicamentos que necesita, ya he estado aquí otras veces.

—Si quieres déjamelos a mí —dijo Javi.

—No puedo —mintió Irati—, se los tengo que dar a ella en persona.

El chico se encogió de hombros y ambos se quedaron callados en la puerta. Irati se bajó la mascarilla y pensó «ahora o nunca». Aunque le temblaban las piernas y las manos, y la voz no le llegaba a la garganta, se atrevió a preguntar:

—Tú eres Javi ¿no?

—Sí —respondió él sorprendido—. ¿Me conoces?

—Bueno, sí y no —dijo ella, sonriéndole—. Tu abuela me ha enseñado álbumes de fotos en los que estás con tu familia.

—¿Eso ha hecho? —preguntó mientras hacía un gesto de incredulidad.

—Sí —se apresuró a responder Irati—, ya te he dicho que no es la primera vez que vengo a su casa.

Javi se quedó unos segundos en silencio, sopesando sus próximas palabras. Finalmente le dijo:

—¿Quieres entrar? Puedes esperar a mi abuela dentro y le das sus medicinas.

Irati suspiró profundamente, antes de responder.

—Sí, muchas gracias. Si no es molestia para ti, prefiero esperarla dentro.

Javi le hizo un gesto para que pasara. Irati intentó disimular su nerviosismo y se coló en la casa. Una vez en el salón de Mercedes, se sentó en el sofá, volvió a ponerse la mascarilla y pensó: «Ya estoy dentro. Ahora a ver cómo abordo el asunto que me trae aquí».

El chico se sentó en un sillón y empezó a jugar con un videojuego, sin hacerle mucho caso a ella. Irati pensó que no podía perder esa oportunidad de encontrarse a solas con el muchacho. Se encomendó interiormente a la Divina Providencia y se levantó, con decisión, acercándose a la pared de donde colgaba la foto de Javi con el padre Fermín. Suspiró profundamente y, volviéndose hacia el chico, le preguntó:

—Este eres tú el día de tu primera comunión ¿no? Y este es el padre Fermín.

Al escuchar el nombre del sacerdote, Javi dejó la consola encima de una mesa y, dirigiéndose a Irati, le preguntó, con gesto sombrío.

—¿Lo conocías?

Irati le miró a los ojos y, sin poder evitar que los suyos se humedecieran, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Acercándose al muchacho, le respondió.

—Sí, Javi, lo conocía. Lo conocía bien y sé que te hizo mucho daño.

El chico se quedó sin habla, desconcertado. No sabía qué pensar, se dejó caer de nuevo en el sillón y, con voz entrecortada, le preguntó a Irati.

—¿Quién eres? ¿Por qué has venido? ¿Qué quieres?

Irati se acercó a él y se arrodilló a su lado, antes de decirle:

—Ya te he dicho quién soy. He venido a traerle medicinas a tu abuela, pero al abrirme tú la puerta, ahora creo que, en realidad, he venido a hablar contigo. De hecho, hace tiempo que quería hacerlo.

Después de un tenso silencio, Javi le preguntó:

—¿Cómo sabes que el padre Fermín me hizo daño?... No se lo he dicho a nadie —se extrañó.

—¿Puedo ser totalmente sincera contigo? —le preguntó Irati.

Javi hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras pedía en un tono suplicante:

—Sí, por favor. Dime la verdad.

—Aunque no me conoces de nada, tienes que saber que yo nunca te mentaría.

—¡Todos mienten! —le respondió Javi de forma airada—. Y el padre Fermín mentía más que nadie.

—Yo no te mentaré, te lo prometo —le dijo Irati, cogiéndole las manos.

Al hacerlo, se dio cuenta de que el joven estaba temblando. Ella las apretó levemente, intentando transmitirle cariño. Se bajó la mascarilla y mirándole a los ojos, le dijo:

—Lo sé porque os vi.

—¿Nos viste? ¿Dónde nos viste? —preguntó con un gesto de incredulidad Javi, al tiempo que le retiraba las manos bruscamente.

—Os vi en el bosque... Os vi cuando el padre Fermín te estaba violando —dijo bajando la voz, con dificultades para verbalizarlo por el nudo que se le había formado en la garganta.

Javi se quedó en silencio, cerró los ojos y, cuando los abrió, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sus ojos azul claro se volvieron casi transparentes y su pelo rubio y rizado le dio el aspecto de un querubín atormentado. Irati sintió una profunda compasión por él. Quería consolarlo, pero no sabía qué decir. ¿Qué se puede decir en esos casos?

Cuando el muchacho se serenó un poco, se sorbió los mocos y se limpió las lágrimas con la manga de su camiseta. Irati sacó de su mochila un paquete de pañuelos de papel, y se los dio. Él se sonó la nariz y le preguntó:

—¿Se lo has dicho a mi abuela?

—¡¡Claro que no!! ¿Cómo voy a hacer algo así? Te corresponde a ti, solo a ti, decidir si quieres decírselo o no a tu familia.

—¡No, no quiero decírselo! —respondió Javi de forma apresurada.

Irati hizo un gesto negativo con la cabeza y pensó que aún le quedaba la parte más difícil, pero ya no tenía más remedio que continuar con su relato sincero. Le contó a Javi que cuando vio en un periódico, en el ordenador de la biblioteca, que habían hecho al padre Fermín un funeral en la catedral de Santiago, y que la información decía que el sacerdote había muerto de un infarto, no

dudó en llamar a la periodista que lo había escrito para contarle la verdad. Y le contó a esta que el cura se había suicidado y que intuía por qué lo había hecho, ya que ella había visto cómo violaba a un chico en el bosque.

Javi se levantó de un salto del sillón, y se quedó sin habla. Irati se puso de pie y se dedicó a observarlo, sin atreverse a hablar.

—¿Entonces —preguntó el muchacho, incrédulo—, una periodista sabe que el padre Fermín me violó? ¿Que me violó a mí, sabe mi nombre? —añadió señalándose en el pecho con rabia mal contenida.

—Cuando hablé con ella, hace ya dos meses, yo no sabía quién eras tú. Lo descubrí, por casualidad, cuando te vi en la foto de la pared al visitar a tu abuela... Pero yo no creo en las casualidades, ¿sabes? No creo que fuera una casualidad que yo os viera aquella mañana en el bosque, ni que viera el periódico que publicaba el funeral en el ordenador de la biblioteca, ni que me tropezase con esta foto —dijo señalando a la pared— al traerle las medicinas a tu abuela.

—¡Madre mía! —exclamó Javi—. ¿Y la periodista esa ha publicado algo de lo que le contaste?

—¡No, no, claro que no, nunca lo haría sin tu permiso!

—¡Pues no lo tiene! —se apresuró a decir el muchacho, que cada vez estaba más nervioso, dando vueltas por el salón de la casa de su abuela.

—Esa periodista se llama Ángela Cuevas, es de Santiago de Compostela, lugar de donde procedía el Padre Fermín. Y después de que yo la llamase vino a Navarra para hablar conmigo. Pero como le pilló aquí el confinamiento, no ha podido volver a su ciudad en todo este tiempo y vive conmigo en mi casa de Ochagavía.

—¿Y ahora ya sabe quién soy?

—Sí, ahora sí... yo se lo dije cuando te descubrí en la foto —dijo Irati un tanto afectada.

—¿Por qué? ¿Por qué le dijiste quién era? No tenías mi permiso.

—Se lo dije porque confío plenamente en ella y sé que no va a publicar nada, si tú no das tu consentimiento cuando hable contigo.

—¿Hablar conmigo? No, no, no quiero hablar con ella. Nadie debe saber esto que me pasó. ¡Dios ya ha castigado al padre Fermín, que estará pudriéndose en el infierno!

Irati suspiró profundamente antes de decir con voz cansada:

—Verás, Javi, yo he sido monja durante muchos años.

—¿Eres monja? —preguntó él, abriendo mucho sus ojos azules.

—No, ya no lo soy —dijo sonriendo—. Dejé el convento y me vine a trabajar aquí a Navarra. No creo en un Dios castigador y tampoco creo en el infierno. Lo importante de este drama ya no es él, eres tú. Por eso me gustaría que el daño que te hizo el padre Fermín se supiera. Porque no es el único cura que ha abusado de niños, de jóvenes y de mujeres, mientras la Iglesia lo ha encubierto y silenciado. Y porque tampoco sabemos si ha abusado de algún otro chico, además de ti. Tu testimonio sería muy importante. Y no tendría que salir publicado tu nombre ni nada que te pudiera identificar. Solo tu testimonio. Eres un menor y la ley te protege —concluyó, sentándose en el sofá.

Javi se sentó a su lado y, algo más tranquilo, le dijo:

—Si mi madre se enterase de lo que me hizo el padre Fermín se volvería totalmente loca... ya está bastante trastornada con la muerte de mi padre.

—Lo sé, me lo contó tu abuela... Y no tendría por qué enterarse. Aunque, si quieres que te diga lo que pienso de verdad, creo que deberías contárselo tú mismo. Te quitarías un gran peso de encima. No tienes por qué cargar con ese fardo toda tu vida. Lo que pasó no fue culpa tuya. Él abusó de ti y de tu confianza. También abusó de la confianza que le tenía toda tu familia. Se aprovechó de todos y de vuestra vulnerabilidad en los malos momentos que estabais pasando por la muerte de tu padre. ¡Es terrible, pero ha pasado!

Javi se quedó en silencio con la mirada perdida, reflexionando sobre las palabras que le había dicho Irati. Esta le preguntó de pronto:

—¿Tienes teléfono móvil?

—No —respondió el muchacho—. Lo tendré el mes que viene cuando cumpla 14 años. Mi madre ha prometido regalármelo

entonces... Se cree que aún soy muy joven para tenerlo y que un móvil es peligroso para mí. ¡Ya ves!

Al decir estas palabras ambos se miraron y no pudieron evitar reírse. La tensión que se había creado entre ellos se suavizó. Irati se levantó del sofá y sacó una libreta y un bolígrafo de su mochila. Apuntó un número de teléfono y se lo dio a Javi.

—Este es el número de mi móvil. Piensa lo que te he dicho y llámame cuando quieras. No importa cuál sea tu decisión. Puedes contar conmigo. Te lo digo de verdad.

Javi se guardó el papel en el bolsillo del pantalón y, a su vez, le apuntó a Irati el teléfono fijo de su casa, y su correo electrónico.

—¿Tienes correo, eso sí te deja tu madre?

—Ella no lo sabe, el ordenador era de mi padre —respondió con un gesto pícaro.

Mientras Irati se guardaba la libreta en su mochila, oyeron abrirse la puerta de la calle. Casi de forma inmediata, dos niñas iguales irrumpieron corriendo en el salón, sin cortarse por su presencia. Detrás de ellas apareció Mercedes. Al verla allí, se quitó la mascarilla y exclamó:

—¡Irati, qué alegría! ¿Hace mucho tiempo que estás aquí?

—Un rato —contestó ella—; he venido a traerle sus medicinas, pero no se preocupe, Javi me ha hecho compañía.

—¿Has visto qué nieto tan guapo tengo? —dijo con orgullo de abuela—. ¿A que parece un querubín?

—¡Abuela! —exclamó Javi con un tono de fastidio.

—No le gusta que lo llame así —le explicó Mercedes—, porque dice que ya es muy mayor para eso.

—Y lo es. Me parece que su nieto ya no es un niño, sino un joven muy maduro para su edad, y muy inteligente —subrayó Irati.

—Sí, en eso llevas razón. En realidad es todo un hombrecito. El mes que viene cumple 14 años. En mis tiempos a esa edad no sabíamos nada de la vida, pero ahora, con tanto ordenador, tanto móvil y tanta cosa, saben más que Lepe.

Irati y Javi se miraron, aunque no dijeron palabra. Mercedes continuó:

—¿Has visto a mis nietas? Están hechas un trasto. ¡Aitana, Edurne! —las llamó a gritos—, venid a conocer a una amiga.

Las mellizas entraron al salón dándose empujones. Su abuela les ordenó que se callasen un momento, y les presentó a Irati. Dos niñas de ocho años, vestidas de forma similar, aunque no iguales, le sonrieron por unos instantes y salieron corriendo otra vez. No se parecían físicamente a Javi. Eran morenas con ojos castaños muy vivarachos. Tenían unos rasgos faciales muy suaves y agradables, peinaban con trenzas y se las veía con una gran vitalidad. Irati felicitó a Mercedes por los nietos que tenía.

—Hoy es el primer día que los veo desde que empezó el confinamiento. Ya ves, vivimos a cuatro kilómetros de distancia y no podía ir a verlos, ni ellos venir a verme a mí. Hoy me los ha traído mi hija. Ya va a abrir el hotel rural en el que trabaja como gobernanta y la han llamado para que se incorpore. Le he dicho que me los deje aquí unos días, así ella se puede organizar mejor... En realidad —añadió bajando la voz para que no la oyera Javi, que aparentaba estar enfrascado en su videojuego— la pobre necesita estar sola un tiempo, porque estaba ya muy alterada y nerviosa con las mellizas, encerrada en casa. ¡Tú no sabes lo traviesas que son! Esperanza es muy buena madre, pero estas niñas agotan la paciencia de cualquiera. Sobre todo durante todo el tiempo que no pudieron salir a la calle. ¡Menos mal que ahora ya podemos movernos!

Irati se dirigió hacia la puerta rechazando la invitación de Mercedes para quedarse un poco más y tomar un café y una magdalena.

—No, muchas gracias, la próxima vez.

—Quizás ya no tengas que traerme más las medicinas, una vez que se ha levantado el confinamiento —dijo en un tono de tristeza.

—¡Ah, eso no importa! —le contestó Irati—. Volveré a hacerle alguna visita.

—Sííí, ¿me lo prometes? —le preguntó con voz suplicante.

—No te preocupes abuela —le dijo por detrás Javi, acompañándolas a la puerta—, seguro que Irati vuelve otra vez por aquí. ¿Verdad?

—Claro que sí, Javi, si tú quieres que venga, volveré —respondió Irati colocándose de nuevo la mascarilla y regresando a su coche.

Cuando llegó al vehículo arrancó rápidamente, pero se paró un momento en cuanto salió del pueblo y se vio sola en la carretera. Con el coche parado, empezó a llorar. Fue como si toda la tensión acumulada durante la conversación con Javi se viniera abajo, dando paso a un torrente de llanto que no podía controlar. Todo su cuerpo estaba temblando.

Hablar con el chico había sido muy duro para ella, puesto que el asunto era muy espinoso. Pero se alegraba muchísimo de haber tenido esa conversación sincera. Y, sobre todo, de que hubiera ocurrido así, de repente, sin esperarlo, de una manera improvisada. Resultaba obvio para Irati que en todo lo relativo a la violación que presenció en el bosque, una mano la había conducido por el camino que tenía que transitar, sin que ella se lo propusiera.

Aún permaneció mucho rato dentro del coche antes de arrancar de nuevo, camino a Ochagavía. Mientras conducía hacia su casa fue consciente de que ella y Javi estaban unidos por medio de un hilo invisible que los conectaba. Se alegró infinitamente de que el joven fuera una persona tan madura para su edad y supo, sin ninguna duda, que superaría esa tragedia personal por la que había tenido que pasar. «La Vida es para los fuertes —se dijo para sus adentros—, y Javi lo es. Sacará mucho partido de esta experiencia vital tan dolorosa».

Cuando aparcó el coche junto al puente de piedra y llegó a su casa, Ángela la esperaba con impaciencia. Al verla, Irati se abrazó a ella y, entre sollozos, le dijo: «Ya está, ya he hablado con él».

Capítulo XXVI

El bosque estaba precioso. Contemplándolo, uno se quedaba sin respiración ante tanta explosión de belleza. La primavera había otorgado una nueva vida a toda la naturaleza. El sol, situado en el cénit, se colaba entre los árboles tiñendo el paisaje con una radiante luminosidad. Carmiña y Fermín caminaban juntos por uno de los senderos de la selva de Irati. Él le mostraba a su madre los hermosos hayedos que poblaban aquella zona, los abedules, tejos y tilos. Mientras paseaban alcanzaron a ver un corzo correteando por allí. Pero lo que más llamaba la atención de Carmiña eran los distintos trinos de los pájaros que rompían aquel impresionante silencio. Vieron abundancia de setas y variadas flores de colores cubriendo como una alfombra el suelo de aquel majestuoso bosque.

Caminaban por el luminoso y soleado sendero hacia un salto de agua, cuando Fermín varió el rumbo y, cogiendo a su madre del brazo, le indicó que iba a llevarla a un lugar en la espesura del bosque. La mujer se dejó conducir por su hijo, hasta que de momento se frenó en seco. El paisaje había cambiado bruscamente. Apenas había luz y las plantas no transmitían belleza. Predominaba la oscuridad, como si a aquel lugar del bosque nunca llegasen los rayos del sol. Se podía oler una humedad rancia en el ambiente. Los pies de Carmiña se inundaron de agua y vio cómo una especie de reptiles, que no supo identificar, se enrollaban en sus tobillos, pretendiendo reptar por sus piernas hacia arriba. Ella no podía moverse y Fermín aparecía ahora ante sus ojos vestido con la sotana de cura.

—¿Dónde me has traído? —preguntó a su hijo con voz angustiada.

—Aquí, en la espesura del bosque, quería mostrarte el lugar donde ocurrió todo —respondió Fermín, con una sonrisa forzada.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó Carmiña a duras penas, con un hilillo de voz.

—Aquí es donde violé a aquel chico y ahora no puedo salir de esta oscuridad. ¡Tienes que ayudarme! —suplicó entre sollozos.

Carmiña despertó bruscamente de aquella pesadilla. Le faltaba el aliento. Se incorporó en la cama y empezó a jadear. Intentaba llamar a su hermano, pero la voz no le salía de la garganta. Después de unos momentos respirando con dificultad a bocanadas, consiguió emitir un quejido sombrío, elevando cada vez más el tono de voz, hasta convertirlo en un grito desgarrador de llanto y dolor.

Ramón, con el pijama puesto y descalzo, entró corriendo por la puerta del dormitorio de su hermana y se abalanzó sobre la cama, cogiéndola por los hombros.

—¡Respira, Carmiña, respira, tranquila, no ha sido nada! ¡Estoy aquí contigo, no pasa nada, tranquila!

Poco a poco el aire volvió a los pulmones de Carmiña, y con él regresó una respiración más acompasada. Aun así, su corazón cabalgaba como un potro salvaje en el interior de su pecho. Su rostro se contrajo en una mueca que reflejaba el profundo dolor que albergaba en su interior. Ramón la ayudó a levantarse de la cama y la acomodó en el sillón que había en el dormitorio. Ella no quiso abrigarse con la bata, sentía una inmensa ola de calor recorriendo todo su cuerpo. Cerró los ojos unos momentos, y pidió a Ramón que la dejase descansar un poco.

—Descansa todo lo que quieras —le dijo su hermano en un tono cariñoso, mientras acercaba una silla junto al sillón donde se sentaba Carmiña—. No pienso moverme de tu lado.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y, pasados unos minutos, se decidió a hablar:

—He soñado con Fermín...

—Solo ha sido un sueño —la interrumpió Ramón.

—¡No ha sido solo un sueño! Tienes que creerme, necesito que me creas —dijo Carmiña, subrayando con su tono de voz la última frase.

—¡Si te creo, claro que te creo! ¿Cómo no voy a creerte? Desde pequeño he comprobado que tus sueños son mucho más que

sueños, que son premonitorios o como narices se llamen. Que a ti te ofrecen una información que no nos dan a la mayoría de los mortales. Eso lo sé perfectamente —añadió—. Pero también sé que estás obsesionada con la muerte de Fermín y que te agarras a cualquier clavo ardiendo para encontrar una explicación. ¡Y a lo mejor no la tiene! ¡O nunca la sabremos!

—¡Sí la tiene, y yo sé cuál es! Me la ha dado él en el sueño.

Ramón se mesó los pocos cabellos que tenía junto a las sienes y suspiró profundamente, antes de preguntar con desgana:

—A ver, ¿qué te ha dicho?

—¡Si no quieres saberlo, o no lo vas a creer, no te lo digo! —respondió Carmiña con cierto malestar.

—¡Que sí, claro que quiero saberlo, y claro que te creo! —subrayó Ramón—. Ya te lo he dicho antes.

La anciana suspiró profundamente y con voz temblorosa dijo:

—Fermín se suicidó porque había violado a un chico en el bosque de Irati. Él mismo me ha llevado en el sueño al lugar donde ocurrió.

Ramón se quedó totalmente paralizado al escuchar a su hermana. No le salían las palabras, no sabía qué decir ante aquel disparate que acababa de oír. Cuando pudo reaccionar se levantó de un salto y, encarándose a Carmiña, la increpó:

—¿¡Pero qué estás diciendo, mujer, te has vuelto loca!? —gritó.

Con gran serenidad, Carmiña respondió en un tono cariñoso:

—Te estoy contando lo que pasó, el motivo por el que tu sobrino se suicidó. Esa es la verdad, nos guste o no. Y no, no me he vuelto loca. Al contrario, nunca en mi vida he estado tan cuerda y tan lúcida como en estos momentos. Y te confieso que, ahora que lo sé, siento una gran tranquilidad interior. Lástima que mi hijo no hablase conmigo de esto cuando vino por Navidad, yo le habría ayudado, y ahora estaría vivo. Eso sí lo lamento y me pesa por dentro. Entonces no pude, pero ahora que lo sé voy a ayudarlo. Ahora lo importante es salvar su alma, sacarle de la oscuridad.

Estas últimas palabras desconcertaron a Ramón aún más que todo lo que le había contado su hermana con anterioridad.

—¿Que vas a ayudarlo?... ¿Cómo vas a ayudarlo, si está muerto? —preguntó él muy alterado—. Ya no tiene remedio. Dios mío, esto

es una tragedia, pero ya no tiene remedio. ¡Ni tú ni yo podemos hacer nada que no sea rezar por su alma!

—¡Pues de eso se trata, Ramón, de su alma! En el sueño Fermín me ha conducido a un lugar tétrico del bosque, donde abusó del chico, y me ha pedido ayuda para salir de esa oscuridad. ¡Me ha pedido ayuda! ¿No lo entiendes? Su alma está ahí atrapada en la espesura de ese bosque sombrío y yo tengo que ayudarlo a salir, para que pueda volar libre hacia donde Dios quiera conducirla. ¿No entiendes? —preguntó a su hermano con tono de súplica.

Ramón pensó en esos momentos, que toda su experiencia en el sacerdocio, toda su vocación de servir a la Iglesia y toda su carrera hasta llegar a obispo auxiliar de la archidiócesis de Santiago de Compostela, no le servían para manejar esa situación que le estaba planteando la vida, ni para ayudar a su hermana. Él siempre había creído que las cosas eran sencillas, que los seres humanos eran buenos y malos a la vez, pero que gozaban del libre albedrío para decidir su forma de actuar y de estar en el mundo. Pero en esos momentos, ya no estaba tan seguro. Algo importante se le había escapado.

Sus firmes y sólidas creencias se tambaleaban. Por supuesto que seguía creyendo en Dios, no era una crisis de fe, pero su mundo conocido y seguro, parapetado tras los muros de su Iglesia, había empezado a desmoronarse. Nunca había querido creer que los sacerdotes pudieran abusar de niños o de monjas. Es cierto que podía haber algún caso aislado, cómo no, siempre hay alguna manzana podrida, pero nunca pensó que su sobrino, una persona culta, educada, con vocación sacerdotal temprana y de servicio a los demás fuera uno de esos abusadores. La sola sospecha de que eso fuera cierto lo sumía en una gran oscuridad.

Contempló a su hermana, totalmente destrozada, con el semblante impregnado de dolor. Sintió un enorme cariño y compasión por ella. Él sabía que bajo esa aparente fragilidad, y a pesar de sus 80 años, Carmiña era una mujer fuerte, y decidida a hacer lo que hiciera falta para ayudar al alma de su hijo. Y él la iba a acompañar en ese camino. No iba a dejarla sola. Suspirando

profundamente, volvió a sentarse en la silla que había colocado junto a ella, y le preguntó:

—¿Y qué crees que podemos hacer por el alma de Fermín?

Carmiña levantó la mirada hacia su hermano, y los ojos se le iluminaron, al tiempo que se llenaban de lágrimas:

—¿«Podemos»? ¿Entonces me crees?

—¡Claro que te creo, Carmiña! —respondió él—. En estos momentos Dios y tú sois las únicas certezas que me quedan. Te acompañaré en lo que sea que tengamos que hacer. ¿Acaso existe algo más importante en estos momentos que el alma de Fermín? Esta pandemia que estamos sufriendo me ha enseñado que solo lo esencial es importante. Como la familia. Todo lo demás es secundario. Así que, ¡tú dirás qué podemos hacer! Solo somos un par de viejos...

—¡No te preocupes, hermano, Dios nos mostrará el camino!

Capítulo XXVII

Irati se dirigía en su coche a casa de Mercedes. La abuela de Javi la había llamado esa mañana a su teléfono móvil para preguntarle si podría llevar a su nieto a su casa en Burguete. Según el chico, Irati se había ofrecido a trasladarlo a su domicilio para que pudiera coger unas cosas de allí, y hablar con su madre. «No sé qué prisas le han entrado —le dijo Mercedes—, ¿tú podrías llevarlo? Si no supone ninguna molestia para ti, claro». Irati respondió de inmediato que no era ninguna molestia y que estaría encantada de hacerlo. Solo habían transcurrido dos días desde que ella y Javi habían hablado en casa de su abuela. Y aunque Irati siempre supuso que el chico accedería a contar lo que le había pasado, se sorprendió de la rapidez con la que había tomado esa decisión.

Cuando se lo comunicó a Ángela, esta se puso muy nerviosa ante la perspectiva de poder hablar con Javi. Al fin y al cabo, ese era el motivo por el que estaba en Navarra. Ella misma reconoció que, efectivamente, investigar sobre el suicidio del padre Fermín y, después, encontrar al joven que el cura había violado, era el motivo inicial de su presencia en Ochagavía. Pero después de haber permanecido más de dos meses allí, conviviendo con Irati, no tuvo más remedio que reconocer que había perdido de vista ese objetivo que la llevó hasta Navarra, y que este se había desdibujado un poco. Y así se lo hizo saber a Irati.

—Escucha, Ángela —le dijo ella—, esta historia va sola, ya no la controlamos ni tú ni yo. Las circunstancias van apareciendo ante nuestros ojos, sin que dependan de nuestras acciones. A cada uno de nosotros, incluyendo a Javi, naturalmente, nos corresponde hacer un papel. Yo voy a hacer el mío, y tú tienes que hacer el tuyo: escribir y dar a conocer lo que hizo el padre Fermín. Sin cuestionarlo.

—Llevas razón. Es que ahora con esto de la pandemia, todo ha cambiado, todo es distinto.

—Es verdad, ya nada es igual. Pero que el padre Fermín violó a Javi, no ha cambiado —añadió Irati con convicción—. En cuanto a mi papel en esta historia, he pensado mucho desde que hablé con Javi. Y he decidido que, no solo vas a tener su testimonio, sino también el mío, puesto que fui testigo de la violación. Él es menor, pero yo soy mayor de edad y esta vez sí voy a dar la cara. Debí hacerlo cuando presencié aquella monstruosidad en el bosque. No pude entonces, me faltó valor, pero ahora sí estoy dispuesta.

Mientras conducía hacia casa de Mercedes no pudo evitar sonreír al recordar la cara que había puesto Ángela cuando le confesó que también tendría su declaración como testigo. Su amiga le dio las gracias varias veces. Pero Irati pensó que no las merecía, que le correspondía hacerlo. Sobre todo por Javi.

El muchacho estaba en la puerta de la casa junto a su abuela. Se acercaron al coche, y Javi subió al vehículo, después de ponerse la mascarilla. Mercedes le dio las gracias y le comentó a Irati que ya había avisado a su hija de que iban para su casa. Se despidieron, y ella arrancó el coche. Solo había cuatro kilómetros entre Espinal y Burguete, y eso suponía poco tiempo para que hablasen, antes de llegar allí. Fue Javi el que inició la conversación:

—He pensado mucho lo que me dijiste y he decidido decírselo a mi madre... pero quiero que tú estés delante. No sé cuál será su reacción. Al fin y al cabo tú fuiste testigo de lo que pasó. Después, hablaré con la periodista para que todo esto salga a la luz.

Irati se sintió muy orgullosa de Javi y le sonrió con cariño antes de decirle:

—No te preocupes, estamos juntos en esto. Yo estaré a tu lado y también declararé a Ángela lo que presencié, para confirmar lo que tú cuentes. No estás solo.

Javi asintió con la cabeza y le devolvió la sonrisa. No volvieron a hablar hasta que llegaron a casa del chico en Burguete.

Esperanza les abrió la puerta y besó a su hijo. Miró a Irati de arriba abajo, antes de preguntar a Javi:

—¿Qué haces aquí? La abuela me ha avisado de que te traían a casa a recoger algo ¿Tan urgente era —le dijo en tono de reproche — que no podías esperar dos días más a que os recogiera para volver a casa?

—Mamá, esta es Irati —dijo Javi, mientras pasaban al salón—; la abuela la conoce porque le ha llevado sus medicinas durante el confinamiento...

Esperanza fue a darle las gracias, pero Javi la interrumpió:

—Si he venido hoy, es porque tenía urgencia en hablar contigo, aprovechando que no están las mellizas. Siéntate, mamá —le ordenó, sin darle tiempo a rechistar.

Esperanza se sentó en el sofá, con cara de no entender nada, mientras Irati hacía lo mismo, en una silla un poco apartada de donde se encontraba la madre de Javi. El chico permaneció de pie y la madre preguntó:

—¿Qué pasa Javi?, me estás asustando, ¿has hecho algo malo?

—No, mamá, yo no he hecho nada malo... más bien me lo han hecho a mí.

Esperanza permaneció a la expectativa, y Javi miró a Irati, buscando su apoyo antes de continuar. Ella le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Esto es difícil de decir para mí, pero solo hay una forma de hacerlo, hablando sin tapujos.

Esperanza se quedó sorprendida por el lenguaje que utilizaba su hijo y lo vio por primera vez como un joven seguro de sí, que había dejado de ser el niño tímido e introvertido que ella creía.

—Mamá, el padre Fermín abusó de mí y me violó —dijo con calma.

Esperanza se levantó con ímpetu del sofá, se dirigió hacia el chico y le soltó una sonora bofetada, mientras le gritaba histérica:

—¡Mentiroso, eres un mentiroso, cómo levantas un bulo así a alguien que está muerto! ¡El padre Fermín era un santo!

Irati se interpuso entre la mujer y Javi y gritó a su vez.

—¡Señora, su hijo no miente, dice la verdad! Yo presencié cómo lo violaba en el bosque.

Esperanza volvió a sentarse en el sofá, tapándose la cara con las manos, sin poder dejar de llorar. Javi se acercó a ella, se sentó a su lado y trató de consolarla, hablándole con cariño:

—No te preocupes, mamá, verás como todo va a salir bien.

Cuando la mujer se pudo tranquilizar al fin, después de un buen rato, le preguntó a su hijo:

—¿Cuándo ocurrió algo así, cómo no me lo dijiste? Te hubiera alejado de ese monstruo... y pensar que yo estaba tan contenta porque se ocupase de ti. ¡Yo confiaba en él! —gritó—. ¿Cómo pudo engañarnos a todos y hacer algo así? ¡Si no estuviera muerto, te juro que lo mataría con mis propias manos!

Esperanza no cesaba de pedir perdón a su hijo, mientras ambos lloraban abrazados. Irati también estaba a punto de echarse a llorar, pero se contuvo, a pesar del nudo que tenía en la garganta. Se dio cuenta de que madre e hijo tenían mucho de lo que hablar, y de que ella ya no pintaba nada allí. Se levantó de la silla y, cuando se dirigía a la puerta, Javi le dijo:

—Muchas gracias por acompañarme, Irati. Seguiremos hablando.

—Cuando tú quieras, Javi —respondió aguantándose las lágrimas—, ya te he dicho que estamos juntos en esto.

Esperanza también le dio las gracias, y ambos la acompañaron hasta la puerta de la calle para despedirla. Mientras se metía en el coche para regresar a Ochagavía, oyó a Esperanza que le preguntaba a su hijo, mirando si tenía la cara roja por el bofetón:

—¿Te he hecho daño, Javi?

—No mamá, no me has hecho daño. Ya soy mayor, puedo aguantar una bofetada —respondió el chico con una sonrisa—. El daño me lo hizo el padre Fermín. Tú no puedes hacerme daño.

Antes de entrar de nuevo a su casa, Esperanza pensó que su Javi, su pequeño Javi, había madurado de un tirón y ya era un chico mayor.

Capítulo XXVIII

La cita para la entrevista se llevó a cabo en Burguete, en la casa familiar de Esperanza. Estaban presentes ella misma y su hijo Javi, además de Irati y Ángela. A Javi no le había costado demasiado convencer a su madre de que, para poder sobrellevar la terrible experiencia por la que había pasado, necesitaba contarle y quitarse ese peso de encima. Esperanza había accedido, un poco a regañadientes, siempre que no saliera en el periódico ni el nombre de su hijo, ni nada que pudiera identificarlo. Ángela les aseguró que no habría nombres, ni fotos, ni lugares, más allá del bosque de Irati donde ocurrió la violación y la parroquia en la que vivía el padre Fermín. Les dio su palabra de que los protegería, y ni siquiera desvelaría sus nombres al director de su periódico.

—¿Eso se puede hacer? —le preguntó Javi con interés.

—Claro que sí, cada periodista puede proteger sus fuentes, incluso ante un juez.

Irati les explicó, antes de empezar la entrevista, que su nombre sí aparecería, junto con su testimonio de lo que había presenciado en el bosque.

—No quiero contribuir a las prácticas de silencio que ha venido ejerciendo la Iglesia católica. Cuando abandoné el convento —añadió con convicción— dejé atrás mi voto de obediencia a la institución, y ya solo obedezco a mi propia conciencia, a mi voz interior. A mí no me importa que salga mi nombre, y tampoco si tengo que ratificar mi declaración ante algún juez.

Ángela les dijo a Esperanza y a Javi que iba a grabar toda la entrevista, y les pidió a ellos que hicieran lo mismo, para que también tuvieran una copia de todo lo que declarasen.

—¡Pero no tenemos ninguna grabadora! —se lamentó Esperanza.

—Con el móvil, mamá, puedes grabar con el móvil —le dijo Javi —. Anda trae, déjame, yo te digo cómo.

—¡Ah! ¿Y cómo sabes tú eso? —se extrañó Esperanza.

Sus palabras fueron acogidas con la risa nerviosa de todos los presentes, excepto de la mujer, que los miraba desconcertada preguntándose qué había dicho que resultaba tan gracioso. Ángela era consciente de que aquella risa escondía en realidad la incomodidad del momento que se iba a producir con el relato de Javi. Era una forma de protegerse ante una experiencia tan terrible. Una vez que todos se acomodaron en los sillones y el sofá del salón, y las grabadoras estuvieron en marcha, Ángela le pidió a Javi que iniciase su relato, preguntándole cuándo empezaron los abusos por parte del padre Fermín. El chico tragó saliva y, visiblemente nervioso, respondió:

—Me da vergüenza contarlo, pero lo haré. Fueron después de la muerte de mi padre. Lo conocí durante la catequesis de la parroquia, cuando iba a prepararme para la primera comunión. Enseguida me di cuenta de que me trataba de una forma distinta que a los demás. Él sabía que mi padre había muerto, y un día me dijo que quería acompañarme a casa para conocer a mi madre y a mis hermanas. La iglesia de san Nicolás de Bari está ahí al lado, y yo solía ir y venir solo. Pero ese día me acompañó.

Ángela miró a Esperanza para que ratificase las palabras de su hijo y le preguntó si recordaba en qué fecha sería eso.

—No recuerdo bien la fecha, sería hace un par de años, más o menos, antes de la primera comunión de Javi... ¿Qué fue, en el 2018? Sí, creo que sí —se respondió a sí misma—. A ver, Emilio murió el 1 de mayo de 2017 y Javi hizo la comunión al año siguiente. Es posible que conociéramos al padre Fermín en el otoño de ese mismo año.

—Vale, continúa —le pidió Ángela a Esperanza.

—Lo que está claro es que, a partir del día en que vino a conocerme el padre Fermín, sus visitas se hicieron cada vez más frecuentes. Prácticamente lo considerábamos de la familia...

—¡Tú lo adorabas, mamá! —la interrumpió Javi.

—¿Adorarlo? —preguntó ella inquieta—. Bueno, no sé si era adoración lo que sentía. Más bien diría que era agradecimiento. Económicamente no teníamos problemas, el accidente de tráfico en el que murió Emilio, fue considerado como un accidente laboral y la empresa para la que trabajaba se avino a pagar una generosa indemnización, ante la posibilidad de que hubiera una demanda. También sus compañeros se volcaron, me buscaron un empleo en el hotel rural en el que todavía trabajo y no nos faltaba de nada... ¡Pero nos faltaba todo! ¡A los niños su padre, y a mí, mi marido! Teníamos mucha necesidad de consuelo, el mundo se nos había venido abajo, y el padre Fermín cuidaba de nosotros... O eso era lo que yo creía —añadió a punto de echarse a llorar.

—¿Te fiabas del padre Fermín? —preguntó Ángela.

—¡Totalmente! —respondió con rapidez Esperanza—. Hubiera sido la última persona del mundo de la que yo hubiera podido sospechar que nos haría ningún daño. Se mostraba, además, como un hombre encantador que tenía siempre la palabra justa de consuelo que tú necesitabas escuchar.

—¿Y tú, Javi, te fiabas del padre Fermín cuando lo conociste?

—No, nunca me fie de él. Me parecía demasiado amable, como si tuviera un comportamiento forzado, que no era sincero. Eso cuando lo conocí... Después, cuando empezó a abusar de mí, sentí un profundo odio hacia él. Me preguntaba por qué se había tenido que morir mi padre, que era un hombre bueno, mientras el padre Fermín estaba vivo. Sentí muchas cosas —añadió mirando a las tres mujeres—, y ninguna buena. No lo entendía. Además de todo, también tuve mucho miedo. Nunca antes había sentido esa clase de miedo... No sé explicarlo muy bien. Ya no me sentía seguro en este mundo. Cualquier día podía pasar cualquier cosa.

Esperanza interrumpió el relato de su hijo, echándose a llorar. Ángela apagó su grabadora, y les dijo que pararían unos minutos para darle tiempo a tranquilizarse un poco. La mujer se levantó y fue al baño. Los demás permanecieron en silencio, cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Al cabo de unos minutos Esperanza regresó al salón, pidió disculpas y le dijo a Ángela que podían continuar. Ella conectó de nuevo la grabadora y le preguntó a Javi:

—¿Recuerdas cuando se produjo el primer abuso?

—Sí, claro que lo recuerdo; aunque no sé exactamente qué día era. Fue en su habitación.

—¿En la habitación que tenía en la iglesia de san Miguel?

—Sí, sí, ahí era donde vivía. Algunas veces se las ingeniaba para que yo pasase la noche con él... con el permiso de mi madre —añadió mirando a Esperanza, aunque no utilizó un tono de reproche.

Ángela también la miró, invitándola a hablar con un gesto de la cabeza.

—Sí, sí, Javi pasaba algunas noches con él. Sobre todo cuando al día siguiente iban a ir a hacer senderismo al bosque de Irati, con otros chavales de la asociación juvenil de la que se encargaba el padre Fermín. Hacían muchas actividades. Los chicos eran del valle y también de otros pueblos y, entre otras cosas, recaudaban dinero para restaurar la ermita de san Miguel, que está en ruinas... Y yo estaba muy agradecida de que Javi pudiera estar en contacto con otros chicos y saliera de ese retraimiento y mutismo que tenía desde que había muerto su padre —dijo entre sollozos.

—Continúa, Javi —le pidió Ángela.

—La habitación donde vivía era muy pequeña. Siempre estaba muy desordenada, con libros arrinconados por el suelo. Tenía una cama, que me cedía a mí, mientras él utilizaba una colchoneta y un saco de dormir en el suelo. La primera noche, mientras yo dormía, se metió en mi cama con la excusa de que tenía frío. Yo me acojoné al escuchar su respiración entrecortada. Intenté levantarme, pero él me abrazó con fuerza. No podía moverme. Empezó a acariciarme el pelo y a darme besos en el cuello. Después siguió tocándome el culo y los genitales. Yo quería gritar, pero no me salía la voz... estaba aterrorizado. Acabó colocándose encima de mí, restregándose contra mi pene —relató Javi con angustia en la voz—. Al cabo de un rato eyaculó sobre mi cuerpo, en medio de jadeos. Después se fue a su saco de dormir, sin decir ni una palabra. Yo no me atrevía a moverme ni a llorar. Me quedé inmóvil el resto de la noche, con los ojos cerrados pero sin dormirme, vigilando.

—¡Basta! —gritó Esperanza—. ¡Basta, no puedo escuchar esto!
—dijo antes de levantarse y salir corriendo hacia su dormitorio,

cerrando la puerta de un portazo.

—Vamos a darle unos momentos —señaló Ángela, apagando la grabadora—, esto es muy duro para ella. A pesar de eso, debería estar presente durante toda la declaración de Javi —dijo mirando a Irati.

—No te preocupes, estará. Dentro de un rato iré a hablar con ella —dijo Irati.

Y así lo hizo. Pasados unos minutos se levantó y llamó a la puerta del cuarto de Esperanza, preguntándole si podía pasar. Como no obtuvo respuesta, la abrió con lentitud y pasó al dormitorio. La madre de Javi estaba tendida en su cama, llorando con gran desconsuelo. Irati se sentó a su lado y empezó a hablarle muy suavemente:

—No llores mujer... sé que esto es muy duro para ti.

—No, no lo sabes —le respondió ella, incorporándose—; tú no tienes hijos y tampoco tienes la culpa de habérselo puesto en bandeja a un cura pederasta.

—¡Tampoco es culpa tuya, Esperanza! No te tortures de esa manera. Tú eres tan víctima del padre Fermín como lo es tu hijo. Os engañó a ambos.

—¡Yo debería haberme dado cuenta! —dijo entre sollozos.

—No, no te castigues con eso. A veces no nos damos cuenta de la realidad, o no queremos verla, porque es más fácil no hacerlo. A veces no tenemos fuerzas para enfrentarnos a ella... También yo podría haberme dado cuenta de muchas cosas durante los años en que permanecí en el convento. Pero no lo hice. Solo hacemos las cosas cuando tenemos fuerzas para hacerlas y estamos preparados, no antes.

—Yo aún no tengo fuerzas para enfrentarme a esto —dijo más serena.

—Sí, sí las tienes. Si algo he aprendido de la vida es que no nos da nada con lo que no podemos lidiar, por muy terrible que sea. Tú antes no podías, pero ahora sí. Y debes hacerlo.

Esperanza se sentó en la cama y le dijo a Irati:

—Pero ahora ya no tiene mucho sentido que todo esto se haga público. El hecho de que el padre Fermín se suicidara, lo cambia

todo.

—Para él sí, es evidente, pero no para Javi. ¿Sabes por qué debes volver ahora al salón y escuchar a tu hijo?

—¿Por qué, si el monstruo ya ha muerto, y ya ha recibido su castigo?

— ¡Por Javi! ¡Todo debes hacerlo por Javi! Para que vea que ahora sí estás a su lado, aunque en otros momentos no hayas podido estar. El padre Fermín se ha ido, pero tu hijo sigue aquí, cargando él solo con unas terribles experiencias que le pueden marcar para toda su vida. ¡Acompáñale en su dolor para que pueda liberarse de él! No lo dejes solo, por favor —le pidió Irati con voz entrecortada sin poder esconder su emoción.

Las palabras que escuchó calaron profundamente en el interior de Esperanza. Empezó a llorar de nuevo, pero ahora su llanto ya no era el llanto de una víctima. Era el llanto liberador de una mujer con la fortaleza suficiente para acompañar a su hijo y ayudarle a salir de esta experiencia tan traumática. Pasados unos minutos, se levantó de la cama, se dirigió al baño, se lavó la cara y, tras mirarse fijamente al espejo, salió de nuevo y volvió con Irati al salón, donde las estaban esperando Ángela y Javi. Éste miró a su madre, y le dedicó una sonrisa. Esperanza se sentó a su lado en el sofá, y le pasó un brazo por los hombros, estrechándole y diciendo con un tono contundente:

—Cuando queráis, estoy lista.

Javi continuó relatando cómo el padre Fermín abusaba de él cada vez que podía. En cuanto tenía oportunidad de quedarse a solas, aunque estuvieran en medio de actividades en grupo con otros chicos.

—Un día me advirtió que si se lo contaba a alguien, sería mi palabra contra la suya. Y que sería a él al que iban a creer, sin ninguna duda. También me dijo que se encargaría de que me separasen de mi madre y mis hermanas, y me internasen en algún centro para chicos con problemas. «Y allí no seré yo quien te acaricie —me amenazó—. Otros chicos podrían hacerte lo que quisieran. En esos centros es muy corriente que eso pase».

Javi respiró profundamente y continuó con su relato, recordando muchas ocasiones similares a la que ya había contado, en la habitación donde vivía el padre Fermín. O incluso dentro de la tienda de campaña del cura, durante alguna excursión.

—¿Cuánto tiempo duraron los abusos y cómo te sentías? —preguntó Ángela.

—No sé, un par de años, diría yo... ¿Que cómo me sentía? Me sentía muerto, anulado por completo, sin ninguna razón para vivir. El mundo tal y como lo había conocido hasta ese momento, ya no existía. Sólo veía oscuridad... ¡Hasta que el padre Fermín se suicidó! —afirmó con un tono menos sombrío—. Entonces respiré. Ya nunca más podía hacerme daño. Pensé que Dios, ese Dios que había permanecido oculto tanto tiempo, había vuelto para echarme una mano... ¡Y así ha sido! —afirmó con una leve sonrisa dirigida a su madre, que hacía esfuerzos por mantener el tipo y no llorar. Ambos se abrazaron y Esperanza afirmó emocionada:

—No, ya no puede hacerte daño. Y vamos a salir adelante.

Ángela les dejó unos momentos y volvió a preguntar a Javi.

—¿Te había violado antes de que Irati os descubriera en el bosque?

—No, esa fue la primera vez... y la última. Durante todo el tiempo que duraron los abusos se limitó a tocarme, besarme, ponerse encima de mí. Nunca me pidió que me desnudara; aunque sí metía la mano por debajo de mis pantalones.

—¿Qué pasó el día de la violación?

—Lo de siempre. Consiguió que pasase la noche en su casa, con la excusa de que, muy temprano, iríamos al bosque de Irati para hacer senderismo. Esa noche no me tocó, permaneció en su saco de dormir; aunque yo no pude pegar ojo, aterrorizado como siempre. Cuando todavía era de noche me despertó para trasladarnos al bosque. Yo pensé que nos encontraríamos a la entrada con otros chicos, pero no había nadie. Ni siquiera estaban aún en el control que hay a la entrada. Dejamos el coche y nos adentramos andando por un sendero. Caminábamos en silencio. Yo estaba acojonado. En algún momento, no sé por qué, pensé que me iba a matar... En cierto modo lo hizo —señaló con ironía—. Más adelante dejamos el

sendero y nos adentramos en la parte más oscura del bosque. Entonces se paró y me dijo que me había llevado allí para realizar una ceremonia sagrada.

—¿Eso te dijo? —preguntó Irati meneando la cabeza con incredulidad.

—Sí. Dijo que me iba a iniciar en el sexo porque ya tenía edad para ello. Y que no debía preocuparme por lo que iba a pasar, porque no era nada pecaminoso, sino un acto sagrado que me haría cruzar el umbral desde la niñez, a convertirme en un hombre. Añadió que así lo hacían muchas tribus en el pasado con sus adolescentes. ¡Yo estaba aterrorizado!

—Continúa, por favor —le pidió Ángela.

—Seguimos un rato más hasta que llegamos al lugar donde había mucha espesura de arbustos y poca luz. Entonces me dijo que me bajara los pantalones y los calzoncillos. Me puso de cara a un árbol y empezó a acariciarme por detrás. Noté cómo se abultaba su pene, que restregaba fuertemente contra mí. Yo me abrazaba al árbol como se debe agarrar un náufrago a su tabla de salvación. Me hacía daño en la cara al tenerla pegada a la corteza. En un momento determinado noté cómo intentaba meter su pene por mi ano. Sentí muchísimo dolor, apreté los dientes y los ojos, pero no lloré. Solo recuerdo que recé en silencio, pidiendo: «Dios mío, que dure poco».

Javi se interrumpió un momento. En su cara podía verse un gesto de dolor. Ángela le dejó que se recuperara. Al cabo de un rato, algo más sereno, continuó:

—Y duró poco... aunque a mí se me hizo muy largo. Cuando terminó de eyacular, sacó de su mochila un paquete de pañuelos de papel, se limpió, y me dio a mí unos pocos para que me limpiara. Cuando lo hice, vi que tenía sangre. Pero lo más terrible era el dolor. En silencio, me subí los calzoncillos y los pantalones. Él hizo lo mismo, se puso su mochila a la espalda, y me indicó que ya habíamos terminado. Que ya había dejado de ser un niño, para convertirme en un hombre. Me echó el brazo por los hombros y empezamos a caminar para salir del bosque. Yo casi no podía andar, pero no me quejé. Lo único que quería era alejarme de allí y de él lo antes posible, para que no lo volviera a repetir.

La tensión del relato los había afectado a los cuatro. Ángela preguntó a Irati si dejaban para otro momento su testimonio. Pero ella se negó:

—No, quiero hacerlo ahora. Quiero contar cómo vi al padre Fermín violándote en el bosque —dijo, dirigiéndose a Javi—. Te lo debo a ti y a todos los chicos y también monjas, que han sufrido abusos por parte de curas, sin que la Iglesia católica, no solo no haya hecho nada para evitarlo, sino que se haya dedicado a ocultarlo y negarlo durante tantos años.

Sin que Ángela tuviera necesidad de preguntarle nada, Irati relató, muy emocionada, todos los pormenores de la violación que había presenciado. Tampoco obvió cómo se sintió en esos momentos, su incapacidad de reaccionar, de gritar, de evitarlo. Y cómo la culpa por no denunciarlo en un juzgado se había apoderado de ella después de mantener en silencio lo que había presenciado. Contó también su encuentro con el padre Fermín, unos días después en el Museo de Estelas en el que trabaja, y relató lo único que se había atrevido a decirle: «¿Qué has hecho, Fermín, qué has hecho?»

Irati acabó su relato pidiendo perdón a Javi y a Esperanza, por haber permanecido callada después de presenciar la violación. Y expresó su deseo de que ahora sus palabras pudieran aliviarla de su culpa. Cuando terminó de hablar, Javi se acercó a ella y la abrazó. Ambos lloraron juntos durante un buen rato, en un llanto liberador.

Capítulo XXIX

Ángela puso punto final a la entrevista-reportaje que había escrito sobre los abusos y violación del padre Fermín al joven Francisco Javier Martínez Ruiz. Cerró su ordenador portátil. Se puso de pie, estiró los brazos y miró por la ventana. Estaba amaneciendo el día 22 de mayo en Ochagavía. A pesar de que había escrito durante toda la noche, no tenía sueño ni se encontraba cansada. Al revés, sentía cierta excitación y, por qué no reconocerlo, también cierta satisfacción interior. Al fin y al cabo había concluido el trabajo de investigación que la había llevado a Navarra el pasado 8 de marzo. Un pensamiento la asaltó: «Dios mío —se dijo—, llevo dos meses y medio viviendo aquí con Irati, y no tengo ningunas ganas de regresar a Santiago y mucho menos al periódico».

Sin hacer ruido para no despertar a su amiga se preparó un café con leche en la pequeña cocina del apartamento. Necesitaba tomar algo caliente que le entonase el cuerpo. Cuando terminaron de cenar la noche anterior, al volver de Burguete, Ángela decidió que no quería esperar para escribir la entrevista con Javi. Prefería hacerlo en caliente, cuando todavía registraba en su mente, no solo las palabras del chico, su madre e Irati, que podía encontrarlas en la grabadora, sino también las intensas emociones de todos ellos, que había presenciado y que quería reflejar en su escritura. Por eso se puso a la faena en cuanto Irati se marchó a la cama. Ahora se alegraba mucho de haber escrito esa misma noche y estaba satisfecha con su trabajo.

Mientras Ángela miraba tras los cristales del balcón las primeras luces del día, apareció en el salón Irati, con el pijama y un forro polar de color naranja por encima. Aun con cara de sueño le dedicó una cálida sonrisa a su amiga y le preguntó:

—¿Ya has terminado?

— Sí —respondió Ángela—, he terminado hace un rato.

—¿Has estado escribiendo toda la noche? —se asombró Irati.

—Sí, no podía parar. Una especie de fiebre se ha apoderado de mí, y lo he escrito prácticamente de un tirón.

—¡Un tirón de varias horas! —exclamó Irati.

—Sí, he tenido que consultar con la grabadora cuando quería recoger frases textuales, claro. Pero la escritura ha surgido con fluidez... No sé cómo explicártelo, era como si todo esto ya estuviera escrito, y a mí solo me correspondiera plasmarlo en el ordenador. Eso sí, ha sido muy intenso —continuó Ángela—, ha habido momentos en los que el llanto me impedía ver las letras del teclado... Creo que es un buen trabajo —concluyó con una sonrisa.

—¿Me dejarás leerlo? —preguntó Irati.

—Claro que sí. No solo a ti, también a Javi y a Esperanza.

Irati palmoteó con sus manos y rio como si fuera una niña a punto de recibir un premio.

—Anoche, cuando salíamos de casa de Javi, este me preguntó en voz baja si le iba a permitir leer lo que escribiera antes de publicarlo. Le respondí que no era lo que suelo hacer, pero que en este caso me sentía obligada a que los tres deis el visto bueno, antes de enviarlo al periódico.

—¿Y yo cuando puedo leerlo? —dijo Irati.

—Ahora mismo si quieres. Te dejo el ordenador preparado, y puedes leerlo mientras yo me ducho ¿vale? Después quiero ir a Burguete, para enseñárselo a Esperanza y a Javi.

Ángela preparó el ordenador para que Irati leyera lo que había escrito, y se metió en el baño. Prefería no estar delante durante la lectura de su amiga, por cierto pudor personal, y también para que lo pudiera leer en soledad. Era consciente de que, si ella había llorado al escribir determinadas partes, sería más fácil todavía para Irati, como persona directamente implicada y afectada, que se desbordaran sus emociones. Por eso se recreó en la ducha y en su aseo personal, para darle tiempo a que completase la lectura.

Cuando Ángela se acercó al salón, Irati acababa de terminar de leer, y lloraba con gran desconsuelo. Al ver que llegaba su amiga, se levantó y la abrazó. Así permanecieron las dos un buen rato,

llorando en silencio. Cuando ambas se tranquilizaron, se sentaron en el sofá e Irati dijo:

—¡Uf, llevabas razón, es muy intenso! Creo que has hecho un gran trabajo. Nos has tratado a todos con cariño, con empatía, poniéndote en nuestro lugar. Ni siquiera has cargado las tintas contra el padre Fermín, cuyo comportamiento fue tan monstruoso. ¡Estoy muy orgullosa de ti! —añadió, dedicándole una sonrisa.

—Gracias, Irati, te agradezco mucho tus palabras y todo lo que has hecho por mí, desde acogerme en tu casa hasta ayudarme a encontrar a Javi y hablar con su madre para que accediera a la entrevista. Sin tu ayuda, este trabajo no hubiera sido posible. Deberíamos firmarlo las dos —añadió Ángela riéndose para rebajar la emoción del momento.

—¡De eso nada! Aquí la escritora eres tú y todo el mérito es tuyo... además, mi nombre ya sale en el reportaje, el nombre completo que me pusieron mis padres, María de la Encarnación, y también los apellidos que me dieron.

Al nombrar a sus padres, a Irati se le llenaron los ojos de lágrimas:

—¿Sabes? —le dijo a Ángela— Creo que si vivieran estarían orgullosos de mí al leer lo que has escrito. Desde que murieron por el coronavirus les he echado mucho de menos. Aunque vivíamos separados, manteníamos largas conversaciones telefónicas todas las semanas y nos sentíamos muy cercanos. Eso no ha cambiado. Ya no están en este mundo pero yo los siento muy cerca. Sin embargo hoy, me gustaría que estuvieran vivos y pudieran leer tu reportaje.

Era la primera vez desde que volvieron de Logroño, de enterrar a sus padres, que Irati verbalizaba lo mucho que los echaba de menos. Ángela sabía con certeza que era así, pero nunca se atrevía a preguntarle por considerar que esos sentimientos formaban parte de la intimidad de su amiga. Las dos permanecieron un buen rato en silencio, enfrascadas en sus propios pensamientos. Hasta que Irati preguntó:

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora, como te he dicho, le llevaré lo que he escrito a Javi y a su madre para que lo lean. Y después llamaré a mi director para comunicarle que ya he terminado mi trabajo.

—Ya, a eso me refería —dijo Irati—. ¿Qué vas a hacer ahora, volverás a Santiago?

Ángela se quedó en silencio tras escuchar la pregunta que le hacía Irati, y que ella no había querido hacerse: ¿Y ahora qué? Suspiró profundamente antes de responder:

—Volver tengo que volver sin remedio. Pero te confieso que no tengo ningunas ganas de hacerlo. Estos dos meses y medio que he pasado aquí, han cambiado mi visión del mundo, y no solo por la pandemia, que también. Yo ya no soy la misma, Irati —dijo mirándola a los ojos—, pero aún no he tomado ninguna decisión sobre mi futuro inmediato. Sé que no lo haré hasta que no vuelva a Santiago y a mi periódico. Tampoco creo que se puedan hacer planes a largo plazo. Así que, de momento, mi intención es regresar a mi casa, a mi trabajo y a mi ciudad, cuanto antes... porque como lo piense mucho, no vuelvo.

Ambas se abrazaron y sonrieron con tristeza.

—Vamos a dejar que la vida nos conduzca, ¿te parece? —sugirió Ángela, mientras Irati hacía un movimiento afirmativo con la cabeza, antes de decir:

—Sí, vamos a confiar en la vida. Ella nunca se equivoca.

Capítulo XXX

Ángela emprendió el viaje de vuelta a Santiago de Compostela. El día anterior había hablado con Roi, y le había dicho que su trabajo en Navarra había finalizado, y que pensaba regresar a casa. Le dijo también que el reportaje ya estaba escrito, pero que se lo entregaría cuando llegase al periódico, pues ella misma lo quería maquetar, y hablar con él si se publicaba en una sola entrega, o en dos. Roi accedió a todo lo que le proponía Ángela, y le dijo que estaba deseando leerlo.

Era el día 25 de mayo, las medidas de confinamiento se habían relajado desde un par de semanas atrás. Se podía tomar una caña en las terrazas, los comercios habían vuelto a abrir sus puertas, aunque con medidas de distanciamiento evitando las aglomeraciones. La gente intentaba retomar la vida que llevaba antes del coronavirus, cosa que para Ángela no tenía mucho sentido después de todo lo vivido y padecido. Para ella volver a lo de antes ya no era posible. Su forma de ver el mundo había cambiado y también la manera en que se veía a sí misma y a los demás. Todo le parecía irreal, como si se tratase de un sueño de esos en los que te das cuenta de que estás soñando. Así se sentía ella, como parte de un mundo onírico que contemplaba con distanciamiento.

El viaje de vuelta a su casa se le hizo muy largo y pesado. En las paradas para echar gasolina, descansar y comer algo, reflexionó sobre la reacción que habían tenido Javi y su madre cuando les había llevado el reportaje para que lo leyeran en su portátil. Ella los había dejado solos, para que pudieran leerlo sin su presencia. Cuando volvió a recoger su ordenador, Javi le abrió la puerta y la abrazó:

—Muchas gracias —dijo el chico—, me ha gustado mucho lo que has escrito; aunque me ha resultado muy duro leerlo.

Ángela le sonrió, emocionada, y le dio las gracias a él por su colaboración y por lo valiente que había sido al contar su historia. En el salón la esperaba Esperanza, que también le agradeció su reportaje y, sobre todo, que no se pudiera reconocer en él ni el nombre de su hijo ni el suyo, tal y como habían acordado de antemano.

Mientras ella recogía su ordenador y se despedía de ellos. Javi le comentó:

—¿Sabes qué? Cuando sea mayor quiero ser periodista.

Por alguna extraña razón las palabras de Javi calaron muy profundamente en su interior. Sobre todo cuando él continuó diciendo:

—Lo he decidido al leer lo que has escrito. Seré periodista. ¡Pero no como esos que salen todo el rato en la tele opinando sobre cualquier cosa sin tener ni idea! No, no, de esos no. Yo quiero ser un periodista como tú, que desenmascara las mentiras para que se conozcan las verdades.

—Sí, sí, me lo ha dicho a mí mientras leíamos tu reportaje —añadió Esperanza con una sonrisa, mientras alborotaba el cabello rubio y rizado de su hijo.

Esta vez fue Ángela la que se arrojó a sus brazos, sin poder contener las lágrimas de la emoción. Las palabras de Javi le habían recordado a ella misma cuando empezó a ejercer el periodismo. Ya en la puerta de la casa, Javi le preguntó:

—¿Vas a volver?

—Por supuesto que sí, seguro que volveré algún día.

—El 26 de junio es mi cumpleaños. ¡Estás invitada! ¿Vendrás? —le preguntó Javi.

—Por nada del mundo me lo perdería —le respondió Ángela.

Cuando iba a subir a su coche, Javi la alcanzó y le dijo:

—Se me había olvidado contarte una cosa... Cuando estábamos en el bosque y el padre Fermín sacó un paquete de pañuelos para que nos limpiásemos, el mío tenía sangre y lo tiré al suelo. Entonces él lo cogió, con sumo cuidado, y lo metió en una bolsa, junto con los que él mismo había utilizado. En ese momento me reprendió y me

dijo que no debía tirarlo al suelo porque ensuciaba el bosque y había que cuidar el medio ambiente.

Ángela se quedó como pasmada, sin saber qué decir. Al verle la cara, Javi le comentó:

—No sé si es importante. A mí me ha parecido que es un buen detalle para añadirlo a tu reportaje.

—¡Ya lo creo que lo es! Es muy buen detalle. No dudes de que lo incluiré. ¡Vas a ser un buen periodista! —concluyó con una sonrisa.

Javi puso cara de satisfacción y él y su madre le dijeron adiós con la mano, mientras Ángela se alejaba en su coche.

Llegó casi de noche a Santiago de Compostela. Dejó el coche en un aparcamiento de la plaza de Galicia, que estaba junto a su periódico. Sacó su maleta y su mochila y se dirigió a su casa en la calle Hórreo. Cuando llegó a su piso, no pudo evitar el llanto. También ese lugar, donde había vivido durante tantos años, le pareció irreal. Subió las persianas de toda la casa y abrió las ventanas para que se ventilara. Miró dentro del frigorífico, aun a sabiendas de que no iba a encontrar nada para comer. Solo algún zumo y un brick de batido de chocolate. Se sentó en el sofá y se lo tomó lentamente. Estaba cansadísima, no podía pensar en nada. En su interior repetía la misma frase: «Bueno, pues ya estamos aquí otra vez». Sin deshacer la maleta se metió en la cama y se quedó dormida enseguida, de puro agotamiento.

Se despertó muy temprano, cosa nada habitual en ella. Estaba helada. Había amanecido y entraba aire fresco por la ventana que, la noche anterior, se había dejado abierta. Saltó de la cama, se duchó, se vistió y, con la mochila que contenía su ordenador portátil se dirigió hacia su periódico: *Galicia al día*. Eso sí, antes de salir de su casa, escribió en su reportaje lo que le había contado Javi sobre conservar el medio ambiente. Era un buen detalle, se dijo para sí misma.

La chica que estaba en la recepción del periódico sonrió cuando la vio llegar. Era la misma que había cuando ella se había marchado a Navarra. Ángela hizo un saludo con la cabeza y le devolvió la sonrisa. Cuando llegó a la redacción la encontró cambiada. Las mesas con los ordenadores no estaban apiladas, como antes,

sino que mantenían una prudente distancia. Se dirigió a su mesa, pero estaba ocupada por otro compañero. Miró a su alrededor buscando a Lúa, pero no la encontró. Cuando iba a preguntar por ella la joven la llamó desde la otra punta de la redacción, y se dirigió hacia donde estaba Ángela. Esta la recibió con una cálida sonrisa, pero sin besos ni abrazos.

—¡Madre mía, Ángela, cuánto tiempo sin verte, qué alegría! Si tardas un poco más en volver, ya no estoy aquí para recibirte.

—¿Qué dices, es que ha pasado algo que yo no sé? —preguntó Ángela, intrigada.

—Sí, lo que ha pasado es que nos van a despedir a casi todos los que tenemos contratos temporales, que cumplen el mes que viene.

—¿Y tú estás entre ellos? —preguntó apenada.

—Pues sí. Pero no te preocupes, ya te dije que no iba a pasar de ser una simple becaria, y que no tenía vocación periodística.

—¿Podemos hablar en algún sitio más tranquilas? —le preguntó Ángela.

Lúa y ella se metieron en una sala, donde se hacían las entrevistas, y hablaron durante largo rato. Tenían muchas cosas que contarse, pues en los últimos tiempos se habían ido distanciando las conversaciones telefónicas que mantuvieron al principio de marcharse Ángela. Esta le puso al corriente de todos los detalles de la investigación que había llevado a cabo en Navarra, y le informó de que entregaría su trabajo a Roi esa misma mañana.

—¿Y crees que lo va a publicar? —preguntó Lúa abriendo mucho sus ojos oscuros—. Porque, según me cuentas, el reportaje es fuertecito.

Ángela suspiró antes de decir:

—Bueno, espero que sí. Espero que prevalezca su defensa de la verdad, por encima de las presiones que, sin duda, recibirá para no publicarlo.

—¡Pues eso es mucho esperar! —dijo Lúa, incrédula, mientras se echaba para atrás su larga y lisa melena morena.

—Si aquí no quieren publicarlo, me iré a otro periódico.

—¡Pero eso supondría que te pueden despedir!

—¡Lúa, falta poco para que me jubile! Te aseguro que en estos momentos me importa un bledo que me despidan.

—¡Esta es mi niña! —gritó alborozada Lúa—. Además, así tendremos más tiempo para tomar algo cuando empiece en mi nuevo curro.

—¿Nuevo curro, pero ya tienes un nuevo trabajo? —preguntó Ángela, sin poder evitar la risa—. ¡No pierdes el tiempo!

—¿Te acuerdas del bar donde estuvimos, el del ataúd?

—¡Como para olvidarme! —afirmó Ángela, meneando la cabeza como si se marease.

—¡Pues allí es donde voy a trabajar!

—¿De camarera?

—No, no; yo soy muy patosa, seguro que se me caerían las copas de la bandeja. Allí me van a ceder una parte del local para que instale mi propio negocio.

—¿Qué es? —preguntó Ángela.

—¡Una peluquería! Esa es mi verdadera vocación, Ángela, ejercer de peluquera. Lo descubrí durante el confinamiento. Como las pelus estaban cerradas, yo le cortaba el pelo a mis amistades, les daba el tinte y todas esas cosas. ¡Me saqué más dinero que con mi trabajo de becaria en el periódico!

—Sí, me lo creo —dijo Ángela— ¿Y vas a poner una peluquería? —preguntó incrédula.

—Sí señora. Pero no será una peluquería cualquiera. Será una «Peluquería creativa»... así se va a llamar —dijo Lúa con un gesto de satisfacción.

—¡Ah, vale! —afirmó Ángela, por decir algo, aunque en realidad se había quedado tan sorprendida que no sabía qué decir.

—¡Por cierto, llevas unos pelos horrorosos y antiguos! —afirmó Lúa, mientras miraba descaradamente la trenza de su amiga—. ¡Tendré que hacerte un corte creativo!

Capítulo XXXI

Roi había esperado a llegar a su casa. Allí se acomodó en el salón con el ordenador portátil en el regazo. Se había preparado un whisky y, aprovechando que su familia se había ido a la cama, se disponía a leer el reportaje que Ángela le había entregado por la mañana en un pendrive. Ella le había advertido que, si no estaba dispuesto a publicarlo, se iría con él a otro periódico. Roi se había sentido molesto por lo que consideró una amenaza, pero no se le escapaba que publicarlo le iba a traer algún dolor de cabeza. «Bueno, vamos a ver si merece la pena ese dolor de cabeza o no la merece» —se dijo al abrir el documento.

Cuando terminó de leerlo exclamó en voz alta: «¡Joder, es muy bueno. La cabrona esta ha hecho un buen trabajo!» No tuvo más remedio que reconocer que se había leído todo de un tirón. Parecía más una novela que un reportaje periodístico. La historia lo había atrapado desde la primera línea. Literalmente, se había bebido cada frase y cada palabra, experimentando todo un abanico de emociones. Ni siquiera había echado un trago al whisky que tenía sobre la mesa y que se había agitado al derretirse los cubitos de hielo. Cuando lo probó, al terminar la lectura, soltó un bufido: «¡Esto no sabe a nada. Lástima, un whisky tan caro!»

Dejó el ordenador sobre el sofá y fue a servirse otro. Esta vez sin hielo. Se lo bebió de un trago y decidió: «Tengo que publicar esto, aunque me cueste el puesto». Al segundo whisky determinó que, en realidad, no estaba dispuesto a perder su trabajo, pero sí que debía pelear para que la autoridad eclesiástica le diera el visto bueno para publicarlo. Continuó razonando que no necesitaba el permiso de nadie, pues como director de *Galicia al día* era él, y solo él, el que decidía los contenidos del periódico. Pero tampoco le interesaba ponerse a la Iglesia en contra, sobre todo porque el arzobispo había jugado un papel muy importante para conseguir que lo nombrasen

director. «Mañana mismo llamaré a monseñor Simancas para informarle, y a ver cómo toreamos este miura» —decidió.

Por la mañana temprano después de pasar casi toda la noche en vela, Roi llamó al arzobispado. Casi de inmediato le atendió Rafael Simancas.

—¡Qué temprano, amigo mío! Luego dicen que los periodistas no madrugan. ¿A qué debo el honor?

—A un tema bastante espinoso que me gustaría comentar con usted, monseñor —dijo Roi forzando un tono de voz un tanto afectado.

El arzobispo de Santiago de Compostela torció el gesto y, aunque Roi no lo veía, se lo imaginó:

—Tú dirás, hijo ¿de qué se trata?

Roi le contó con pelos y señales la investigación que había llevado a cabo una reportera de su periódico y todos los pormenores de la misma, sin ahorrarle nada al arzobispo. Cuando terminó su relato, que había realizado de forma ininterrumpida, se produjo un tenso silencio. Roi esperó a que monseñor Simancas hablara. Y tuvo que hacerlo un rato, porque este no decía nada. Finalmente preguntó:

—¿Monseñor?

—Sí, sí. —dijo al cabo de unos segundos—. Perdona, es que me he quedado sin habla, como te puedes imaginar.

—Normal, claro —respondió Roi, y siguió esperando.

—Bueno, este es un tema muy espinoso... ¿y dices que la periodista que ha hecho la investigación, es la misma que escribió el bonito reportaje sobre el entierro de Fermín del Pozo?

—Sí, monseñor, es la misma, Ángela Cuevas... y, por cierto, hay algo que no le he dicho. Ella me ha advertido que si no lo publicamos nosotros, lo llevará a otro periódico.

—¡O sea, que sí que estamos jodidos! —se le escapó en voz alta al arzobispo.

—¿Cómo? —se extrañó Roi de la expresión.

Monseñor Simancas suspiró profundamente antes de responder:

—Mira, hijo, si te digo que no me había llegado algún rumor desde Navarra, de que esta podía ser la causa del suicidio de

Fermín, te mentiría... pero claro, una cosa es un rumor y otra muy distinta algo ya confirmado por la víctima. ¡Y con una testigo de violación, que además es una monja!

—No, monseñor, lo fue, ya no lo es.

—¡Eso da igual —gritó con un tono de enfado—, si uno coge un hábito es para siempre! Yo no entiendo ni comparto esas moderneces de ahora.

—Claro, claro, lleva usted razón —dijo Roi, procurando que no se notase la ligera sonrisa que aparecía en su rostro.

Nuevamente se creó un tenso silencio, hasta que monseñor dijo:

—Yo no puedo prohibirte que publiques ese reportaje ya que, según parece, se va a publicar de todas maneras..., pero tampoco puedo darte mis bendiciones. ¿Lo comprendes, no?

—Claro, claro, solo quería que usted conociera el primero toda la investigación...

—¡Y te lo agradezco muchísimo! —le interrumpió el arzobispo—. Eso significa que no me equivoqué cuando aposté por ti para la dirección del periódico.

—Gracias monseñor —dijo Roi, algo aliviado con la marcha que llevaba la conversación.

—Mira, vamos a hacer una cosa, hijo. Ponte en contacto con la madre de Fermín y con su hermano, Carmiña y Ramón. Cuéntales todo lo que me has contado a mí, y a ver ellos qué te dicen... Mi secretario te pasará ahora mismo su dirección, para que vayas a verlos. ¡Que Dios te bendiga! —concluyó el arzobispo, dando por finalizada la conversación.

Al colgar el teléfono Roi se quedó un poco desconcertado. «¡No te jode —dijo para sus adentros—, les ha pasado la pelota a la madre y al tío!»... Pues si se cree que me voy a echar para atrás, va listo —dijo en voz alta—. Iré a ver a estos dos, pero solo como mera cortesía, para comunicarles que el reportaje se va a publicar, les guste o no.

Un par de horas después Roi se encontraba en el chalet donde vivían la madre y el tío de Fermín del Pozo. Ambos le recibieron con amabilidad, en un cenador que tenían en el jardín, y le mostraron su extrañeza por la visita. Carmiña sentenció que «seguramente no

auguraba nada bueno». Roi les comunicó que había hablado largamente con el arzobispo, y que había sido monseñor Simancas el que había sugerido que los visitara. Armándose de valor, cada vez más tenso, les informó de la investigación que una periodista de su medio había llevado a cabo en Navarra, y les habló de todo lo que esta había averiguado; aunque obviando algunos detalles escabrosos. Les comentó que todo ello lo iba a publicar en breve.

—¡Pero eso no puede ser! —gritó Ramón da Fonte—. ¿Cómo van a publicar algo así? ¿Están locos? ¡No, no lo vamos a permitir, de ninguna manera! Seguro que nada de eso está documentado.

—¡Pues sí, está todo perfectamente documentado —dijo Roi elevando también la voz—, ya se lo he explicado! Tenemos el testimonio del chico del que abusó y de su madre —añadió sin querer pronunciar la palabra violación—, así como la declaración de una testigo, con nombre y apellidos. Y además fue monja. Totalmente fiable.

—¡Pero no pueden publicar algo así! —afirmó Ramón desolado.

—Sí, sí podemos. De hecho ese es nuestro deber en favor de que se conozca la verdad. Somos periodistas y vamos a publicarlo —recalcó con fuerza.

Carmiña, que había permanecido todo el tiempo en silencio, con la cabeza baja, intervino para decir, con voz temblorosa:

—Cumplan ustedes con su trabajo. Me parece bien que la verdad salga a la luz. Así mi hijo podrá salir de la oscuridad donde se encuentra, y su alma descansará en paz.

Ramón miró a su hermana con cara de espanto, pero cuando iba a replicarle esta lo calló con un enérgico gesto de la mano.

—Solo le voy a pedir un favor, que no saquen ninguna foto de mi hijo. ¿Es eso posible?

—Sí, es posible. Tenemos otras fotos para ilustrar el reportaje. Le prometo que no saldrá ninguna foto suya... aunque usted ya sabe cómo es esto. Hoy en día es muy difícil ocultar la imagen de alguien, con tantas fotografías dando vueltas por las redes sociales.

—Gracias —le dijo Carmiña a Roi, con una sonrisa de tristeza—, me sirve con su promesa. Lo que hagan otros, no lo podemos controlar. Solo Dios conoce sus caminos.

La mujer se levantó del asiento y le dijo a Roi que le iba a pedir aún otro favor. Este asintió con la cabeza y Carmiña salió del jardín. A él le pareció que la anciana estaba aún más encorvada que cuando lo habían recibido. Ramón da Fonte miró a Roi con cara de pocos amigos, pero no dijo nada.

Al cabo de unos momentos apareció de nuevo la mujer y le dio a Roi un papel doblado con cuidado. Cuando lo hizo, se dirigió a su hermano en voz baja para decirle: «Te dije que Dios nos mostraría el camino, y nos lo está mostrando».

Mientras Roi inspeccionaba el papel, Carmiña le pidió con voz emocionada:

—Le pido por favor que publique también esta nota que escribió mi hijo antes de suicidarse, ¿lo hará?

Roi leyó una escueta frase: «Pido perdón».

—Claro que lo publicaremos, no lo dude. Y muchas gracias por confiármela —dijo Roi.

—No lo hago por usted ni por su periódico —señaló mirándole fijamente a los ojos—. Lo hago por mi hijo. Esa nota demuestra que, cuando la escribió, aun le quedaba decencia para reconocer el mal que había hecho y para pedir perdón por ello, sacrificando su propia vida... Le ruego que, cuando termine su trabajo, me la devuelva. Para mí es muy importante.

Carmiña dio por finalizada la conversación, y salió del jardín, con aspecto sombrío, junto con su hermano. Una criada acompañó a Roi a la puerta. Cuando este se subió a su coche, suspiró profundamente aliviado y mandó un *whatsapp* a Ángela, en el que ponía: «Luz verde para la publicación».

Capítulo XXXII

El día 1 de junio de 2020 salió publicado el reportaje de Ángela Cuevas sobre los abusos y violación que había cometido el sacerdote Fermín del Pozo, antes de suicidarse. Roi, el director de *Galicia al día*, había decidido que se publicaría de una sola vez, por lo que el periódico desplegó varias páginas que incluyeron íntegro el reportaje. Cumpliendo la promesa que le hizo Roi a la madre del cura, Carmiña da Fonte, no publicaron la foto de su hijo. Lo que no impidió que todos los medios de comunicación que se hicieron eco y reprodujeron esta información, publicasen varias fotos del padre Fermín.

Las fotografías que ilustraban el reportaje de Ángela se habían tomado en el lugar del bosque de Irati donde se produjo la violación, así como en el campanario de la iglesia de San Miguel, donde se había suicidado el sacerdote, cuatro meses atrás. En un lugar destacado, figuraba la nota manuscrita que dejó Fermín del Pozo, antes de quitarse la vida, en la que podía leerse: «Pido perdón». El reportaje gráfico se completaba con fotos del funeral que se había llevado a cabo en la catedral de Santiago de Compostela, y del momento en que llegó el féretro con sus restos mortales a este templo. Tampoco se publicó la foto de Irati; aunque sí su nombre completo y apellidos.

Durante los días anteriores a la publicación, Roi y Ángela habían elaborado juntos la maqueta para el reportaje y habían trabajado en estrecha colaboración. Roi se había sentido muy nervioso, esperando las reacciones de los lectores, mientras que para Ángela el momento en que las rotativas estaban imprimiendo el periódico supuso una gran liberación. Esa noche se fue a dormir a su casa, como el que ha cumplido una misión y no sabe lo que le aguarda por delante. Antes de irse a la cama, llamó por teléfono a Irati y compartió sus sentimientos con su amiga. Esta le preguntó:

—¿Estás contenta?

—No, no lo estoy —dudó—; no sabría definirte mi estado de ánimo. Ahora mismo tengo ganas de llorar y siento un gran vacío interior. No, no estoy contenta. No sé cómo estoy, pero no siento alegría; aunque me ha quedado un gran descanso, eso sí. Algo en mi interior me dice: «misión cumplida». Es como si con este reportaje hubiera cerrado definitivamente una etapa de mi vida, profesional y personal.

—Yo diría que es así, y que además puedes sentirte orgullosa del resultado —intentó animarla Irati.

—Vamos a ver mañana las reacciones, pero es verdad que he escrito lo que quería escribir y que, después de todo, Roi ha aguantado las presiones y publicar el reportaje ha sido más fácil de lo que yo esperaba. ¡Tenías que haberlo visto! Estaba nerviosísimo y muy preocupado. Pero también como un niño con zapatos nuevos. Creo que se ha despertado su vocación periodística.

—¡Seguro que no puede dormir esta noche!

—¡Segurísimo! Este se ha quedado pegado a la rotativa.

Ambas se rieron con la imagen.

—Por otra parte —continuó Ángela—, viendo ahora todo esto en perspectiva, tengo la impresión de que hemos sido conducidas por alguna fuerza desconocida para mí, para que todo saliera a la luz. ¡Si hasta el confinamiento por la pandemia, y las fases para poder movernos nos han favorecido! Y ahora, cuatro meses después del suicidio del padre Fermín, es el momento idóneo para que la verdad se sepa. Ahora la gente está más dispuesta a leer algo así. Al principio de la pandemia, hubiera sido imposible ¿no te parece? Estábamos en otras cosas.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —afirmó Irati—. Ya lo hemos comentado en otras ocasiones. Por lo que respecta a mi papel en esta historia, no tengo ninguna duda de que la vida me ha conducido y me ha llevado por caminos que nunca hubiera pensado recorrer. Y a ti también, por supuesto.

Irati no se atrevió a preguntarle a Ángela qué pensaba hacer en el futuro. Ella ya lo intuía, pero decidió que en ningún momento influiría en su amiga. Las decisiones las tendría que tomar Ángela sola,

cuando llegase el momento oportuno. Si habían sido conducidas, como ambas pensaban, la misma fuerza que las había guiado hasta ese momento continuaría guiándolas en el futuro. Tras desearse mutuamente buenas noches, quedaron en volver a hablar al día siguiente, cuando ya hubiera salido publicado el reportaje.

Ángela no pudo dormir esa noche. Estaba inquieta, pero no por la publicación del reportaje, sino porque durante los días anteriores, desde que había vuelto de Ochagavía, se había dado cuenta de que se sentía una extraña en su trabajo, en su ciudad y hasta en su propia casa.

Un cambio interior se había operado en ella durante la pandemia y su estancia en casa de Irati, y tenía la sensación de que un ciclo de su vida se había terminado. El periodismo, que había sido su religión durante tantos años, y su puesto de trabajo, que tanto había peleado por recuperar después del cáncer, habían quedado obsoletos. Ya no quería seguir en el periódico, de ninguna de las maneras. Le quedaban siete meses aún para cumplir 65 años el 31 de diciembre. Su intención, cuando la volvieron a readmitir en el periódico, era la de jubilarse en 2021. Pero en estos momentos no se veía con fuerzas para continuar en su trabajo siete meses más. Se encontraba en dique seco, sin saber por dónde tirar. «Al menos —se dijo— sé bien qué es lo que no quiero hacer».

Muy temprano para ella, que había tardado tanto tiempo en dormirse, sonó con insistencia su teléfono móvil. Era Lúa. Con voz somnolienta le contestó:

—¿Qué pasa, dónde está el incendio que hay que apagar?

—¡El incendio es el que tú has provocado con tu reportaje! Están llamando de otros medios para entrevistarte, incluso periódicos, televisiones y agencias nacionales.

—¿Qué dices? —preguntó Ángela incrédula, incorporándose en la cama.

—¡Pues que ha sido un éxito! No todos los días se puede entrevistar a un niño víctima de abusos y violación y a la persona que ha sido testigo de ella.

—¿Y no pueden entrevistar a Roi? Yo no estoy preparada para esto...

—Pues no sé —dijo Lúa—, eso deberías hablarlo con él. Todo el mundo pregunta por ti, que eres la autora del reportaje... ¿Vas a dejar que se lleve él la gloria?

—¡Lúa, por Dios!, ¿qué gloria? —respondió Ángela de mala gana—. Está bien, gracias por avisar. Hablaré con Roi. Ya nos veremos. Tú no le des mi teléfono a nadie, ¿vale?

Ángela se levantó con intención de darse una ducha antes de llamar a Roi, pero no le dio tiempo. El teléfono volvió a sonar y esta vez era su director. Cuando lo cogió, le escuchó decir, con voz alegre:

—¡Enhorabuena, Ángela! Nunca dudé de que este reportaje iba a ser un éxito. Te felicito.

—Gracias, Roi, iba a ducharme...

—Claro, claro, pero date prisa en venir al periódico porque muchos medios quieren entrevistarte —la interrumpió el director.

—¿Y no podrías responder tú a las entrevistas? ¡Me harías un gran favor, Roi!

—Bueno, no sé... si tú quieres... —respondió algo desconcertado—. Pero te buscan a ti.

—Ya —dijo ella—, pero yo no estoy preparada para esto. Tú te manejas mejor y, además, el éxito no es solo mío, sino también del periódico ¿no? Y tuyo. Si tú no lo hubieras autorizado y resistido a las presiones que habrás tenido, este reportaje nunca habría salido a la luz. Creo que debes responder tú ante los medios.

Ángela podía notar a través del teléfono cómo Roi se estaba esponjando; su ego debía estar tan hinchado como para no caber en su gran despacho. Permaneció callada unos momentos, esperando que su director se desinflase y pudiera volver a hablar. Este carraspeó varias veces antes de decir, al fin:

—De acuerdo, de acuerdo, si tú me lo pides, me ocuparé yo de los medios.

—Muchas gracias, Roi, te lo agradezco un montón —dijo ella con un tono de falsete.

—Pero vendrás luego por el periódico ¿no?

—Sí, sí, luego, a última hora de la tarde —respondió Ángela—. Tengo cosas que hacer. ¿No te importa que me tome el día libre,

verdad? Iré cuando termine.

—Claro que no, lo que necesites, Ángela, te has ganado el día libre, ¡faltaría más!

Nada más colgar el teléfono, este volvió a sonar. Ángela estuvo a punto de no cogerlo, pero lo hizo al ver que quien llamaba era Artai.

—¡Enhorabuena Anduriña! Vaya puntazo. Menudo reportaje has hecho, ¿cómo no me habías comentado nada?

—¿Porque llevamos meses sin hablar? —preguntó ella con un tono irónico.

Artai respondió con un silencio.

—Si mal no recuerdo, la última vez que me llamaste te mandaban de China a Italia, al principio de la pandemia.

—Sí, es verdad... pero estuve poco tiempo en Italia, en cuanto se empezó a liar en España, me llamaron de regreso a Madrid. ¡Y desde aquí te llamo! Cuando he visto esta mañana tu reportaje, no sabes lo orgulloso que me he sentido de ti. ¡No me extrañaría que te dieran algún premio por lo que has escrito, Anduriña! Además, ahora tienes al periódico comiendo de tus manos. ¡Con lo que les costó readmitirte! Seguro que te ofrecen un puesto de responsabilidad.

—Pues no sé —balbuceó Ángela— yo...

—¡Enhorabuena, otra vez, Anduriña! —la interrumpió Artai—. A ver si nos vemos pronto, ahora que ya se puede viajar otra vez... Oye, tengo que colgar porque me están llamando por otra línea. ¡Un abrazo, campeona!

Y colgó. Ángela se quedó con el teléfono en la mano y se empezó a reír ella sola. «Esta es la historia de mi vida con Artai —dijo en voz alta—. ¡Que le den! Pertenece al pasado.

Capítulo XXXIII

Roi puso cara de incredulidad ante lo que le estaba diciendo Ángela.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, como si no creyera lo que acababa de oír.

—¡Que me voy del periódico —repitió ella—, que lo dejo!

—¡Pero eso no puede ser! —dijo Roi elevando el tono de voz, y dando un salto en su asiento—. ¡Y ahora precisamente! Hoy, que has cosechado el mayor éxito periodístico que ha habido nunca en *Galicia al día*.

—¡Vamos Roi, no exageres!

—Mira, ha sido un día de verdadera locura. No solo por atender a todos los medios que querían hablar contigo, sino porque la centralita del periódico se ha colapsado. Y aunque estoy agotado, me he esperado a que vinieras para poder hacerte una propuesta. Qué además cuenta con las bendiciones de los de arriba —el director hizo un gesto con el dedo índice, indicando hacia el cielo.

—¡¡Los de arriba!! —afirmó Ángela con una sonrisa.

—Sí, sí, los de arriba —recalcó Roi, repitiendo su gesto.

—¿Y cuál es esa propuesta? —preguntó ella, aunque realmente no le importaba lo más mínimo, porque su decisión estaba tomada.

—Tu reportaje ha abierto la caja de Pandora, y entre los que han llamado hoy hay muchas personas que también han sufrido abusos por parte de sacerdotes, y que están dispuestas a contarlo.

—Me alegro mucho —dijo Ángela—, vivimos en unos tiempos en los que toda la mierda que hay oculta debe salir a la superficie. También la de la Iglesia, por supuesto.

—Estamos de acuerdo en eso —afirmó él con los ojos brillantes—, y lo que te propongo es que tú dirijas una sección de investigación para encargarte de esos temas oscuros, sean en el ámbito que sean, política, religión, empresas. No estarías sola, por

supuesto, tendrías un equipo contigo. El que tú elijas. ¿Te parece buena idea?

—Me parece una idea magnífica. Pero la propuesta para mí llega tarde.

—¿Cómo tarde? ¡No puedes irte precisamente ahora y dejarnos colgados!

—¿Colgados? —preguntó Ángela con cierta rabia—. Colgada me habéis tenido vosotros a mí desde que os visteis obligados a readmitirme. Colgada a una pantalla de ordenador, sin ofrecerme la oportunidad de hacer nada útil. ¡Y ahora resulta que soy imprescindible ¡No me jodas, Roi!

Roi se tocó el cabello y después se miró las manos que habían quedado con restos de gomina. Sacó de su cajón un pañuelo de papel y se limpió. Suspiró profundamente antes de decir, con un tono de súplica:

—Llevas razón, Ángela, y te pido disculpas por ello. Pero ahora podemos enmendar lo que hicimos mal. Quédate al menos hasta que te jubiles. Aún quedan siete meses para que cumplas 65 años y en ese tiempo podemos poner en marcha el equipo de investigación. Después, si quieres te jubilas y nos dejas. Seguro que te has ganado un buen descanso.

Ángela sonrió escuchando a Roi. Estaba segura de que su director había comprobado la fecha de su cumpleaños con intenciones perversas.

—Roi, no me escuchas, o no quieres escucharme. Está decidido. Me voy ahora. No voy a esperar siete meses. Hoy he estado consultando sobre mi vida laboral, y tengo cotizaciones más que suficientes para poder jubilarme ya. Mi decisión es para ahora, no para el futuro... Si algo nos ha enseñado la pandemia, entre otras muchas cosas, es que el futuro no existe, Roi, ¿no te has dado cuenta? Todo es incierto.

Ángela se puso de pie, dando por finalizada la conversación. También Roi se levantó de un salto y, viendo que se marchaba, le preguntó con cara de desconcierto:

—¿Entonces?

—Entonces me voy —dijo ella desde la puerta—. Gracias por todo. Perdona que no te bese pero, ya sabes, hay que mantener la distancia de seguridad. ¡Ah! Y transmite mi agradecimiento también a «los de arriba» —concluyó mientras señalaba con su dedo índice al techo.

Ángela cogió directamente el ascensor y bajó hasta la calle. Ya era de noche. Se puso la mascarilla que llevaba en la mochila y comenzó a andar por Santiago. Callejeó un rato por aquellas calles estrechas que tanto le gustaban y llegó hasta la plaza del Obradoiro. Contempló la majestuosidad de la Catedral, deteniéndose ante su fachada. Le dio la vuelta completa, observando todas y cada una de sus puertas. «Estas calles y esta catedral son lo único que voy a echar de menos —meditó—, aunque siempre irán conmigo, esté donde esté y vaya donde vaya».

La noche olía a azahar, hacía un fresco muy agradable. Apenas había nadie por la calle. Las terrazas se habían vaciado de gente. La luna estaba en su fase creciente, caminando a su ritmo hacia el plenilunio. Las estrellas brillaban en un cielo sin nubes. Ángela respiró profundamente, como si quisiera trasladar toda esa vida a sus venas. Y bebérsela y emborracharse con ella. En aquellos momentos se sintió completa. No necesitaba nada. Ella ya lo era todo y nada a la vez. Nunca había experimentado algo así.

Durante toda su existencia siempre le había faltado algo, siempre estaba preocupada por alguna cosa. Por su trabajo, por Artai, por sus padres hasta que murieron, por su salud, por la opinión de los demás, por el prestigio profesional, por su imagen, por el pasado, por el futuro. Siempre había estado peleando por conseguir algo; aunque no supiera muy bien de qué se trataba. Siempre había estado enfadada con la vida, oponiéndole resistencia, nadando contra corriente. Pero no en ese momento. En esos precisos instantes su vida era perfecta y todo estaba bien. La lucha se había convertido en rendición. En una entrega total y absoluta a lo que es, a la propia vida.

Hubiera pasado toda la noche caminando por aquellas calles que tanto amaba, pero era casi media noche y había quedado en llamar a Irati. Tenía que contarle lo que había decidido. Se encaminó hacia

la calle Hórreo y llegó a su casa. Se quitó la mascarilla y se lavó las manos. Después se acomodó en el sofá y llamó a su amiga. Esta descolgó enseguida.

—Iba a acostarme ya. No sabía si todavía llamarías. ¿Cómo se ha dado el día? ¿Qué ha pasado con el reportaje?

—Bueno, ha sido un día muy intenso. El reportaje ha sido todo un éxito, la centralita del periódico se ha colapsado, me han llamado de muchos medios, incluso nacionales, para entrevistarme. Pero he dejado que fuera Roi el que tuviera el protagonismo. ¡Ah, y este me ha ofrecido que dirija una sección de investigación en el periódico de «temas oscuros», así la ha llamado. ¿Qué te parece?

—¡Que llevas razón, que ha sido un día muy intenso! ¿Y vas a aceptar lo que te ha propuesto?

—No, no, nada de eso. Todas esas cosas te las contaré cuando esté allí.

—¿Vas a venir, entonces? —preguntó Irati sin poder disimular un tono de alegría en la voz.

—¡No solo voy a ir, sino que voy a quedarme a vivir allí! —dijo Ángela sin ocultar la satisfacción que le producían estas palabras.

—¿En serio? ¡Qué alegría más grande! —dijo Irati con gran emoción—. Te confieso que tenía la esperanza de que esa fuera tu decisión, pero no quería influir en ti para nada.

—Y yo te agradezco que no me hayas dicho nada y me hayas dejado decidir por mí misma. Eso dice mucho en tu favor.

—¡Qué contento se va a poner Javi! Desde que te fuiste no ha hecho más que preguntarme si ibas a venir para su cumpleaños.

—Esa es la idea. No sé si para entonces habré solucionado aquí todo lo que tengo que hacer, papeleo para la jubilación, desmontar la casa... afortunadamente siempre he vivido de alquiler y puedo dejarla cuando quiera. Pero el 26 estaré allí; aunque tenga que volver aquí para terminar de organizar todo mi traslado. Otra cosa, Irati —añadió con cautela—, ¿Tú estarías dispuesta a alquilar en Ochagavía otro piso más grande conmigo? Si no, yo me busco uno para mí sola.

—De eso nada. ¡Claro que estaría dispuesta! Más que dispuesta. Desde que me has dicho que venías estaba pensando el

proponértelo. Ahora es muy buen momento, porque aún no se ha activado el turismo en la zona.

—Pues ve mirando, que yo iré para allá en cuanto pueda. Mañana mismo me pongo a la faena y preparo el cambio a mi nueva vida. No hay tiempo que perder, Irati. Hay que dejar atrás el pasado que ya no sirve, y caminar en el presente cada día —sentenció con gran entusiasmo.

Epílogo

Ángela llegó a Ochagavía en el atardecer del día 25 de junio. Irati la vio llegar desde el balcón de la casa, y bajó enseguida a la calle para ayudarle con el equipaje. Su amiga conducía el flamante coche nuevo que se acababa de comprar. Un modelo azul claro con el techo de cristal, y que iba cargado hasta arriba de cajas. Después de abrazarse, Irati se quedó mirando al coche y dijo:

—¡Qué chulada!

—Sí, ¿verdad? —respondió Ángela sonriendo—. Mira, tiene techo panorámico... así me dijeron en el concesionario que se llama. Yo no tengo ni idea.

—Y, por lo que veo, caben muchas cosas —añadió Irati.

—Se podría decir que toda mi vida cabe en este coche. ¿No está mal, verdad? El proceso de deshacerme de lo viejo en Santiago me ha hecho llegar aquí ligera de equipaje, como decía Machado... ¡Y aún creo que sobran cosas! —dijo observando las cajas que se amontonaban en el vehículo—. Bueno, vamos arriba, no hace falta subirlo todo ahora.

Mientras subían por las escaleras a casa de Irati, esta le informó que había seleccionado tres casas para que las vieran juntas el lunes 29 de junio.

—Porque mañana tenemos celebración del cumpleaños de Javi, que no ha dejado de preguntar si llegarías a tiempo.

En cuanto dejaron el equipaje y se acomodaron, Irati mandó un *whatsapp* a Esperanza, informándole de que Ángela ya había llegado a Ochagavía y que asistirían las dos, al día siguiente, a la comida de cumpleaños de Javi.

Esa noche Ángela cayó rendida en la cama y, por primera vez en mucho tiempo, durmió de un tirón. Al levantarse no recordaba ninguno de los sueños que había tenido. Pero se sentía descansada, renovada, y de muy buen humor.

—Hoy empieza una nueva vida para mí —le dijo a Irati con una amplia sonrisa en la cara—. Me siento como si estuviera renaciendo y, ¿sabes qué? Por primera vez en mi vida no me preocupa el futuro. Aceptaré y viviré lo que sea que la vida me ponga por delante.

—Pues esa es una actitud inmejorable para encarar la existencia. Yo también me siento muy ilusionada. Es como si me hubiera quitado un gran peso de encima, después de que haya salido a la luz todo el asunto del padre Fermín.

Después de desayunar, de terminar de subir cajas del coche de Ángela y de amontonarlas un poco para que no estorbaran, se prepararon para ir a casa de la abuela de Javi, que es donde se iba a celebrar la comida de cumpleaños de su nieto, en un patio interior lleno de plantas que tenía en su casa de Espinal.

—¿Has cogido los regalos? —le preguntó Irati.

—Sí, y antes que nada quiero darte el tuyo.

—¿El mío? ¡Si mi cumple no es hasta el 10 de febrero del año que viene! —se extrañó Irati.

—En cierto modo, hoy todos cumplimos años porque empieza una nueva fase en nuestra vida. También para ti.

Ángela le dio a Irati una pequeña cajita envuelta en papel de regalo. Su amiga la abrió con nerviosismo y dentro se encontró con una pulsera con conchitas de plata.

—¡Es preciosa! —exclamó Irati, emocionada.

Ángela la ayudó a ponérsela en la mano derecha y le dijo que la concha era el símbolo del Camino de Santiago y que la plata era el metal noble y luminoso en el que se transmutaba la oscuridad del azabache.

—Y para que estés protegida y no olvides toda esa oscuridad que ya has superado, te he traído también esto —añadió mientras le daba otra cajita similar a la anterior.

—¿Otra cosa más, no es demasiado? —dijo mientras abría el envoltorio de su regalo.

Dentro se encontró con una figa de azabache engarzada en plata y un cordón para colgársela del cuello. Mientras se la colocaba,

Ángela le explicó que la figa, o higa, era uno de los amuletos más antiguos de Galicia.

—Protege contra el mal de ojo, las malas vibraciones, y el daño que puedan ocasionarte los seres malignos que pululan por la Tierra. Como has visto, consiste en un puño cerrado, en el que el dedo pulgar queda situado entre el índice y el corazón.

—¡Me encanta! —dijo Irati agradecida... pero te has pasado, ¿no?

Ángela le respondió con un gesto de la mano, y le metió prisa para que emprendieran ya el camino hacia la casa de Mercedes.

Cuando llegaron, ya estaban allí Javi y toda la familia. Todos ellos abrazaron a Ángela y a Irati, saltándose las prohibiciones.

—¡Has venido! —dijo Javi a Ángela, con una amplia sonrisa.

—Pues no sé si podemos abrazarnos todavía, según el Gobierno —dijo Esperanza.

—¡Bastante sabrá el Gobierno! —respondió Mercedes con tono despectivo.

Desde la puerta pasaron juntos al salón de la casa de la abuela, y de allí hasta el patio interior donde había una mesa llena de aperitivos, que ya habían empezado a comerse las gemelas. Su madre las regañó, pero ellas siguieron a lo suyo, cogiendo a dos manos las patatas fritas.

Irati se quedó algo rezagada en el salón, al comprobar que había desaparecido de la pared la gran fotografía de Primera Comunión en la que estaba Javi junto al padre Fermín. Se acercó y vio que había sido sustituida por una lámina del arcángel Miguel, luchando contra un demonio. Mercedes apareció en el momento en que Irati miraba la lámina y, dirigiéndose a ella, le dijo con rabia:

—Sí, he quemado la foto en la que mi nieto estaba con ese demonio y la he sustituido por esta lámina del arcángel Miguel. Espero que Dios haya perdonado al padre Fermín —añadió mientras se santiguaba con rapidez—, porque yo no perdonaré nunca a ese monstruo.

La comida se desarrolló en un ambiente de buen humor. Ángela los observó y llegó a la conclusión de que no era fingido. En verdad, estaban alegres y con fuerzas para seguir viviendo, después de salir

del pozo de oscuridad en el que la vida los había colocado. Javi, sobre todo, estaba eufórico. Incluso toleraba a sus hermanas, que no dejaban de darle la lata. Cuando llegó el momento del postre, la abuela apareció con una tarta de tiramisú que había hecho ella misma, en la que había colocado 14 velitas. Javi las sopló de un solo golpe, y antes de ello se le humedecieron los ojos cuando le dijeron que debía pedir un deseo. Su emoción se contagió a todos los presentes.

Después de la tarta Irati anunció que había llegado la hora de los regalos, y le hizo un gesto a Ángela para que fuera al coche a por ellos. La primera en darle su regalo a Javi fue su madre. Esperanza se emocionó mucho al hacerlo y, antes de darle un paquete, dijo:

—¡Ojalá estuviera aquí tu padre!

Al escucharla, Javi pensó: «Si hubiera estado aquí mi padre, nada de lo que ha sucedido habría pasado». En lugar de verbalizar sus pensamientos, Javi abrió con nerviosismo el paquete.

—¡Un móvil! —gritó abrazando a su madre, antes de ponerse a manipularlo.

Ángela empezó a sacar los regalos y se los dio, en primer lugar a Eurne y Ainara, que miraron a su madre antes de abrirlos, puesto que no esperaban nada. Sentadas en el suelo, los abrieron y se encontraron dos muñecas *Barbies* iguales, vestidas de médicas, con las batas blancas y los fonendoscopios colgados del cuello, además de otros accesorios médicos que incluía la caja. Se pusieron muy contentas y, tras darle las gracias a Ángela, después de escuchar en boca de Esperanza el típico «¿qué se dice?», se pusieron a jugar con las muñecas. Lo primero que hicieron fue desnudarlas y empezar a pelearse entre ellas para ver quién iba a ser la médica, y quién la paciente.

Después de dar los regalos a las niñas, Ángela ofreció dos cajitas iguales a Esperanza y Mercedes. Estas las abrieron y encontraron dentro un colgante de concha y cadena de plata. Ella les explicó el simbolismo de la vieira y se las pusieron al cuello, muy contentas y agradecidas porque también ellas tenían regalos en ese día, aunque no fuera su cumpleaños.

Javi, que seguía trasteando con el móvil, pero sin quitar ojo a los regalos a su familia, no pudo contenerse más y preguntó un tanto mosqueado, abriendo con extrañeza sus ojos azules.

—¿Es que yo no tengo regalo?... ¡Es mi cumpleaños!

—¡Claro que tienes —le respondió Irati alborotando sus cabellos rubios y rizados—, te hemos dejado para el final porque es el mejor regalo!

Ángela se levantó de nuevo y salió al coche, regresando con una gran caja. Se la dio a Javi, y este rasgó el papel de regalo con nervios. Cuando consiguió quitarlo, no podía dar crédito a lo que veía. Preguntó tartamudeando:

—¿Es... es un ordenador?

—Así es Javi, es un ordenador portátil —respondió Ángela sonriendo— para que vayas entrenándote y empieces a escribir tus historias... ¡Si quieres ser periodista, tendrás que empezar ya! Este regalo es de las dos, con todo nuestro cariño —añadió sin poder contener la emoción, con un nudo en la garganta.

Javi tampoco pudo contener las lágrimas, que rodaban de forma abundante por sus mejillas. Abrazó a Ángela y a Irati, mientras su madre y su abuela lloraban, emocionadas, a moco tendido. Ángela se comprometió con él para darle unas lecciones sobre el funcionamiento del ordenador.

—Ahora voy a vivir aquí, y como parece que nos dejan movernos otra vez, seguro que nos veremos con mucha frecuencia. Además, ahora ya tienes tu propio móvil, y puedes llamarme las veces que quieras.

—¡Menuda cosa le has dicho! —exclamó Mercedes—. Ahora no te lo vas a quitar de encima. Ni tú tampoco —añadió dirigiéndose a Irati.

Cuando terminó la celebración y se despedían, Javi les dijo a ambas:

—¡Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida!... Solo ha faltado mi padre para que fuera completo.

Mientras se introducían en el coche nuevo de Ángela, esta vio en el asiento de atrás otro paquete:

—¡Los periódicos! —dijo en voz alta, haciéndole un gesto a Irati para que esperara un momento.

Los cogió, y regresó a la casa para dejárselos. Le abrió la puerta Javi.

—Mira, os he traído varios ejemplares de *Galicia al día*, donde salió el reportaje. Dáselos a tu madre. Se me había olvidado entregárselos.

Javi sonrió y cogió el paquete con los diarios. Cuando Ángela se dirigía hacia el coche, él la llamó. Ella regresó y el joven le preguntó:

—Ahora que ya te has jubilado como periodista, ¿seguirás escribiendo, no?

La pregunta de Javi la pilló por sorpresa.

—Pues... no sé, no me lo he planteado.

—¡Pues deberías escribir una novela! El reportaje que escribiste parece una historia de ficción.

—¡Pero no lo era! —afirmó Ángela—. Ya aprenderás que la realidad siempre supera la ficción.

—¡Eso ya lo sé —protestó Javi—, ya tengo 14 años!... Y también sé que tú deberías seguir escribiendo —concluyó con voz firme, antes de meterse en casa de su abuela con el paquete de periódicos en la mano.

Ángela regresó al coche, se puso el cinturón de seguridad y emprendió el viaje de regreso a Ochagavía. Lo hizo en silencio. Por alguna extraña razón, las palabras de Javi habían calado profundamente en su interior y habían caído en un terreno abonado, que ella desconocía.

Cuando llegaron a la casa de Irati, ninguna de las dos tenía ganas de cenar nada.

—¡Aún tengo la tarta de tiramisú en la garganta! Estoy infladísima.

—Sí, yo también —dijo Ángela—, pero la tarta estaba tan buena, que era imposible no repetir.

Ambas se rieron y comentaron lo bien que lo habían pasado en el cumpleaños, y lo contentos que se habían puesto todos con los regalos.

—Sobre todo Javi —dijo Irati emocionada—. Es un crío estupendo y seguro que algún día superará todo lo que ha vivido.

Al cabo de un rato, Irati le dijo que se iba a acostar, porque estaba muy cansada. No tanto físicamente, como emocionalmente. Había sido un día muy intenso. Ángela le dijo que ella se acostaría en un rato, porque aún no tenía sueño.

—Vale, pero acuérdate de que mañana hay que madrugar porque tenemos que ver tres casas. ¡Ojalá alguna nos guste para vivir!

—Sí mami, me acostaré pronto —respondió Ángela con un tono risueño.

Se sentó en el sofá, para tomarse una infusión digestiva, y reflexionó sobre las palabras que le había dicho Javi. ¿Debía ella escribir una novela? Sin pensarlo mucho, siguiendo un impulso, se levantó, dejó la taza en la mesa, y cogió su ordenador portátil. Lo abrió y empezó a escribir, como si alguien ajeno a ella le estuviera dictando:

«Las campanas tocaban a muerto. Las mismas campanas que habían sido testigos mudos, durante la noche, del suicidio...»

* * *

La historia y los personajes de esta novela son de ficción. No existen en lo que llamamos mundo real.

Lo que no es una ficción son los abusos sexuales por parte de sacerdotes de la Iglesia Católica a jóvenes y monjas, que la institución religiosa ha negado, silenciado y escondido durante muchos años.

El relato de esos abusos, por parte de uno de los personajes de la novela, no es ficticio. Está sacado de testimonios reales de muchas víctimas de sacerdotes, que han sido publicados en medios de comunicación, especialmente por el diario *El País*, en los últimos años.

* * *

Título: **En la espesura del bosque**

Autora: **Rosa Villada**

Ilustración de la cubierta: **Sergio Bleda**

Depósito legal: **AB 319-2020**

ISBN de la obra impresa: **978-84-09-22382-4**

© Rosa Villada. Todos los derechos reservados

Impreso en España. Primera edición impresa: 2020

Edición digital: noviembre 2021

Página web: www.rosavillada.es

-

Esta novela se terminó de escribir, en Albacete, el día 22 de mayo de 2020.

En esa misma fecha, 20 años antes, inicié por primera vez el Camino de Santiago desde Roncesvalles.